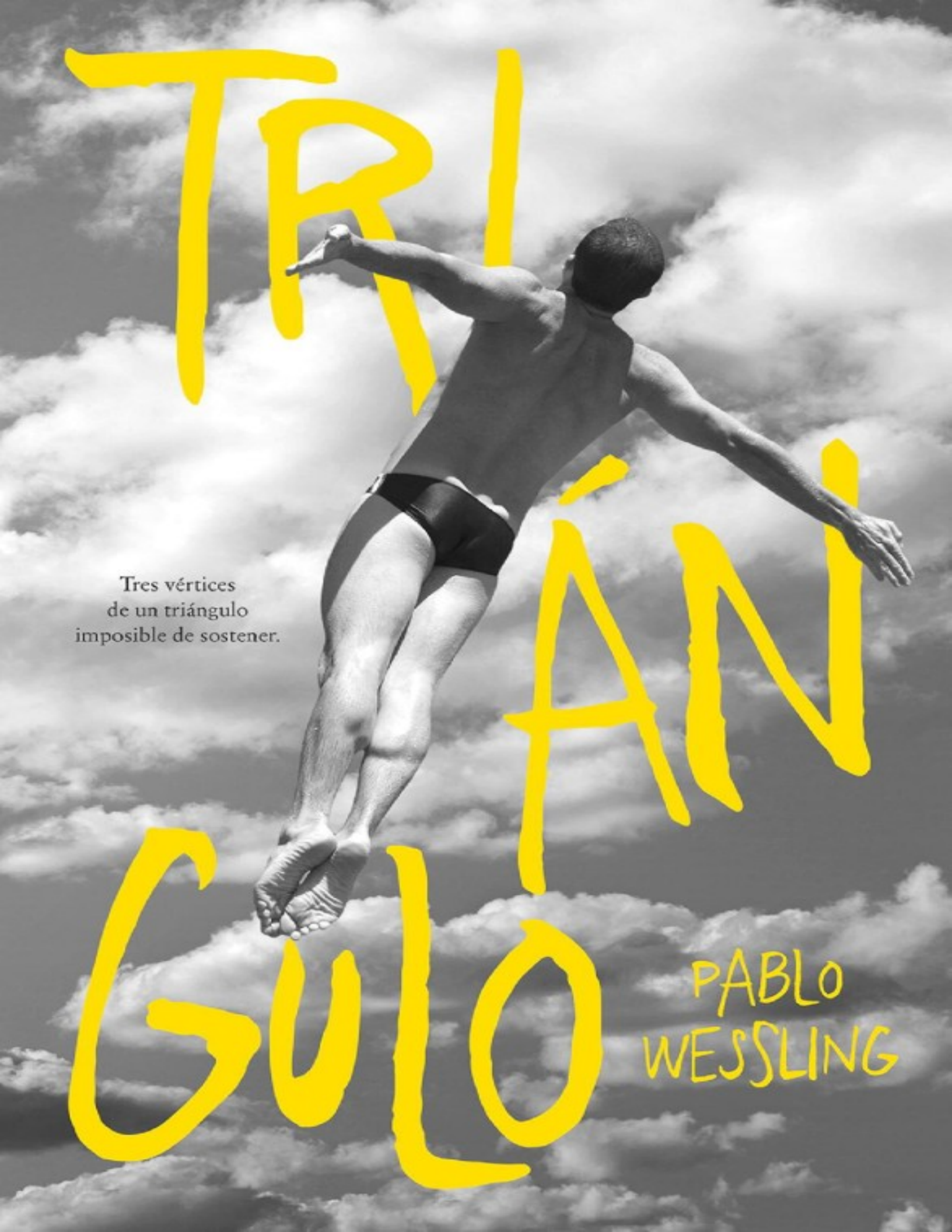
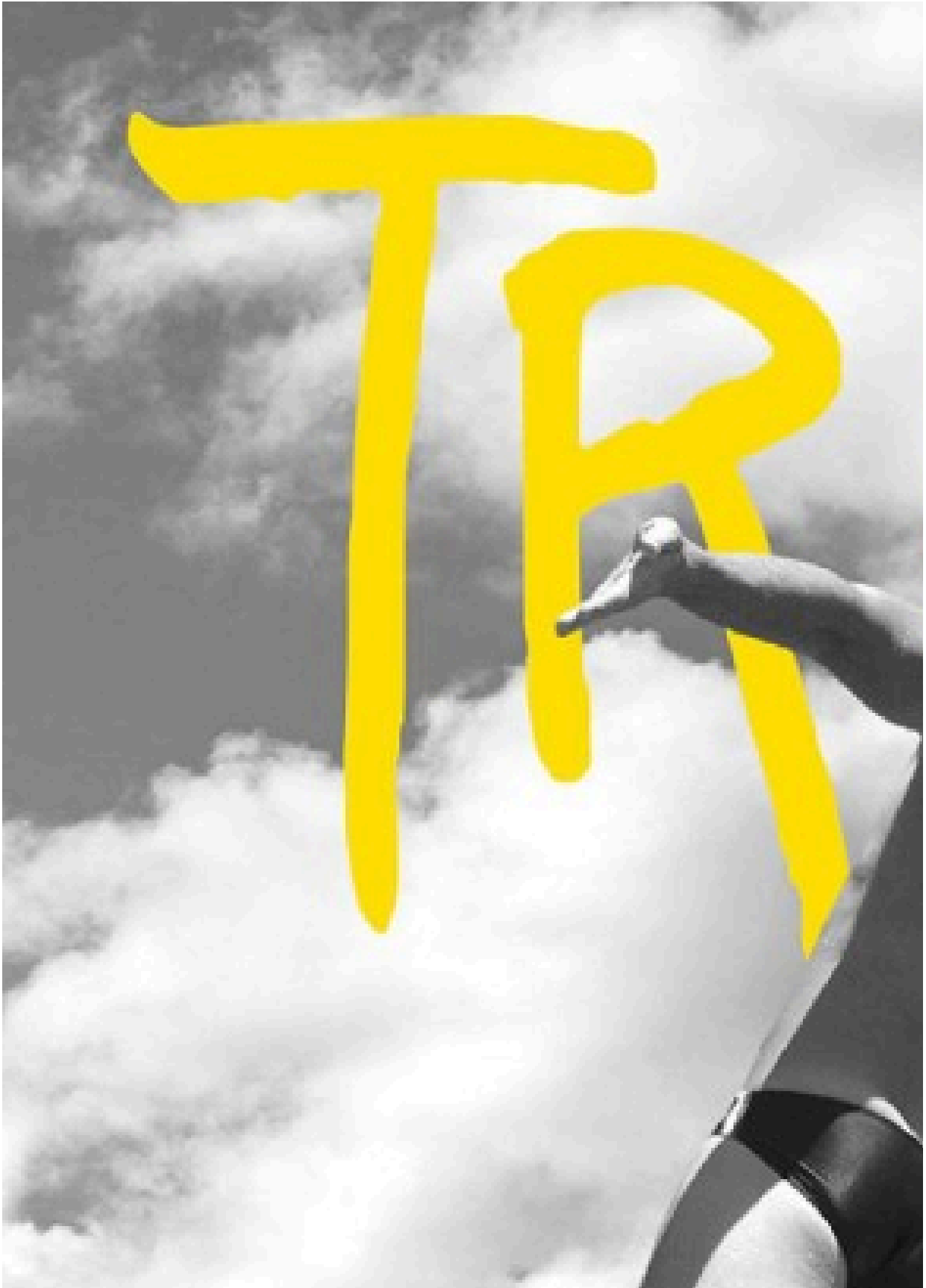




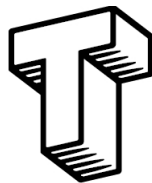
Tres vértices
de un triángulo
imposible de sostener.

PABLO
WESSLING



TRI
ÁN
GULO

PABLO
WESSLING



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición: junio 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2026 by Pablo Wessling

Autor representado por Editabundo, S.L., Agencia Literaria.

All Rights Reserved

© 2026 by Urano World Spain, S.A.U.

López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 979-13-88011-32-0

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

«La ficción sirve para vengarse de la realidad».

—PHILIPPE BESSON

Prólogo

Tras el crepitar de la aguja rozando el borde del vinilo, sonaron los primeros acordes de una canción que parecía escrita para nosotros. Violines y sintetizadores daban comienzo al tema que nos acompañó en las primeras caricias, *Cómo pudiste hacerme esto a mí*. Cuando se compuso la canción, nosotros no habíamos nacido, pero todo lo que hablaba lo acabábamos de vivir en nuestras propias pieles: los celos, el arrepentimiento y la traición.

*Ella lo vio salir de allí.
Ahora sabía la verdad
y se decidió...*

Nos dolía la garganta de habernos gritado tantas veces. El estómago lo teníamos estrujado de toda la rabia que habíamos llegado a sentir. Estaba todo dicho; incluso habíamos hablado de más. No teníamos fuerzas para seguir con tiroteos de palabras que solo buscaban herir.

Estábamos agotados.

Entre nosotros, un largo silencio. Desolador y tenso, pero necesario. Nuestras miradas lo decían todo. De nuestra boca solo salía el aire de la respiración.

¿Cómo habíamos llegado a ese punto?

No habíamos hecho nada bien.

Éramos demasiado orgullosos como para pedir perdón, para decir «Lo siento» o para reconocer, al menos, que nos habíamos equivocado. Pero, más que palabras, necesitábamos un gesto que nos recordara que entre nosotros había algo más que odio... En medio de aquel ambiente abatido, y tras unos minutos en los que parecía que ni los corazones se atrevían a latir, hubo un acercamiento, un roce, como si nuestras manos se quisieran susurrar lo que nosotros no nos atrevíamos a decir.

Pasado todo el ruido, y tras el silencio más absoluto, en aquel lugar solo se oía aquella melodía dolida que parecía hacerse la misma

pregunta que nosotros.

Pero, como respuesta, solo supimos darnos un beso.

Todo fue muy pausado.

Sentir nuestros labios era el único bálsamo capaz de aliviar la irritación que sentíamos en aquel momento.

Nos fuimos acercando, con mucha prudencia, como quien se acerca con cuidado a un cuerpo lastimado. Parecía que la rabia y el rencor también se habían agotado; los habíamos exprimido por completo. Nuestros cuerpos, más valientes que nuestras palabras, buscaban reconciliarse.

Al lado del tocadiscos y apoyada en la pared, reposaba la funda del vinilo que nos acompañaba. La imagen, una fotografía en blanco y negro, mostraba dos cuerpos entrelazados, uno de espaldas y el otro de frente, con los ojos cerrados. Desnudos. No nos miraban; parecían vivir lo mismo que nosotros en aquel momento. La música salía de los altavoces, flotando en el aire y envolviendo nuestros cuerpos como un elixir. Lo sentíamos más que nunca, era puro *Deseo carnal*.

ÁLVARO

Hola. Me llamo Álvaro. Estoy a punto de acabar el grado de Turismo. La universidad no ha sido, como todo el mundo dice, la mejor época de mi vida. Al estudiar a distancia, no he conocido a mucha gente. Tampoco he salido de fiesta tanto como se supone que debe salir un estudiante.

No me considero una persona especialmente interesante. Físicamente, normal. El estar más bien delgado me ha llevado siempre a sentirme «poca cosa»; no tengo unos hombros anchos como se suponía que debía tener un hombre, mi espalda es fina — de las que se estrujan en un abrazo— y tengo unas piernas delgadas que nunca han llenado un pantalón. De cara, sin más; ni guapo, ni feo.

Los tíos me han gustado siempre; me refiero a que no he tenido que salir nunca del armario. Sí recuerdo descubrir que tal vez no era lo más común entre mis amigos... Tenía doce años, estábamos de colonias, y cada uno tenía que confesar quién le gustaba de clase. Todos daban nombres de chicas, cuando fue mi turno, dije el del monitor del comedor. En realidad, no me gustaba, pero si alguien en mí había despertado lo más mínimo en aquel colegio, era él. La sorpresa les duró algunos segundos, le siguieron un par de burlas algo incómodas para acabar con un «Pero que no pasa nada, ¿eh?», y enseguida siguieron jugando y hablando de chicas.

Siempre he idealizado a los chicos; por eso, cuando los he conocido, me he llevado una decepción. Excepto con uno, que ha roto por completo mis esquemas y me ha hecho descubrir que por los tíos se puede sentir mucho más que atracción. Algo insano, que te atrapa, algo así como un devastador huracán que arrasa con todo tu interior.

¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?

Yo que te hubiese querido hasta el fin.

Sé que te arrepentirás...

La música no se detenía. Nosotros tampoco.

Las manos pasaban discretas por encima de la ropa; primero por la espalda, después por la nuca y la cabeza. Luego, bajaban a las piernas, subían a la cintura y se colaban, como quien roba un caramelo, por la ranura entre la camiseta y el pantalón.

Nos besamos cada vez con menos miedo, en el cuello, en el mentón y, el más difícil, en los labios. Los primeros eran cortos, tanto como el tic o el tac de un reloj, después eran más largos y duraban todo lo que un beso entre dos hombres puede durar.

De nuestras gargantas no salió ni una sola palabra más. Se pudo oír un gemido, como quien no quiere ser descubierto, un resoplo al no poder evitar tampoco que el placer estremeciera el cuerpo. Respirar hondo. En ese momento, ya éramos como volcanes antes de una erupción que era más que inminente.

Habíamos cruzado ya una línea sin retorno. Nos agarramos y nos besamos cada vez con más fuerza, con más pasión, endureciendo los labios, acompañando con la lengua y hasta chocando sin querer con los dientes. A ratos, éramos veneros pasionales; a ratos, nos dejábamos querer, alzando los brazos como hacen los vellos al ponerse de punta.

No queríamos perder tiempo desvistiéndonos, pero nuestras prendas, al poco rato, se convirtieron en molestia. Una camisa resistía abierta y medio caída por detrás de los hombros, dejando al desnudo todo el pecho y gran parte de los brazos. Los cinturones ya no ofrecían resistencia, las hebillas colgaban, como se suelta el arco de un candado tras introducir el código correcto. Los botones habían cedido; las cremalleras ya no servían para nada. Nuestros pantalones terminaron tendidos en el suelo.

Acabamos prácticamente sin ropa, rozándonos, piel con piel. Nuestros pechos se acercaban, nuestros abdómenes también intentaban tocarse. Completamente erectos, nuestros penes chocaban, tensando la fina tela de la ropa interior, golpeándose, duros. Nuestros brazos se enredaban y nuestras piernas se iban encajando poco a poco.

Necesitábamos sentir nuestros cuerpos, solo así nos entendíamos.

Mucho mejor que hablar .

UNAI

Antes de dar mi nombre, suelo pensar mucho a quién se lo voy a decir; si se va a acordar, si no, si lo voy a tener que repetir... Es como que no me gusta dárselo a cualquiera. Como quien da un número de teléfono o su cuenta en redes sociales, a mí me pasa con el nombre. ¿Para qué quieres saber mi nombre exactamente? No me gusta conocer a gente por conocer. Si conozco a alguien, quiero que sea alguien que merezca la pena, tanto la persona como la relación que vayamos a tener, sea de amistad o de otra cosa.

Mi pasión han sido siempre los deportes acuáticos. No concibo mi vida sin quitarme la ropa, ponerme el bañador y meterme en el agua. De pequeño se metían conmigo y me llamaban «sirena», supongo que por ser algo más amanerado que el resto de los tíos. Pero la sirena es ahora un deportista de élite y mi cuerpo ha callado bastantes bocas.

Los tíos me confiesan que en lo primero que se fijan de mí es en el físico. No me enorgullezco especialmente. Cuando creces con eso, lo vives como algo normal. Siempre he sido el centro de las miradas, tal vez demasiadas. Al final, nunca he sabido si la gente se acercaba a mí porque les caía bien o solo porque querían tocarme. Por eso, con el tiempo me he vuelto más desconfiado, más reservado. Desde fuera puedo parecer borde; pero no, soy más bien precavido.

Nunca he permitido que mis sentimientos dirigieran mi vida, siempre me ha gustado tenerlo todo bajo control.

He conocido a muchos chicos. En las aplicaciones, con una sola foto de mi torso ya tengo el chat lleno de solicitudes. He estado con quien he querido sin apenas esforzarme; tan solo con mirar y levantar las cejas, ya he tenido a un hombre cerca.

No me había desviado jamás de mis objetivos, hasta que apareció alguien que dinamitó todos mis sentimientos, todos aquellos que pensaba tener completamente controlados. No había perdido la cabeza por nadie hasta que lo conocí. Es inmaduro, irresponsable, egoísta y cero empático; es todo lo que no me conviene, pero se ha

convertido en todo lo que necesito.

*La calle desierta, la noche ideal,
un coche sin luces no pudo esquivar...*

Los ojos, apenas veían nada, solo partes del cuerpo a una distancia de uno o dos centímetros: pelo, espalda, vértebras número siete, ocho y nueve de la columna.

La ropa interior resistía pegada, se humedecía del sudor, también de hilos de saliva y alguna gota de líquido preseminal. Pero poco a poco fue abandonando el cuerpo. A pesar de la erección, que sujetaba el bóxer como si fuera un cuerno que no deja pasar la tela, la goma logró bajar, rozando los glúteos, los muslos y las piernas, hasta escapar por los tobillos y los pies.

Estábamos desnudos. Y así era como nos sentíamos más seguros. Nos movíamos sin el reparo con el que habíamos empezado. Nos conocíamos a la perfección, sabíamos lo que nos gustaba.

Los besos seguían siendo nuestro principal lenguaje. Con ellos, recorriamos la cara, de fuera para dentro, desde el lóbulo de la oreja, pasando por la mejilla, llegando a la boca, entreverando nuestras lenguas. El cuello, el centro del pecho y los pezones, que se afilaban con el tacto húmedo de la lengua...

Nuestra piel tenía un ligero sabor salado del sudor.

La complicidad era mayor que nunca.

Las felaciones no tardaron en llegar. Como si fuera un entrante de un largo banquete que se tiene todo el tiempo del mundo para degustar.

No tocaba engullir con prisa. Saboreábamos cada parte. Empezando por el glande, rosado, brillante, húmedo y delicado. Después el tronco, los laterales y toda la circunferencia. Bajando y persiguiendo los testículos con la lengua, como si flotaran en el agua. El vello público rozaba nuestra mejilla. Finalmente, la queríamos dentro, abriendo la boca e intentando introducirla entera, sintiendo el glande en el paladar, en la campanilla y hasta llegar a la faringe, con el tronco invadiendo la lengua. Aguantando, casi sin poder respirar.

Deseo carnal; no lo habíamos inventado nosotros .

THIAGO

Soy Thiago. Gallego.

No hay que darle tantas vueltas. ¿Te gusta alguien? A por él. ¿No le gustas? A por otro. ¡Será por tíos! Están para divertirse, no para dar problemas. Yo no los doy, no me los des tú a mí.

Jamás he tenido ninguna movida con ninguno. Bueno, miento. Hay uno que no me puedo quitar de la cabeza. Maldita la hora en que lo conocí.

*¡No me arrepiento!
Volvería a hacerlo,
son los celos.*

La penetración llegó de forma natural. Con sudor y saliva; no hizo falta nada más. La excitación del momento provocó que entrara toda sin ningún tipo de presión. Nuestros cuerpos encajaban como piezas de un *puzzle*.

Solo se oía nuestra respiración, la fricción de nuestros cuerpos, los golpeteos del piel con piel y los jadeos que iban en aumento.

Aquella vez fue diferente. De todas, la única que lo hicimos sin rencor, sin dudas, sin pensar en nadie más.

Nosotros y punto.

El orgasmo asomaba.

No queríamos terminar, pero a la vez deseábamos aquella ola de placer final.

La necesitábamos.

Gritamos, con la boca pegada a la nuca, al cuello, a la almohada, llenando de esperma nuestro cuerpo, nuestras manos, esparciendo en la sábana.

Respiramos fuerte.

Recuperamos el aliento poco a poco.

Pasaron unos segundos hasta que bajamos de la nube de placer que nosotros mismos habíamos creado.

Exhaustos, sonreímos, tratando de recuperar todo el oxígeno que

habíamos agotado.

El calor era insoportable, nuestros cuerpos habían ardido.

Al abrir los ojos, nos miramos.

—Quiero intentarlo.

—No funcionará.

A pesar de las dudas, deseábamos lo mismo.

—Esta vez, sí. Iremos en serio.

La canción llegaba a su fin. La aguja del tocadiscos se salió del vinilo como una piedra que resbala y se precipita al vacío.

¡No me arrepiento!

Volvería a hacerlo,

son los celos .

Meses antes ...

PRIMERA PART E

1

ÁLVARO

Cuando la gente piensa en Barcelona, enseguida se le vienen a la cabeza la Sagrada Familia, el Park Güell, las Ramblas, el Tibidabo y hasta la Olimpiadas, que fueron —aunque cueste aceptarlo— el siglo pasado. Parece que visitar los puntos turísticos de una ciudad ya es suficiente para conocerla, y no es así. Si de París solo piensas en la Torre Eiffel o tu imagen de Nueva York es la Estatua de la Libertad, es que no la has vivido; simplemente, la has visitado.

Para mí, Barcelona ha sido mucho más que las atracciones turísticas que todo el mundo visita en masa: son los parques que he frecuentado desde pequeño, las historias que he vivido en sus calles y los chicos que he conocido en sus bares.

Parece que las ciudades se construyeron en el pasado y con ese legado hay que vivir eternamente, pero las ciudades cambian y quienes las vivimos también dejamos nuestra pequeña huella y nos llevamos mucho más que doscientas fotos y algún *souvenir*. Por eso, desde niño siempre quise enseñar la Barcelona que yo conocía. Y aquí estoy, intentando cumplir lo que me llevo prometiendo desde entonces: enseñar Barcelona al mundo a través de mis ojos; aunque no sé si se me da demasiado bien.

—¡Buenas! ¿Qué tal? Soy Alvarito y estás en mi nuevo canal: AlvariTours. ¿Reconocéis esta figura? ¿Y esta otra? ¿Y esta? Lo sé, parece una clase de primero de geometría, ¡pero no! No vengo a hablaros ni de los equiláteros, ni de los isósceles, ni de los catetos... Bueno, de algún cateto acabaré hablando, seguramente, pero hoy quiero hablaros de... —dejo de hablar totalmente asqueado—. ¡Qué mal lo estoy haciendo!

—¿Qué dices? Te estaba quedando bien —me dice Unai mientras me graba con el móvil.

—Trae —se lo pido.

Reproduzco el archivo: «¡Buenas! ¿Qué tal? Soy Álarito y...».

—...y eres un poco lerdo.

—No eres lerdo. —Unai se acerca y me da un beso—. A lo mejor, te lo tienes que preparar un poco más, pero la idea es buena. Al menos, yo te seguiría.

Le miro, incrédulo. Guardo el móvil, resignado, mientras con la mirada hago un repaso a todo el parque que tenemos delante, el parque de la Ciutadella.

Diría que es uno de mis lugares favoritos. De pequeño, me traían mis padres y paseábamos durante horas. Siempre los convencía para que nos subiéramos en una de las barcas que se podían alquilar en el lago que hay en el centro. Con los años, no dejé de venir; podía ir en bici o patinete, solo o con amigos, también me había quedado leyendo y alguna vez había venido con algún chico a estirarnos al césped y estarnos hasta que se hiciera de noche y el frío, junto con la oscuridad, nos sirviera de excusa para acercarnos el uno al otro y acabar besándonos mientras nuestros cuerpos ardían por dentro.

Hace un par de años, iba por este mismo parque, mirando las musarañas y, justo cuando estaba a punto de salir por la puerta que da a la estación de Francia, me tropecé. Caí encima de una piedra gigante. Me levanté y a mis pies había un bloque de mármol, del tamaño de una cama de matrimonio, rodeada por una franja metálica de color rosa y con forma de un perfecto triángulo. Había una inscripción grabada:

«En memoria de los gais, las lesbianas y las personas
transexuales que han sufrido persecución y represión a lo largo de
la historia».

La curiosidad me llevó a descubrir que había sido inaugurado en 2011 y que se había construido con piedras de la misma montaña de Montjuic. Me extrañó no haber conocido antes aquel monumento, siendo de la ciudad, de toda la vida, siendo aquel mi parque favorito y siendo yo maricón. Pensé que, como yo, habría muchísima gente; y, por eso, cuando empecé el grado de Turismo, quise abrir una cuenta en la que pudiera enseñar al mundo pequeños rincones de la ciudad, todos relacionados con la historia del colectivo.

Tras años pensando en crear aquel canal, por fin, ha llegado el día en el que me he decidido a grabar el primer vídeo. También Unai me ha estado insistiendo. Y aquí estamos, enfrente de ese triángulo, intentando «generar contenido»; pero lo veo y es que no se me puede dar peor.

—No te agobies —me dice.

Imposible.

Hace tres años que estoy estudiando Turismo, a distancia. Me matriculé en la modalidad *online* porque pensaba que así tendría libertad para viajar por el mundo y estudiar donde y cuando yo quisiera. Pero se me olvidó que para eso se necesita dinero y el poco que gano va para el grado y para el alquiler. Lo llego a saber y estudio de forma presencial; hubiera conocido a más gente, hubiera salido más de fiesta y, básicamente, hubiera sido todo mejor.

—Este año voy a acabar Turismo —le explico a Unai—. Me gustaría tener el canal en marcha, con algunos vídeos. Así, de cara a buscar trabajo, seguro que me valorarán más. O hasta podría vivir de esto.

Unai suspira; seguro que me ve como un crío inmaduro que no sabe qué hacer con su vida. Y no le falta razón.

—Vas por el buen camino —me dice adoptando una actitud paternalista—. Búscate un par de lugares que quieras enseñar y los explicas a tu manera. Tienes que encontrar una forma en la que estés cómodo y seguro que enganchas a mucha gente.

—Es que no sé por dónde empezar. —Yo siempre espero que las soluciones me caigan del cielo.

—Pues por este triángulo. Luego puedes hacer, por ejemplo, la glorieta de Sonia.

En realidad es la glorieta de los Músicos; está en el mismo parque, al lado de la cascada. Se le puso el sobrenombre en honor a una mujer trans, llamada Sonia, que asesinaron en los años noventa en ese mismo lugar.

Unai conoce todo lo que yo quiero enseñar al mundo porque, al final, él ha sido mi primer oyente, mi primer *follower*.

—Tienes que explicarlo de la misma manera que me lo llevas haciendo a mí todo el verano —me insiste Unai; parece un profesor—, con el mismo entusiasmo. Yo he aprendido mucho.

Unai y yo llevamos unos meses viéndonos, por decirlo de alguna manera. Nos conocimos a principios de este verano que termina, en la noche de San Juan. Coincidimos en la misma fiesta, en una casa enorme por la zona alta, más arriba de Sarriá. El amigo de un amigo de un amigo... tenía jardín, piscina y mucha gente. Nos estuvimos mirando desde el primer minuto. Yo iba hablando con mi amiga María e intentaba entablar conversación con gente, pero no acabé de divertirme. No conocía a nadie y mis temas de conversación eran bastante limitados. Unai, en cambio, se reía todo el rato y hablaba con unos y con otros.

—María, me voy a ir —le dije hacia las tres de la madrugada.

—¿Ya?! ¡Pero si ahora empieza lo mejor! —Ella estaba en su salsa. Tenía a un montón de amigos ahí y cada vez que hablaba con ella tenía una copa nueva en la mano—. Quédate un rato más, anda, ¡¡¡que es *veranooo* !!! Voy a por un chupito.

Le dije que la esperaba, pero iba a hacer una bomba de humo en toda regla. Esperé a perderla de vista y, entonces, me dirigí a la puerta, cruzando toda la gente, sin mirar a los lados para que nadie me detuviese; me sentía como un preso de Alcatraz aprovechando el momento en que la cámara gira hacia el otro lado para huir.

Al levantar la mirada, le vi a lo lejos. Como no lo iba a ver más, me atreví a indicarle que me iba. Él me miró, levantó los brazos en modo pregunta y puso una cara interrogativa pero muy sonriente. Con un gesto, me invitó a unirme a sus amigos. A mí me entró la risa, pero le señalé la puerta de nuevo, para insistirle en que no me iba a quedar. Entonces, se levantó, dejó a su grupo y se acercó a mí.

Me puse muy nervioso pero muy contento a la vez.

—Perdona —me dijo con un aire divertido—, es que en lengua de signos solo sé decir *hola* y *adiós*.

—¿Ah, sí? —Me sorprendió que me saliera con esas—. ¿Y cómo se dice *hola*?

Se rio. La copa que llevaba en la mano no debía ser la primera; estaba contentillo. De lejos, solo me había podido fijar en su sonrisa; al acercarse, me fijé que tras unas finas gafas escondía una mirada preciosa.

—Pues solo sé que *hola* es así —dijo haciendo un levantamiento de

cejas y sacudiendo la mano hacia los lados.

Por un momento, me había creído que conocía la lengua de signos, pero era evidente que se estaba quedando conmigo. Le seguí el juego.

—¿Y cómo se diría *adiós* ?

Pensó durante medio segundo.

—Pues... es el mismo gesto —dijo volviendo a sacudir la mano de la misma manera—, pero se hace al cabo de un rato, cuando te vas.

Me di cuenta de que era la primera vez en toda la noche que me había reído. Me apeteció quedarme, pero era demasiado obvio que lo hacía por él.

—Te estaba diciendo —me expliqué— que me voy.

—Sí, sí. Eso lo he entendido.

Estuvimos hablando un rato hasta que, para mi sorpresa, me dijo que él también quería irse y que se iba conmigo.

—Yo vivo por el barrio de Sant Antoni —le dije.

—Oh, perfecto, me viene de camino. Si quieres, podemos ir juntos, en taxi o algo.

¿Eso mismo no podría haber sucedido cuatro horas antes? No, estas cosas pasan al final de la noche, siempre.

Le esperé en la calle mientras él se despedía de sus amigos.

La noche de San Juan es la única del año que tiene un aroma propio, el de la pólvora, y un sonido característico, el de los petardos y los fuegos artificiales. La noche en la que nadie duerme.

Es típico comer coca de piñones y yo me había empachado, y además había bebido un par de copas sin ganas, intentando animarme. Me sentía completamente hinchado.

Tardó un poco en salir, seguramente le intentaron convencer de que se quedara y tuvo que argumentar de mil maneras que se iba.

—No me has dicho tu nombre —dijo, lo primero.

—Soy Álvaro —le ofrecí mi mano y puse cara de bobo—, encantado.

—Igualmente, yo soy Unai. —Me estrechó la mano con fuerza, de forma viril, mirándome serio. Parecíamos dos empresarios cerrando un negocio; me incomodé un poco con tanta masculinidad... Pero, a los pocos segundos, hizo un suave giro de muñeca, doblándola con

delicadeza, inclinó su cuerpo y me besó la mano como si fuera una princesa—. Encantado de conocerte.

Me quedé tan descolocado que no supe seguirle el juego.

Enseguida nos pusimos en marcha. Las calles se estaban vaciando, la gente festejaba en los jardines —quien tenía— o en locales. Aquel junio estaba siendo especialmente caluroso y la noche bastante bochornosa.

—Yyyy ... —alargó la conjunción como quien avisa de que va a preguntar algo con el único objetivo de iniciar una conversación—, ¿a qué te dedicas?

La conversación tardó en arrancar. Le expliqué qué estaba estudiando y que hacía algún trabajo puntual para sacarme algo de dinero.

—...y lo más importante: odio los *spoilers* .

—¿Qué? —se partió de risa.

—Lo digo de verdad. Soy capaz de dejar de hablarte si me cuentas el final de una *pelí* , serie o lo que sea. Es lo primero que hay que saber de mí.

Él me explicó que había acabado de estudiar ADE. Deduje que tendría algunos años más que yo. Lo que no esperaba era que me dijera a lo que realmente se dedicaba.

—Soy *diver* , hago saltos de trampolín —dijo, mirándome, esperando mi reacción.

—¿Cómo?! —flipé—. ¿Te estás quedando conmigo?

—Te lo digo en serio —abrió las palmas de las manos, mostrando inocencia y unos antebrazos musculados—. Lo llevo haciendo desde pequeño.

—¡Qué fuerte! —No me lo creía—. Es que... nunca he conocido a nadie que hiciera eso. No sé, es algo que se ve en la tele, en las olimpiadas, pero... Lo normal es conocer a alguien que trabaje en el Zara, que estudie Políticas o, incluso, ADE, pero... ¿esto? Es como conocer a Tom Daley, de repente.

No perdía la sonrisa; era generosa. Solo pensar que practicaba ese deporte hizo que me fijara aún más en su cuerpo. Se le veían unos brazos fuertes que asomaban por la camisa arremangada hasta el antebrazo, unos hombros anchos, se intuía un vientre duro... Tenía

un cuerpo perfecto, como el de los maniquís en los escaparates.

—Entreno en la piscina olímpica de Montjuic, seguro que la conoces.

—Claro —le sonreí—, donde el videoclip de Kylie Minogue y el de Dua Lipa.

Él asentía, sabiendo que le iba a decir eso.

—¿Recuerdas las canciones? —me puso a prueba.

—Claro —pensé rápido—, era el *Slow* de Kylie y de Dua...

—*Illusion* —se avanzó.

—¡Eso! —le dije, aunque en realidad no la recordaba.

—De hecho, si revisas el videoclip, uno de los que salta, a lo lejos, soy yo.

—¡Qué fuerte! —Intenté no mostrarme demasiado sorprendido, ya que no tenía nada al mismo nivel que explicarle de mí.

Mentalmente, apunté esa piscina como uno de mis puntos a visitar en la Barcelona gay. ¿Un lugar donde Kylie Minogue y Dua Lipa habían rodado un videoclip con todo de tíos en bañador? Debía estar.

A la vez, me intimidó bastante aquella conversación. Al fin y al cabo, estaba ante un deportista de élite; pero él era tan natural que acabé estando muy a gusto. Me estuvo explicando todas las horas que había hecho de entrenamiento desde adolescente y durante la carrera; ahora que había acabado, quería centrarse completamente en el deporte.

La historia entre Unai y yo parecía el inicio idílico de dos chicos que se conocen en verano, pero hubo algo que lo obstaculizó desde el primer momento: había la posibilidad de que Unai se fuera a Londres a entrenar. Lo haría en octubre, al empezar el nuevo curso, y se lo tenían que comunicar después del verano. Por eso, nunca me pude tomar en serio lo nuestro, porque tenía fecha de caducidad. Sin embargo, la realidad era algo distinta: los últimos tres meses habíamos hecho vida juntos, habíamos hecho cosas de pareja y se podría decir que habíamos estado saliendo juntos, pero en ningún momento nos habíamos sincerado respecto a nuestros sentimientos.

¿Tal vez era momento de hacerlo ?

2

ÁLVARO

Lo más difícil de estudiar una carrera *online* es, precisamente, que sea *online* : las aulas virtuales, los chats con los compañeros, comentar trabajos, no conocer a nadie, no tener casi amigos y, lo peor, no tener compañeros que te caigan mal a los que poder criticar. Pero eso lo descubrí cuando ya era tarde.

El primer año, antes de empezar el curso, me empezaron a llegar muchos *e-mails* para darme de alta en foros, hacer un *tour* virtual, rellenar mi perfil, leer guías del alumno y hacer muchas cosas que hasta el primer día de clase no hice.

Siempre a última hora.

Sin saber exactamente cómo, logré entrar en un aula virtual donde escuchaba a una profesora dándonos la bienvenida al curso. En un lateral de la pantalla, veía el nombre de todos los alumnos con una foto. A mí, me llamó la atención el de la única persona que, al igual que yo, no se había puesto foto de perfil, una tal María.

Le escribí.

ÁLVARO:

Veo que no has conseguido ponerte foto tampoco. XD

MARÍA:

Jajaja. Si te digo la verdad, ni siquiera estoy escuchando a esta pobre mujer. Que yo sé que nos habla porque mueve los labios, pero soy incapaz de conectar el audio.

ÁLVARO:

Ah, ¿es que la estás viendo? Yo solo la oigo. ¡¡Mierda!! XDD

MARÍA:

Vaya dos... Empezamos bien el curso.

ÁLVARO:

Ha dicho que se llama Consuelo. ¿¿Hola?? ¿¿Cuántos años

tiene?? ¿¿Doscientos noventa??

MARÍA:

Viste como las chicas del cable, pero en mal. Por la cara parece de cuarenta y por el peinado parece de setenta. Jajaja. Seguro que pasa de los cien.

Estando en mi casa me entró la risa floja. Intenté disimular, pero luego me di cuenta de que nadie me veía, así que me reí tranquilamente y seguí hablando con ella.

ÁLVARO:

Oye, ¿vives en BCN? Podríamos quedar «en persona», porque no me entero de nada.

MARÍA:

Envía foto de cara al menos, ¿no? Jajajaja

ÁLVARO:

Si supiera hacerlo... Pero este chat no hay quien lo entienda...
Además, ino quiero ligar! ¡Que soy maricón!

MARÍA:

Pues envía foto po...

ÁLVARO:

¿Qué dices?! Jajajaja

MARÍA:

¡Es broma! ¡Que tengo novio!

ÁLVARO:

Si me vieras, querrías dejarlo con él. Cero dudas.

MARÍA:

Y si tú me vieras a mí... También soy un pibón. ¡Jajaja! Te convencería fácilmente.

ÁLVARO:

Salí del armario con dieciséis años, paso de volver a entrar.

MARÍA:

Te haría entrar a redescubrir los mundos de Narnia. ¡Jajaja!

ÁLVARO:

¡Qué idiota! Me encantas. XD

Me había olvidado completamente de que estábamos en una clase de bienvenida cuando pasó algo que me cortó la respiración y noté como, en la distancia, en algún punto de Barcelona, a aquella tal María a la que acababa de conocer también le cambiaba la cara completamente.

CONSUELO (admin):

Escribiendo...

CONSUELO (admin):

Si clicáis en el nombre con el botón derecho, podéis tener una conversación privada. De lo contrario, estáis participando en el chat general y todo el mundo puede leer vuestra *interesantíiiiisima* conversación.

No conocía aún a María, pero la necesitaba a mi lado para vivir juntos nuestra sentencia de muerte en aquella asignatura.

CONSUELO (admin):

Por cierto, María, es una minifalda Prada inspirada en las *flappers* de los años veinte. Buen ojo. Y seré mayor, pero sé perfectamente cómo funciona un aula virtual, cosa que vosotros no. Si quedáis esta tarde, pasadlo bien.

Me quedé mudo y bendije el hecho de hacer una clase a distancia, para pasar aquella vergüenza totalmente a solas, y de no haber puesto foto de perfil, para que nadie en esa carrera supiera qué cara tenía.

María me abrió un privado, poniendo su número de teléfono.

MARÍA:

Creo que es mejor que hablemos por WhatsApp.

ÁLVARO:

Te agrego ahora mismo.

MARÍA:

La que hemos liado.

ÁLVARO:

Y es el primer día. XD Me quiero morir.

Ese fatídico momento nos unió para el resto de la carrera. Tres años después, seguimos siendo íntimos amigos y, si se le puede decir así, compañeros de clase.

Hemos quedado, como siempre, en nuestra cafetería favorita, el Sandwiches. Es muy amplia, con mesas grandes de madera donde la gente pasa horas frente a su portátil, trabajando, estudiando, haciendo trabajos o, simplemente, tomando algo. Para mí, es mejor que una biblioteca; la gente está en relativo silencio y todo el mundo parece estar concentrado, pero podemos estar tomando algo y hablar en voz alta sin que haya alguien haciendo «¡Shhh!».

—Dos *chai latte* y un cruasán de chocolate —pido para los dos—. Y si puede ser...

—¿...el cruasán partido por la mitad? —nos responde el camarero.

El mismo sitio, el mismo camarero, el mismo pedido.

—Sí, por favor —dice María sacando la tarjeta—. Hoy me toca a mí. Además, tengo un *notición* para darte.

—Me alegro. Al menos, alguien tiene algo que contar...

Con el tiempo, han ampliado la cafetería, con lo que ahora tiene una segunda planta con vistas a la calle; siempre que hay sitios libres, nos sentamos ahí. Apartamos una bandeja de algún cliente anterior y ponemos la nuestra en medio. Nos sentamos uno enfrente del otro. Yo muerdo ansioso mi cruasán y ella, exaltada, me cuenta su *notición*.

—¿Recuerdas aquella obra que nos anularon?

—¿En la que hacías de puta?

—*Madame Bovary* no era puta.

—Pero tú, sí. —Me encanta meterme con ella.

—Por culpa de gente como tú la pobre acabó suicidándose.

—Pero icállate! ¡No me cuentes el final!

—¡Si lo sabe todo el mundo!

—¡Pues yo no me acordaba! Me has jodido la obra...

—Eres un exagerado.

No quiero cabrearme.

—Entonces... —intento borrar el final de mi cabeza—, ¿la volveréis a hacer?

—Hemos retomado los ensayos y... ¡la estrenamos en diciembre!

María quiere ser actriz, pero no porque sea mona y aspire a ser famosa y salir en Netflix; le gusta de verdad. Ama la profesión. Siempre me ha hablado de los papeles que hacía en compañías *amateurs*. Se le ilumina la cara, me cuenta los ensayos, se cabrea cuando una frase consigue hacerla suya y espera con ansias el siguiente proyecto, sea grande o pequeño. Siempre se impregna del personaje; tanto que, ensayando el papel de Emma en *Madame Bovary*, lo acabó dejando con su propio novio, porque llegó a entender al personaje y vio que ella estaba en una situación similar. Así que, después de siete años, lo dejó. «Me di cuenta de que él no me hacía feliz».

—¡Y aquí tienes tus dos entradas para el estreno! —Rodea la mesa acercándose a mi lado y me da un sobre con dos invitaciones.

—Pero si son invitaciones de verdad... Ya no es una lista escrita a *boli* sobre un papel rancio.

—¡Es que es la primera obra de teatro *de verdad* que hago! Me hace tanta ilusión... Además, son butacas en platea, mejores que las de mis padres. Ellos me ponen nerviosa y los he puesto más alejados, pero a ti quiero tenerte cerca. —Me abraza fuerte e ilusionada—. ¿Vendrás con Unai?

—Yo qué sé... —respondo desganado—. Todavía no sabemos si se irá a Londres o no. Pero da igual, ¡vendré con o sin él!

La abrazo y saltamos de alegría, dando un poco la nota delante de todo el bar.

Siempre que quedo con María, me llevo la bolsa del gimnasio, aunque jamás voy porque siempre nos acabamos quedando los dos haciendo algo. Pero, esta vez, tengo la mala suerte de que María tiene ensayo y tiene que irse bastante pronto, así que me quedo sin excusa.

Me lo pienso varias veces e intento buscar algún motivo para volver a casa, pero no lo encuentro, así que no me queda otra que ir

.

3

THIAGO

El gimnasio es el mejor sitio donde ver tíos. Pantalón corto, mallas, camisetas de tirantes, brazos, piernas y sudor, mucho sudor. Puedo estar en la cinta de correr y aguantar solo porque me gusta lo que tengo delante. Correr en sí, me aburre. No hago máquinas, no hago pesas, no hago clases. Prefiero guardarme las energías para otras cosas. Hay que tener aguante; los tíos adoran que no te canses.

A mi lado, hay un chaval que no he visto antes por aquí. Es nuevo; no sabe ni cómo encender la máquina.

—La tecla azul —le digo sin que me pregunte. Si no me hubiera parecido atractivo, dudo que le hubiera dicho nada.

—Gracias —responde casi sin mirar.

—¿Eres nuevo por aquí?

—Es la primera vez que vengo.

No es el típico cachas. Tiene su punto con esa cara de inocente; parece maleable. Son los peores, los que después más se transforman; los que se dejan hacer de todo.

—¿Cómo te llamas?

—Álvaro .

4

UNAI

No sabría decir qué fue lo que más me gustó de Álvaro, ¿su inocencia, su sencillez, su timidez...? Lo único que sé es que, cuando lo vi por primera vez, solo quise abrazarlo.

Lo mío ha sido mucho más que amor a primera vista. Desde el primer día, tuve clarísimo que no me lo sacaría de la cabeza. Como cuando te encaprichas de algo y sabes que no vas a parar hasta que lo consigas. La noche de San Juan, sabía que si le dejaba escapar lo acabaría buscando por todos lados: preguntaría a mis amigos, buscaría en redes los que tuviéramos en común..., pero necesitaría volver a verle. No podía dejar que se fuera así como así; no quería pensar que él pudiera cruzarse con otro y quedarme con la sensación de haber desaprovechado mi oportunidad de conocerle, estar con él, tener algo juntos.

Desde pequeño todo me ha salido bien, absolutamente todo. He sido bueno en estudios, en deportes, he tenido muchos amigos y con la familia me he llevado perfectamente. Si nuestro *curriculum vitae* mostrara más allá de los estudios y el trabajo, el mío sería impecable, ejemplar, perfecto. Jamás he podido aceptar un no, porque jamás lo he recibido. Cuando se gana en todo, perder una sola cosa, es fracasar. Como cuando juegas de niño y en la última partida dices lo de «Quien gana esta, gana todas». Pues lo mismo: si pierdo en esto, pierdo en todo.

Y había un aspecto de mi vida en el que no estaba siendo el caballo ganador. Mis amigos, mis amigas...; todos me iban adelantando en lo que se estaba convirtiendo en lo más difícil, el único juego en el que estaba perdiendo la partida y que cada vez veía más imposible remontar: encontrar el amor. Desde hacía un tiempo, se había convertido en mi única obsesión. Si hubiese sido una asignatura, hubiese sacado un cero. Y no podía permitírmelo.

Pasaban los años y no encontraba la manera de que cuajara con

nadie a pesar de que, por mi complexión física, todo el mundo decía siempre que podría estar con quien quisiera. De cara, también me han comparado siempre con algún actor o modelo. De hecho, a menudo me han dicho que encajaría para campañas de perfume, tipo YSL o así, pero jamás me he presentado a ningún *casting* ; lo dicho, no hubiera aceptado un no, así que prefiero pensar que no he sido modelo porque no he querido. Mi madre fue *miss* en un par de ocasiones y mi padre, también deportista, posó para marcas de ropa interior. Todo en mí ha apuntado desde pequeño a tener un gran futuro, a ser alguien, a no defraudar a nadie. Por eso mismo, tardé también en salir del armario. Era la joyita de la familia; alguien tan perfecto no podía ser «un mariquita de esos», y menos en el mundo del deporte. Lo estuve negando durante mucho tiempo, pero la naturaleza es más fuerte que cualquier pensamiento humano. Por mucho que intentemos imponer nuestros ideales o construir personalidades inventadas, así como el mar acaba recuperando lo que es suyo, los sentimientos de uno también acaban ocupando el lugar que les toca.

Cuando descarté que se tratara de confusiones o algo pasajero, me prometí a mí mismo que en todo lo demás sería perfecto, para no defraudar a nadie, para que nadie pudiera reírse de mí. La típica frase de «Es gay, pero es buenísimo en todo».

Cuando sentí que había llegado el día de decirlo, lo hice justo antes de un campeonato. Pensé que si era capaz de precipitarme desde una plataforma a diez metros de altura, también lo sería para decirle a todo el mundo que era gay. Y así fue. Ese momento fue exactamente igual que hacer un salto, incluso con más vértigo y con la sensación de que la altura era mucho mayor. Una vez hecho, ya no había vuelta atrás. Salto. Expectación. Caída al vacío. El silencio que se creó a mi alrededor fue idéntico al que se produce durante los segundos que estás bajo el agua, con la presión en los oídos, en los que te preguntas si ha ido bien o no, y no es hasta salir a la superficie que descubres el resultado. Como en competición, vi las caras de sorpresa, las caras de admiración, vítores, aplausos y, tal vez, algún pequeño gesto de decepción. Pero ya estaba dicho.

No quería que esa palabra me definiera; quería que se me

conociera por otras cualidades. Por eso, siempre que he tenido un objetivo, lo he cumplido; siempre que me he propuesto algo, lo he conseguido, y nunca me he quedado en el intento.

Con Álvaro vi desde el primer momento que era el tipo de chico con el que quería estar. Era dulce, simpático, sonriente, buena persona y alguien completamente alejado de mi mundo. Por eso, me imaginaba un futuro junto a él. Lo único que me hacía dudar era que fuera algunos años más joven que yo, porque parece que con veinte años nadie quiere algo serio. En cambio, yo siempre he sido de los que quieren a alguien a su lado. Tal vez, esa misma obsesión es la que me había impedido encontrar a nadie hasta el momento...

Álvaro y yo nos conocimos a principios de verano, por lo que no me atreví a proponerle un viaje o algún plan juntos fuera de la ciudad. Pero me hubiera encantado ir con él a Menorca o Formentera, pasar días en la playa, pasear, bañarnos juntos, cenar, hablar de todo, contarnos todo, apoyarnos en todo.

Un día me dijo: «Lo que más me gusta de un tío es que me sorprenda». Y, desde entonces, siempre he tratado de hacer cosas diferentes, imprevisibles. He querido que cada día fuera especial, que no se aburriera nunca de mí. Una vez, lo llevé a cenar a un bufé libre de *sushi* y le gustó tanto que se convirtió casi en una tradición.

Y aquí estamos, una semana más.

Después de su primer día en el gimnasio, hemos quedado para cenar, como es tradición, en el Rainbow. Lo que no me gusta de este lugar es que, debido a su localización, en medio del Eixample, prácticamente toda la clientela somos gais. Lo paso mal cuando miran a Álvaro, y peor cuando a Álvaro se le van los ojos a otras mesas.

—¡Hola! —le digo—. ¿A quién miras?

—Eh... —reacciona—. No, a nadie... Estaba pensando en... ¿Qué pedimos? ¿Lo de siempre?

Miro a la mesa de al lado y, efectivamente, hay un tío bastante atractivo. Para nada mi tipo, pero objetivamente atractivo. Diferente a mí, más moreno, más barbudo, con la cara más fina... El tipo de chico que a Álvaro también le puede atraer.

Nunca me he considerado celoso, pero cuando siento que Álvaro se

me escapa de las manos, no puedo evitarlo.

—Que si pedimos lo de siempre —me dice.

—Sí, claro —le respondo, mientras apunto en un papel—. Cogemos el 27, el 34 y el 71.

Son los números que corresponden a los platos de la carta. Podemos pedir tantos como queramos, con una única condición: hay que terminar lo que hay en la mesa antes de volver a pedir.

Nuestros imprescindibles son: el 27, el *sashimi* de salmón; el 34, el *sushi* variado, y el 71, nuestro gran descubrimiento, los *california rolls*. Álvaro los nombra como si cantara la canción de *California Gurls*. A veces, pedimos platos nuevos para descubrir, pero hay unos básicos que no nos saltamos nunca.

—¿Qué tal ha ido el gimnasio? —le pregunto, tras entregar el papel.

—Ah, bien; sin más.

—¿Has conocido a alguien?

—Qué va. Solo un tío me ha dicho cómo funcionaba la máquina de correr.

—La cinta, ¿quieres decir?

—Eso. Pero ya está.

—Seguro que quería ligar contigo.

—Qué va.

Aunque imagino que hay algo que no me quiere contar, no le quiero volver a preguntar. Además, en un gimnasio no hay ratones de biblioteca, precisamente. Prefiero no saber demasiado. Confieso que prefería cuando quería ir al gimnasio, pero al final no iba.

—Tengo que volver para que me hagan una rutina —me explica, un poco desganado—. En unos meses estaré supercachas, casi como tú. Vas a flipar cuando me veas; si no te vas a Londres, claro.

Este tema nos ha perseguido todo el verano; ha sido el *pero* que ha acompañado nuestro inicio de relación. No nos hemos planteado nada, ni lo que somos o dejamos de ser, ni si estamos oficialmente juntos o no; todo por el tema de que en octubre puede que me vaya de la ciudad.

Lo que Álvaro desconoce es que yo sé desde el primer momento lo que va a pasar. Y es que sí que me voy a Londres. Un contrato

deportivo no se firma de una semana para otra; hay negociaciones, hay que definir condiciones, valorar niveles, cerrar fechas y discutir números, muchos números... Pero no quería decirle que me iba y que descartara la opción de tener algo conmigo. Me quise dar el verano de margen para conseguir sentar unas bases con él, crear algo sólido y que la distancia no fuera un problema.

—Esta semana me tienen que decir definitivamente si sí o si no —le miento una vez más, examinando su mirada esperando alguna reacción—. Pero, nos seguiremos viendo pase lo que pase, ¿no? Podré ver cómo te vuelves una vigorética.

Su cara es literalmente de póquer y desvía la mirada. Siempre que hablamos de Londres, la conversación se vuelve tensa.

—Bueno, si te vas... —me clava la mirada— será difícil que nos sigamos viendo. Por no decir imposible.

No sé si lo dice para joderme, como amenaza o porque realmente le pone triste la posibilidad de separarnos. Yo sé que no ve claro tener algo a distancia, pero ¿por qué parece que no quiere ni intentarlo? No acepto un no, ese es mi problema.

—¿Podemos hablar del tema? —le ruego.

Nos sirven las primeras bandejas de *sushi*. Quitamos los palillos de madera del envoltorio de papel, rompemos la parte por la que van unidos —clac— y nos ponemos a comer. Álvaro suele hacerlo acelerado y siempre se le cae un palo, desmonta las piezas de *sushi* esparciendo arroz por todo el plato o hace cualquier cosa que me acababa sacando una sonrisa.

—Álvaro, creo que va siendo hora de que hablemos de lo nuestro, ¿no crees?

—¿De qué hay que hablar? La pregunta es si te vas o no.

—No es solo eso. También hay otra realidad y es que llevamos todo el verano juntos, pronto serán tres meses y... No sé, todo este tiempo, para mí, ha significado algo.

Le observo mientras sus ojos están pendientes de los granitos de arroz que nadan en el cuenco de la salsa de soja. Los intenta recoger, pero no consigue cazar ni uno.

—No sé, Álvaro... —Intento no ponerme muy nervioso—. En todo este tiempo yo no he estado con nadie más y diría... que tú

tampoco. Que no te lo estoy preguntando, porque no pasaría nada; me refiero... oficialmente no hay nada entre nosotros. Además, si lo has estado, ahora preferiría no saberlo.

Me mira con una mueca que no sé descifrar.

Álvaro me ha dicho que conmigo ha tenido lo más parecido a una relación, pero que tal vez no se puede considerar una relación, aunque tampoco un rollo y menos un *follamigo*. Él siempre dice que yo soy como un «rollo serio». «Eres el tío con el que más veces he follado», me dijo una vez.

Este verano hemos hecho muchos planes juntos, y también hemos pasado muchas horas en la cama. El sexo es parte de nuestro día a día. Hasta nos hicimos unas pruebas de ETS para no tener que usar condón. Nos hemos ido conociendo cada vez más y cada vez ha sido mejor. Un día, logré que se corriera sin tocarse, y él mismo dijo que había sido una sensación rara y espectacular a la vez. Otra vez, estábamos tan excitados que f ollamos y, tras corrernos, continuamos sin parar hasta corrernos una segunda vez. Con él, el sexo nunca ha sido rápido; siempre con tiempo. Por eso quiero que haya algo más, quiero tener la certeza de que somos el uno del otro, de que podemos estar juntos a pesar de la distancia.

—Bueno —digo con tono de aviso—. Quería esperar a ver qué pasaba con Londres para decirte esto, pero la espera se me está haciendo muy larga y no quiero depender de un trabajo para... —Cojo aire—. Me gustaría que, pase lo que pase, tuviéramos algo tú y yo. Que formalicemos lo nuestro. ¿Qué crees?

Me callo para ver su reacción. No dice nada, quieto .

5

ÁLVARO

—Me gustaría que, pase lo que pase, tuviéramos algo tú y yo. Que formalicemos lo nuestro. ¿Qué crees? —me suelta, de golpe.

La conversación sobre si «¿Somos pareja?», «¿Qué somos?» o «¿Somos algo más?» me parece bastante incómoda. ¿Hay que ponerle nombre a todo?

—Ya hay algo entre nosotros —le digo.

—Me refiero a que tú y yo vayamos en serio —me insiste—. Me gustaría saber que tenemos algo pase lo que pase con mi carrera, me vaya a Londres o no. No sé, que fuéramos... oficialmente... *novios*.

Me quedo callado, no sé qué responder. La palabra *novio* se me queda enorme. Nunca he tenido nada serio con nadie; de hecho, ni me lo he planteado. De repente, me veo envuelto en algo que ni tan siquiera he buscado. ¿Una relación? ¿Ya? Aun siendo Unai la persona que todo el mundo querría de novio —guapo, atlético, buena persona, con familia de pasta...—, yo no quiero nada serio. Unai me encanta y este verano he sido muy feliz con él, pero me entristecía cada vez que pensaba que lo nuestro tenía fecha de caducidad. Lo veía y me jodía. Me he sentido, y me siento, como una especie de cenicienta: todo es muy bonito hasta que llegue el día en que se vaya.

Ojalá no tuviera que irse. Ojalá se quedara. Ojalá lo nuestro funcionara. Pero no, a distancia no.

—¿No dices nada?

—Es que... —no sé ni qué decir—, la verdad es que no me lo había planteado así... Y... ¿no crees que deberíamos esperar?

Unai insiste.

—Justamente es eso lo que no quiero: esperar a que otra cosa decida por nosotros. Yo sé que quiero estar contigo, sea en la misma ciudad o en ciudades distintas. Quién sabe, a lo mejor puedes seguir

estudiando desde ahí o tal vez vuelvo en unos meses, o a lo mejor nos vamos los dos a otro sitio completamente diferente. Es que pueden pasar mil cosas.

Lo que tengo claro es que, si Unai va a estar lejos, no es la persona.

—No sé, Unai. —Cuando me agobio, me bloqueo—. Claro que estoy bien contigo, pero no sé si empezar algo a distancia es lo mejor. Y, la verdad, estaba muy mentalizado con que te ibas.

—Vamos, que te estabas haciendo la idea de terminar. —Parece enfadado. O triste. No lo sé.

No respondo. Y, como no sé qué hacer, pido la cuenta. Luego, hacemos el camino hacia casa de Unai, en el Barrio Gótico. Vamos en silencio, no queremos o no nos atrevemos a hablar. Cogemos la calle del Paradís, una de mis favoritas, que lleva directo a la parte trasera de la catedral de Barcelona. Pienso en la cantidad de veces que le he dicho a Unai que quería incluirla en uno de mis vídeos de AlvariTours.

En lo alto de la pared de la catedral, hay un unicornio esculpido en piedra; siempre me ha fascinado que en la Edad Media se representaran animales fantásticos. Todas esas calles estrechas tienen algo enigmático. Pasamos por Sant Iu, una plaza tan pequeña que casi pasa desapercibida. Más de una vez le he hablado a Unai de las figuras esculpidas ahí: una es la de Sant Jordi y el dragón, en referencia a la leyenda en la que el caballero le clava la espada al monstruo y, de su sangre, brota un rosal. En algunos cuentos también se dice que Sant Jordi le regala una de esas rosas a la princesa, quien, a cambio, le da un libro. Sea como sea, el 23 de abril, día del santo, es el día de los enamorados y del libro en Cataluña. La otra escultura, situada un poco más a la derecha, es la de un ángel con una pluma tan grande como él. Siempre le he dicho a Unai que era un ángel con pluma, el ángel de la guarda de los mariquitas; esa broma la tenía pensada para el vídeo. Me siento cómodo explicándole curiosidades, como que para construir los antiguos edificios de la plaza, se usaron lápidas del cementerio judío de Montjuic y que, por eso, algunas piedras tienen nombres grabados.

Cuando estoy mal, me refugio en las calles, en su historia, en las personas que han construido, esculpido o pintado algo en el pasado y siento que, de alguna forma, siguen ahí. En este momento, de hecho, mientras andamos, callados, me están salvando; me siento extrañamente acompañado.

Llegamos al portal de su casa, en el que hemos terminado tantas noches este verano, besándonos y subiendo a toda prisa hasta llegar a su habitación para quitarnos la poca ropa que llevábamos. Esta noche, sin embargo, nos detenemos con más cautela. Nos ponemos uno enfrente del otro y le miro a los ojos, aquellos que he esquivado toda la cena.

Pienso en lo atractivo que es. Parece muy formal; entre las gafas, el pelo peinado a un lado y la piel tan fina. Se podría decir que viste serio, con colores *beige*, negros o grises, o incluso aburrido, pero él es todo lo contrario. El contraste de lo recto que parece con el cuerpo que esconde lo hace todavía más sexi; se crea como el efecto Superman cuando se quita las gafas y con ellas el traje de paisano, convirtiéndose en superhéroe.

Nos besamos.

Sus labios son finos y besa con cierta rigidez, menos cuando alarga los besos, que lo hace con suavidad, como si su boca se ablandara a los pocos segundos de entrar en contacto con otros labios. Sabe moverlos muy bien, de forma que acaricia los míos. Diría que he aprendido mucho de su forma de besar. Jamás lo hace solamente en la boca, sus labios siempre se escapan a mi barbilla, a mi nuez — que le encanta— o incluso entre mis ojos, un lugar en el que solo me ha besado él.

Durante todo el verano, ha sido difícil besarnos y no terminar en la cama. El primer beso llevaba al segundo, que llevaba al tercero, que llevaba a las caricias... Deseo que hoy suceda lo mismo. Me entra el calor y quiero subir a su casa y desnudarnos. Pero esta noche el beso es raro, incierto. Aun así, noto que bajo la bragueta está duro; solo con acercar mi cintura lo puedo palpar. A pesar de la conversación incómoda, en este momento logro entrar en ese estado álgido en el que ya solo te dejas llevar, en el que se te nubla la mirada y el resto de los sentidos se mueven por ti.

—Me tengo que ir —dice, despertándose del sueño.

—¿Cómo? —respondo, desubicado—. ¿No quieres que suba?

—Es tarde, prefiero descansar, que nos conocemos —me sonrío—. Y no creo que sea la noche más indicada para hacer nada. Además, mañana entreno a las seis.

—¿Seguro? Tampoco tenemos por qué alargar mucho...

Estoy excitado. He dejado todas las preocupaciones a un lado. El sexo solucionaría cualquier cosa, pero parece que Unai no lo ve igual.

—Mañana, ¿vale?

Unai es de los pocos chicos que he conocido que, aun teniendo toda la sangre entre sus piernas, es capaz de pensar con la cabeza. Disciplina deportiva, imagino. Y no creo que sea casualidad que esta noche me quiera dejar con las ganas; entiendo que es su manera de decir: «Piensa en lo nuestro» .

6

ÁLVARO

Hay varias señales, a finales de septiembre, con las que te vas dando cuenta de que el verano está terminando. Para empezar, has arrancado con la rutina del nuevo curso: vuelves a la planificación semanal, donde los lunes vuelven a ser lunes y esperas a que llegue el viernes para entrar en el fin de semana, que ha dejado de ser eterno como lo es en agosto. También te vas poniendo cada vez más prendas de ropa y vas cerrando el calzado: dejas de usar los pantalones cortos por unos más largos y contemplas la opción de llevar una sudadera o chaqueta por si hace frío. Pero la señal definitiva, la que a mí más me entristece, es cuando los días son notablemente más cortos, cada día oscurece antes y te preguntas: «¿Cómo puede ser, que hace unas semanas, a estas horas, yo todavía estaba en bañador, sin camiseta, en la piscina, y ahora ya está oscuro?».

Son las siete y pico de la tarde y es prácticamente de noche. Voy de camino al gimnasio. Tengo hora con el entrenador que me va a preparar una rutina de máquinas con la que espero ponerme algo cachas para subir alguna foto decente a mis redes. Sé que no debería ser ese el objetivo, pero me engañaría a mí mismo si negara que es uno de los motivos por los que quiero mejorar mi cuerpo. «El siguiente verano va a ser el mío», ha sido mi frase de cada año.

—¿Cuántas veces vas a venir por semana? —me pregunta el entrenador con una libreta en la mano.

—Un día, seguro —respondo, dubitativo—. Después, intentaría venir una segunda vez. Sí, creo que dos días a la semana puedo venir.

—Viniendo dos veces por semana no vamos a conseguir nada. —Veo la decepción en sus ojos—. Si lo que realmente quieres es aumentar masa y ganar músculo, deberías venir, como mínimo, tres veces por semana.

Me lo pienso un rato. No voy a venir tanto.

—Vendré, entonces, lunes, miércoles y viernes o sábado, dependiendo. —Yo sé que tres veces por semana es demasiado. Entre estudiar, quedar con María y, sobre todo, lo poco que me apetece, tengo claro que no.

—Genial, es importantísimo sobre todo la constancia.

—Me he comprado polvos para hacer batido de proteínas —le digo, orgulloso, como si tuviera la poción mágica para ganar músculo.

Me mira, incrédulo.

Le observo; realmente también tiene buen cuerpo. El corte de pelo perfecto, con un degradado que le habrán hecho esta misma semana, perfectamente peinado con gomina, la barba definida, la camiseta oficial del gimnasio ajustada a su cuerpo fibrado y sus brazos musculosos, un torso perfecto... Lleva un pantalón de chándal que le baja recto hasta las zapatillas Adidas. Siempre me pregunto: ¿qué se debe sentir estando bueno siempre?

—Me oyes, ¿Álvaro? —me interrumpe.

Intento retomar las palabras que acaban de entrar en mi cerebro.

—Sí, perdona —le digo—. Que hay que tomarlo durante la media hora después del ejercicio.

—No —me repite—. Esos batidos, para empezar, yo no los recomiendo. Básicamente, lo que hacen es darte una proteína que tú mismo puedes conseguir con una dieta de carne, huevo, pescado o proteínas vegetales. Y, solo en el caso de que realmente lo quieras tomar, deberías hacerlo después de haber hecho mucho ejercicio. O sea, después de haber machacado el músculo y, lo ideal, durante la media hora después del ejercicio, que es cuando el cuerpo más absorbe la proteína.

Yo solo pienso en el batido con sabor a chocolate que me voy a tomar cada tarde. Sería como volver al Cola Cao de la merienda de cuando era niño.

El entrenador pone todo su empeño en enseñarme las máquinas. Al parecer, vamos a trabajar diferentes grupos musculares cada día, pero estaremos unas semanas haciendo unos ejercicios de iniciación, para despertar mis músculos, los cuales llevan sin levantar una mancuerna desde... seguramente, nunca. Creo que el mayor

esfuerzo físico que he hecho en mi vida fue el día que nací, y ni siquiera lo hice yo, pues imagino que sería mi madre la que empujaría por un lado y su matrona la que estiraría por el otro. Yo solo me dejaría llevar y lloraría; lo que llevo haciendo siempre, vaya.

Al cabo de una hora, hemos visto y probado todas las máquinas. Las manos me huelen a metal; a partir de ahora, el olor del esfuerzo. Se podría decir que salgo motivado y con ganas de tomarme en serio mi «operación bikini» o reto *Men's Health*.

Me dirijo a los vestuarios.

Me envuelve un olor denso. Una mezcla de cloro, lejía, vapor de agua, sudor, perfume... todo a la vez, fusionándose en el aire.

Cojo mi batido proteico como si fuera un premio al esfuerzo y me lo tomo deseando que tanta proteína no se cargue mi hígado. Me quito la camiseta, hace calor. Me miro el brazo, y creo que ha crecido un poco.

Miro el móvil.

UNAI:

Al final, ¿cenamos hoy?

ÁLVARO:

Salgo en nada del gimnasio.

UNAI:

Ok, compro *pizza*, ¿te parece?

ÁLVARO:

Venga, ¡en 20 min. estoy en tu casa!

Unai y yo seguimos con la dinámica del verano: vernos y hacer planes cada día, aunque cada vez es más difícil. Yo estoy más ocupado y, al mismo tiempo, el no haber aclarado lo nuestro ha hecho que perdamos fuerza.

Guardo el móvil en la mochila y me quito los pantalones. Miro a mi alrededor, que no me vea nadie, y me quito también los calzoncillos. Lo hago cara a las taquillas; si me ven algo, que sea el culo. Me quedo de pie, completamente desnudo. A mi lado pasa un tío de mediana estatura, de cuerpo fuerte con un hilo de vello negro que le sube desde la parte inferior de la barriga, por el ombligo y oscurece

su pecho. Reconozco inmediatamente esos ojos y esa mirada oscura con un pequeño lunar bajo el ojo izquierdo; es el chico de la máquina de correr. Cruzamos nuestras miradas, pero pasa de largo dirigiéndose a la ducha. Me tapo. Le veo de espaldas, lleva la toalla en una mano y camina desnudo; lo único que lleva son unas chancas.

Me pregunto si se pasea así por naturaleza o porque le gusta enseñar. Tengo que taparme inmediatamente con la toalla. Se me acelera el corazón y noto que me pongo rojo, se me acaloran las mejillas. Además, no sé qué le pasa a mi cuerpo, pero, tras hacer ejercicio, estoy bastante excitado. Al verle, me quedo en un estado de preerección donde cualquier caricia, imagen o pensamiento podría hacer que me empalmara completamente.

Lo guardo todo en la taquilla, cierro con la llave que me pongo de pulsera y me dirijo hacia las duchas. Es un pasillo alargado, con las duchas a los lados y una puerta que va desde las rodillas hasta los hombros. Hay poca gente. Entro en la primera que veo libre. Me meto bajo el chorro de agua, intentando pensar en algo que me relaje. Pero es inevitable: nadie me ve, estoy bajo la cascada de agua y mi cabeza va por libre. Solo puedo pensar en lo que haría ahora mismo. Me imagino a Unai, que me agarra con fuerza, que me besa, que me hace de todo; ojalá pudiera ducharme con él aquí. Pienso en todo lo que le haría al llegar a su casa. No pienso ni esperar a cenar, me lanzaré sobre él.

Durante el verano hemos tenido sexo cada día, de dos a tres veces. Mi cuerpo está demasiado acostumbrado, necesito más. A la vez, este sitio me produce un morbo especial, como un lugar prohibido. Es como que, de repente, pienso también en los demás hombres que están a pocos metros de mí, desnudos. ¿Estarán tan excitados como yo? ¿O son gente normal?

Con Unai funciona todo bien, pero mentiría si dijera que no se me ha pasado por la cabeza estar con otros. Intento calmarme, pero me es imposible. No puedo frenar mis ganas de...

Me enjabono el pelo y el cuerpo. Aunque no quiera, mis manos acababan rozando mis muslos, me acaricio..., se me ha puesto dura. Tengo todos los sentidos a flor de piel. Me da placer enjabonarme

cualquier parte del cuerpo, las axilas —uno de mis puntos débiles—, los brazos... Me río de mí mismo. Vuelvo a pensar en Unai. ¡Que se prepare esta noche!

Oigo cómo se activa la ducha de enfrente. Levanto la mirada y veo a un hombre de espaldas. A los pocos segundos, se pone de perfil y lo reconozco. Es el de la cinta otra vez. Se da media vuelta y me ve; desvío la mirada inmediatamente, intentando disimular al coger más gel.

No quiero seguir por ese camino. Ahora mismo quiero ver qué pasa con Unai. No me siento bien mirando a otro, excitándome con otro. Decido enjuagarme y apagar el agua; tengo que irme. Siento entre excitación y miedo, los nervios se apoderan de mí.

Al salir, veo que el tipo ha dejado su puerta entreabierta. Cojo el jabón, me pongo la toalla por la cintura, haciéndome un nudo alto en el centro para disimular mi erección entre los pliegues de la tela. Abro la puerta, decidido a irme. Entonces se me escapa la mirada entre la pequeña abertura, ahora puedo verle de cuerpo entero, completamente desnudo. Lejos de evitarme, a quel tío abre un poco más la puerta. Él también está excitado, completamente erecto. La tiene enjabonada y hasta me fijo en los testículos que le cuelgan y en el hilo de agua con jabón que le baja por la entrepierna.

Se me nubla la mirada.

Sin poderlo evitar, me meto de nuevo en mi ducha. «Es un desconocido», pienso. «Es una fantasía. Lo que suceda en estas duchas, se queda en estas duchas» .

7

THIAGO

La ducha la alargo lo máximo que puedo. Nadie me lo prohíbe. Agua caliente, gratis.

Paso más tiempo en las duchas que en la sala de máquinas. Están más limpias que las de mi piso compartido, puedo gastar toda el agua que quiera sin tener que pagar más, no tengo que darme prisa porque haya un capullo que tiene que entrar y, lo mejor, estar duchándome junto a otros hombres.

Cada tío tiene sus morbos. Algunos los comparto, otros no tanto, pero los respeto. Al fin y al cabo, cada uno es un mundo aparte, pero todos estamos en el mismo universo.

Los hay que se duchan con la puerta abierta, enseñando todo el cuerpo; si miras o no, es cosa tuya. Pero no te atrevas a entrar; «se mira, pero no se toca».

Los hay que van más a saco, que te miran y te hacen un gesto para que te metas con ellos. Suelen estar empalmados y se la tocan a la vez que te miran; «si la quieres, es tuya».

Hay hombres que solo buscan un primer contacto para quedar después; «te espero fuera».

Y también están los que miran con miedo, como si les fueras a morder, pero es lo que quieren. No se atreven a nada y parece que es la primera vez que ven un tío en pelotas, pero miran, observan, esperan y acaban comiéndote la polla como si el mundo se fuera a acabar. No son los que más me gustan —de hecho, me dan más bien pereza—, pero de vez en cuando me divierten. Es como en la universidad, que a los mayores les mola hacer novatadas a los recién llegados; pues lo mismo, pero de otra forma. Yo me entiendo.

El chaval que tengo enfrente es uno de ellos. Es el mismo al que le hablé el otro día, en la cinta de correr; le temblaban las piernas. Tiene mirada de inocente, de sumiso. Estos son los peores.

Sale de la ducha y baja la mirada... a mi cintura. Estoy

completamente empalmado y quiero que lo vea. Vuelve a entrar en su ducha; «quieres más, ¿eh, cabrón?». Me encanta. Al final, todos somos iguales. Tal vez no se atreva todavía, pero es el típico que, en el desierto y muerto de sed, entre un vaso de agua y comerse una polla, no elige el vaso.

Le veo de hombros para arriba. Se hace el despistado. «Si te he visto entrar», pienso. Al rato, deja de disimular y me mira. Su hombro derecho se mueve, claro. Se le ve atento a lo que pueda pasar a su alrededor. «Tranquilo, que no estás cometiendo un atentado». Abre un poco la puerta, quiere que le mire.

Apenas me fijo en él, apenas me importa si tiene buen rabo, buen culo o si es guapo, me basta con saber que está disfrutando. Me pajeo lentamente, para que mire todo lo que quiera. «Toma, porno gratis, en vivo y en directo».

Si te masturbas rápido, no se ve nada; si lo haces lento, se ve toda la polla perfectamente, hasta el capullo cómo entra y cómo sale. No quiero darme placer a mí, quiero dárselo a él.

«Bienvenido».

Me canso. Me quiero ir. Pero por él me quedará un poco más.

Le hago un gesto para que se dé la vuelta. Lo entiende perfectamente y me enseña el culo, mientras sigue tocándose. Su culo me da igual, pero me gusta ver cómo disfruta sintiéndose observado. Se acaricia un poco, incluso separando una nalga con su mano. «Esto lo has visto en algún vídeo».

Me sigo masturbando, pero sin ganas. Este chico haría todo lo que yo le pidiese.

Ve que va a correrse. Ni me inmuto. Quiero que acabe ya. Me he cansado.

Está a punto de correrse y justo se le apaga la ducha; en medio de los espasmos intenta apretar el botón del grifo. Me parto. Se ha excitado tanto conmigo que su corrida llega a la pared. Después, apunta al suelo, para que el resto caiga en el agua. Me fijo en todo.

Se le ve asustado, me mira como si lo que acaba de hacer fuera lo más atrevido que ha hecho en su vida. «Tranquilo, no has matado a nadie, solo te has corrido». Se seca rápidamente.

Al irse, se despide de mí con un levantamiento de cejas. ¿En qué

momento nos hemos hecho amigos? No le hago caso.

Cierro los ojos y me sumerjo bajo el chorro de agua hirviendo.

Ahora me he quedado con ganas de terminar.

Pienso en este chaval; tenía buen culo.

Me masturbo pensando en sus piernas, su espalda, su mirada asustada...

Al cabo de unos segundos, consigo correrme .

8

ÁLVARO

Salgo corriendo del gimnasio. Se me ha hecho muy tarde. Unai me escribe.

UNAI:

¿Por dónde vas?

ÁLVARO:

Saliendo.

UNAI:

¿Cómo es que has tardado tanto?

ÁLVARO:

Había un problema en las duchas.

UNAI:

¿De qué?

ÁLVARO:

No funcionaba el agua caliente...

UNAI:

¿Y qué has hecho?

ÁLVARO:

Nada. Bueno, luego te cuento.

UNAI:

¿Por dónde vas?

ÁLVARO:

Me quedan aún diez minutos.

UNAI:

¿Pero por dónde te has metido?

UNAI:

¿Y si vamos al Strass?? Hay *show* de la Patrick.

ÁLVARO:
¿Hoy actúa?

UNAI:
Sí, los martes...

ÁLVARO:
Venga, por si acaso es la última vez que la ves. Voy para allá.

UNAI:
Te espero dentro.

La Patrick es una *drag queen* que actúa en el Strass, un local del Eixample, al que hemos ido cada semana durante el verano. El lugar es alargado, con la barra en un lateral y el miniescenario enfrente, en el que apenas caben tres personas; a pesar de estar elevado un palmo del suelo, sus peinados casi rozan el techo.

Ella es alta y corpulenta. Viste embutidísima, con batas de cola o vestido de flecos. El pelo lo lleva alisado y recogido en una cola atada con fuerza; tanto que parece que se le suban las cejas. Siempre hace *playbacks* de Isabel Pantoja y suele explicar los mismos chistes una y otra vez.

—¿Cuándo empieza? —le preguntamos al camarero.

—Enseguida. ¿Qué os pongo?

—Dos *gin-tonics*, por favor —dice Unai.

—Yo pediré un agua.

—¿Cómo? —se extraña.

Siento que me ha dado como un bajón de energía al salir del gimnasio.

—Bueno, no. Una cerveza yo también —acabo pidiendo. Saca la cartera, pero prefiero invitar yo. Me siento mal. No me quito de la cabeza lo que ha pasado en el gimnasio.

—Estás raro —me dice.

—¿Por qué lo dices?

—No sé. Lo que te dije ayer tampoco era tan raro, ¿no? —Cuando Unai quiere hablar sobre un tema, no se anda con rodeos e insiste hasta que encuentra la respuesta—. Y hoy te veo muy callado. Supongo que es por lo de ayer.

—Estoy cansado, no sé, entre las clases y el gimnasio... —Siento como si le hubiera puesto los cuernos, cuando, en realidad, no estamos saliendo ni me he liado con nadie...

—No estás cansado, Álvaro —me dice—. Joder, siento si te incomodó la conversación. Pensaba que estábamos bien y lo único que quiero es seguir igual, tampoco es tan raro, creo.

—Me propusiste una relación sin ni siquiera saber dónde vas a estar el mes que viene. —Estoy cansado de este tema y eso hace que me canse de Unai—. No creo que sea la mejor forma de plantear nada, ¿no crees? No te vas a un pueblo de aquí al lado, te vas a Londres. No sé, nunca he tenido una relación seria, pues imagínate a distancia.

—Yo solo quiero decirte que, pase lo que pase, me gustaría que siguiéramos juntos, sea donde sea. Me gustas, Álvaro, me gustas mucho.

—Y tú a mí, pero ¿no puedes esperar a saber lo de Londres?

La Patrick aparece y saluda a los que estamos ahí.

—Ya lo sé. —Me dice bajando la mirada.

—¿Cómo? —¿Cómo se le ocurre decirme eso en mitad del jaleo?

—Esto es un maricón... —la Patrick empieza su *show* — que entra a la farmacia...

La Patrick tiene una forma muy especial de contar los chistes. Interpreta cada movimiento, cada acción y se para en cada frase para hacer un chascarrillo sobre los personajes. Pone acentos exagerados, mira con soberbia, se mete con el público... Su voz suena saturada en un micrófono al que da golpes continuamente y choca contra sus mejillas como si se tratara de otra cosa.

—...y el maricón le dice a la farmacéutica: «¡Ho-la!». —Este «hola» lo hace como si fuera un pavo real—. «Tengo una pregunta». El maricón se acerca al mostrador, se la mira y le dice: «¿Tenéis preservativos XXL?». —Solo con eso ya se ríe el público—. «Sí, claro», le responde la farmacéutica. «¿Quiere que le ponga una caja?». A lo que el maricón responde: «No, gracias, voy a esperarme aquí fuera a ver quién los compra».

Se me escapa una risa silenciosa.

Cuenta alguna cosa más y al rato suena la música de Isabel

Pantoja.

Yo no puedo evitar pensar en la respuesta que llevamos esperando todo el verano.

—En serio, ¿ya lo sabes? —le pregunto.

—Sí —dice mirándome y cogiéndome la mano—. Es un sí.

Me quedo mudo.

—Pero se ha acelerado todo. Tengo que empezar los entrenamientos la semana que viene.

Se me cruzan varios sentimientos.

—Unai, estamos a martes. ¿Cuándo te vas?

—El sábado.

De repente me doy cuenta de que mi historia con Unai podría acabar en menos de una semana.

—¿Y desde cuándo lo sabes?

Le da un trago a la cerveza.

—Desde... hace un par de días.

—¿Y me lo dices ahora?

—Quería aprovechar los últimos días contigo.

—Bueno, tampoco tienen que ser los últimos, ¿no?

—¿Cómo? Si una cosa me has dejado clara es que, si me voy, lo nuestro termina.

—Ya, pero... —No sé qué decirle. No sé ni lo que pienso; ni siquiera tengo claro lo que siento en este momento. La música suena muy alta y enseguida va a seguir con los chistes.

—Unai, vamos fuera, *porfa* ...

En la calle hace un aire fresco. Estamos los dos en camiseta, uno enfrente del otro. Nos frotamos cada uno los brazos para darnos calor.

—Álvaro, tú no estás dispuesto a seguir con esto. Te lo he preguntado mil veces.

—No es eso; es que no lo tengo claro. No quiero estar aquí todas las semanas esperando a ver cuándo llega un finde en que podamos vernos; esa no es la idea de pareja que tengo.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es?

—Tener a alguien cerca, poder hacer cosas juntos; no tener que estar pegado al móvil todos los días y esperar a que pasen los días

para vernos. No sé... Yo quiero lo de este verano.

Unai no responde. Le tiembla la barbilla, pero no sé si es por frío o porque le entristece la situación. Le cojo del brazo para acercarme a él, tiene los vellos de punta. Se pone de lado, apoyándose en la pared.

—Y creo que tu ideal de pareja tampoco es una relación a distancia —le digo—. Además, a saber la de tíos que conocerás ahí.

Mira hacia arriba y al cabo de un rato responde:

—Si pudiera elegir, claro que elegiría que estuviéramos en la misma ciudad —dice un poco alterado—. Pero ahora mismo no estoy eligiendo un lugar para tener una relación, estoy eligiendo *la* persona con quien quiero tenerla. Y esa persona eres tú, Álvaro. Quiero seguir contigo; ahora mismo es lo que quiero. Si eso implica estar cerca, estaremos cerca, si implica estar lejos, pues buscaremos la forma de vernos.

—Vas a entrenar muchas horas. Si fuera ahí, estaría todo el día en casa para verte..., ¿qué?, ¿algunas horas por la noche?

—Tampoco haces mucho más aquí.

—Perdona por no tener un futuro tan prometedor y brillante como el tuyo.

—No quería decir eso... —Se me acerca un poco.

—Lo has dicho. Seguro que es lo que has pensado siempre: que no hago nada, que he estudiado una carrera de mierda y que...

—Que no, Álvaro. ¡Joder!

Nos acercamos el uno al otro. Sin abrazarnos, casi sin mirarnos. Solamente rozando nuestros brazos. Nos apoyamos en la pared. Jamás habíamos discutido.

—Si me lo pidieras —dice lentamente—, estaría hasta dispuesto a quedarme en Barcelona.

—¿Qué dices?! —De repente, me siento acorralado—. ¿Y si no funciona? ¿Perderías esa oportunidad?

—De momento parece que te estoy perdiendo a ti, y eso me duele más.

—Mira, no... No me estás perdiendo, te lo prometo. Seguiremos hablando y, bueno..., pues nos veremos de vez en cuando. Yo iré a verte, tú vendrás...

Unai me mira, negando con la cabeza.

—Pero como amigos, ¿no?

No sé qué responderle

Se mete en el bar. Le sigo, pensando que nos quedaremos un rato más, pero él coge su chaqueta y se va casi sin despedirse de mí. Yo me quedo de pie, enfrente de la mesa con las dos cervezas casi llenas.

—Uy, maricón, ¿te ha dejado el novio? —La Patrick se dirige a mí, y todos los del bar me miran—. Que se ha ido llorando, que parecía esto una novela turca.

—Se va a Londres.

Sé que ella pregunta para hacer broma, pero, en el fondo, quiero pensar que me comprende.

—¿A Londres? ¿London? Los ingleses son muy puntuales. Mucho, mucho, mucho. *A very, ia lot of puntual!* Son tan puntuales que, la última vez que fui, cuando yo llegué, ellos ya estaban ahí.

Intento sonreír. Pero esta vez no puedo.

—¡Habían llegado todos antes que yo! *iO'clock!*

9

THIAGO

Llevo dos horas en Grindr. Siempre las mismas fotos, siempre la misma puta conversación... Al principio es divertido; con el tiempo, es muy aburrido.

—¡Thiago! —El pesado de mi compañero de piso me llama desde el pasillo—. Si no nos pagas, la semana que viene te tienes que ir.

Ni le contesto. Me da demasiada pereza.

—¿Me oyes?! —grita como si yo estuviera sordo—. ¿Estás ahí?

—Que síiii... —le respondo solo para no oírle más. No tengo ganas de cambiarme de casa otra vez.

«Ok. Ven», le termino escribiendo a un pesado por puro aburrimiento.

Le mando la ubicación y enseguida pienso en borrarle la puta aplicación. Es que no me apetece ni que venga el tío con el que acabo de hablar, pero voy demasiado cachondo. Aunque solo sea para joder a mis compañeros y que me oigan.

Tengo que buscar piso, tengo que buscar trabajo...

Al menos follando no pienso en nada de eso y se me olvida por un momento lo aburrido que es todo.

Pienso en el chaval del gimnasio. Tendría que haber cruzado a su ducha; se hubiera dejado hacer de todo. Le hubiera puesto contra la pared, le hubiera dicho que sacara el culo y que abriera las piernas, sin miedo. Se la hubiera metido entera...

No hubiera parado de gemir y me hubiera pedido más y más y más.

Y eso que no es mi tipo.

Pero ahora es como que me apetece ...

10

ÁLVARO

Llevo casi una hora hablando por videollamada con mi amiga María. Yo camino por la calle mientras ella se maquilla desde el baño de su casa.

—Entonces —me dice mientras se hace la raya en el ojo—, Unai se va este finde a Londres.

—Sí.

—Y tú, en vez de estar triste, estás contento porque tienes vía libre con los tíos del gimnasio.

—¡No estoy contento! Solo digo... que necesitaba saber si seguimos o no.

—¿Tú quieres seguir?

—A distancia, no.

—Álvaro... —Ella me mira con cara de mucha advertencia—. Unai es lo mejor que te encontrarás en la vida.

—¿Y tú qué sabes? Dicen que el mar está lleno de peces, ¿no?

—Justo ayer con mi hermana hablábamos de esto.

La hermana de María es unos quince años mayor que ella; es hermana por parte de padre, de un matrimonio anterior. Por discusiones familiares, ambas sabían que tenían una hermana, pero no se conocían. Cuando María tuvo edad para usar redes sociales, la buscó, la contactó y se vieron en secreto. Hablaron y se llevaron muy bien, tanto que un día reunieron a los tres progenitores a la vez en una cafetería de la Gran Vía; eligieron una que fuera bastante *chic* para que ninguno tuviese la tentación de montar ningún numerito. Citaron ahí al padre y a las dos madres implicadas; entonces aparecieron María y su hermana, juntas, vestidas exactamente igual, con un peto granate y una camisa rosa, unos calcetines altos de colores y unas botas. Se habían hecho dos coletas en los lados y se habían coloreado los mofletes. Se pusieron enfrente de los tres y esperaron a que dijeran algo.

Nadie dijo nada.

—¿Algo que decir? —preguntaron.

—Sí —respondieron las dos madres a la vez—, que lo sentimos.

—Hemos sido unos auténticos imbéciles —dijo el padre—. Y nos estáis dando una lección.

—No se hable más —zanjaron las hermanas, que habían dejado claro que se llevaban demasiado bien como para que nadie pudiese separarlas.

Desde entonces, se veían todos los días y fueron, la una para la otra, la hermana que siempre habían querido tener.

—¿Y qué te decía tu hermana? —le pregunto.

—Ella está a punto de cumplir cuarenta años. En el amor no le ha ido ni mal, ni bien. Es decir, ha tenido sus novios, algunos han durado más, otros menos, más formales, menos... Ha tenido épocas en las que se ha tirado todo lo que ha querido, otras en las que ha hecho vida de pareja y también ha tenido vida de monja.

—Lo que digo yo, que el mar está lleno de peces.

—Ella dice que no. O sea, que sí, pero no. Me dijo que, de todos los chicos con los que había estado, que hayan valido la pena, los puede contar con los dedos de una mano.

—¿Una? —me sorprende.

No puede ser. Hay muchos tíos en el planeta. Solo en Barcelona hay cientos de miles. Y maricones, miles. Y tíos con los que podría salir hay... muchísimos.

—Y le sobran dedos —continúa.

María siente mucha admiración por su hermana mayor y, si ella la admira, yo también.

—Dice que, cuando tenía nuestra edad, confiaba en que tenía toda la vida por delante para conocer a tíos, pero que al final son muy pocos los que valen realmente la pena y que es mejor no dejarlos escapar.

Me quedo callado.

Esa advertencia recae directamente sobre mi consciencia. Unai no puede ser el único. Me choco con la gente de la calle y empieza a ser incompatible hablar con María y andar a la vez. Nos despedimos y colgamos.

No puedo evitar llamar a Unai.

—Dime —responde, seco.

—Joder, Unai —le digo—, tampoco me respondas así.

—Perdona. —Hace un silencio—. ¡Hola, Álvaro! ¿Cómo estás? —
Pone un tono sarcástico—. Este fin de semana me voy a Londres y,
aunque a ti te dé igual, yo estoy feliz haciendo la maleta. Por cierto,
tengo ropa tuya, ¿qué hago? ¿Me la llevo? ¿Te la doy? Te la puedo
enviar por Glovo, también. Lo que te vaya mejor.

Me tengo que contener para no mandarlo a la mierda. Joder, yo
también estoy triste.

—Unai —le digo tenso y respirando hondo—, ¿qué pasa? ¿Ni
siquiera nos vamos a despedir? La ropa me da igual. Además, en mi
casa también hay cosas tuyas.

—Eso, la camiseta roja. Te la iba a pedir.

Entre todo el follón, me duele que me pida esa camiseta que ya
me había hecho mía.

—Voy a verte —le digo—. No quiero que acabemos así.

—O sea, que estamos acabando, ¿no?

No sé qué responder.

—¿Quieres que venga o no?

—Si me traes la ropa, sí. Si no, no hace falta.

Le cuelgo y me voy a mi casa. Si quiere su ropa, que la venga a
buscar él .

11

ÁLVARO

En casa me invade una sensación horrorosa de vacío. Me siento culpable por no querer algo con él, pero ¿tan raro es que quiera tener a mi novio cerca?

Miro por la habitación: mi armario, la cama, los cajones... Voy recogiendo las prendas de vestir de Unai; algunas piezas hasta me cuesta saber si son suyas o mías. Hay una camisa tejana muy fina que me prestó a principios de verano, una noche que estábamos en su casa. Nuestra idea era quedarnos viendo series o alguna película, pero cenamos a la vez que fuimos preparando mojitos y, como teníamos hielo picado y ron, no paramos de rellenar vasos. Éramos él, yo y un altavoz. Nos fuimos animando y a las tres de la madrugada decidimos salir de fiesta. Me prestó aquella camisa para que yo fuera un poco arreglado. Aquella noche jugamos a ver quién ligaba más, y nos presentábamos chicos el uno al otro sabiendo que, al final, acabaríamos la noche juntos. Evidentemente, ganaba él. Pero me gustaba saber que yo estaba con el que era el centro de la mayoría de las miradas. Pensar en eso me duele.

Encuentro también un bañador que me prestó una mañana. De forma improvisada, decidimos irnos a la playa del Prat. Es una playa nudista, pero yo le dije que no me atrevía a ir en bolas, así que me dejó aquel bañador. Al final, para mi propia sorpresa, fui capaz de estirarme sin el bañador. Pero, al guardarlo en mi mochila, se me olvidó dentro y ya me lo quedé. También me prestó unas gafas de sol que me acabó regalando, ya que decía que me quedaban mejor que a él.

Me doy cuenta de que los últimos tres meses hemos pasado mucho tiempo juntos. Miro atrás y mi verano ha sido él. Casi me atrevería a decir que ha sido de mis mejores veranos. Aun así, en ningún momento lo había visto como a mi pareja; pero, ahora que se va, tengo la sensación de que tal vez él no está tan equivocado y

sí que podría ser el principio de algo .

12

UNAI

Mi habitación está recogida. Las estanterías están vacías, así como el armario y todos los cajones. Lo único que aún cuelga en la pared es una foto polaroid que tenía con Álvaro; la hicimos a los pocos días de conocernos, en los inicios en los que buscaba planes continuamente para que vernos no fuera solamente quedar para tomar algo. Recuerdo que habíamos ido a una exposición sobre la evolución de la fotografía, desde la invención de la cámara oscura hasta las imágenes generadas con IA, pasando por los carretes, la polaroid, las cámaras digitales, los móviles... En el *stand* de la polaroid, te podías sacar una foto y te la regalaban al momento. Recuerdo coger esa foto y pensar que ojalá, en un futuro, significase el comienzo de todo. Pero parece que no va a ser así...

No puedo evitar sentir ciertas ganas de llorar al pensar que está llegando a su fin. Siento como si Álvaro y yo hubiéramos vivido dos historias completamente distintas. ¿Tal vez no ha significado nada para él? Para mí, lo estaba significando todo. Por primera vez, me he planteado dejar de lado mi carrera como atleta para estar con alguien. ¿Merecería la pena abandonarla?

Al lado de la foto, cuelga la medalla del primer campeonato que gané. Tenía catorce años y lo recuerdo como si fuera ayer: había entrenado para hacer un salto desde cinco metros; estaba al borde de la plataforma, solo tenía que coger impulso y saltar, pero me entraron todos los miedos. Veía al público en la grada, a mi familia expectante, a mi entrenador desde abajo... Todo el mundo estaba en silencio; no podía fallar. Había descartado otros deportes más comunes para dedicarme a los saltos, algo totalmente fuera de lo habitual. Se puede jugar al fútbol y no ser bueno, o al baloncesto, o al pádel; incluso se puede nadar sin tener mucha idea. Pero, para ser saltador, o eres perfecto o no vales.

Temblaba; pensaba que no iba a ser capaz. Me arrepentía de haber

elegido aquella disciplina. Por primera vez, sentí vértigo. La gente se impacientaba.

Estaba tardando más de lo normal. Tenía miedo y fue como si me quedara en blanco, paralizado. Entonces, di media vuelta y me dirigí de nuevo hacia las escaleras; quería bajar y abandonar. Escuché el murmullo de la gente y sentí la decepción. Pero, a medio camino, me di cuenta de que no me quería rendir. Cerré los ojos y frené de golpe. Quería saltar, pero volver al trampolín era demostrar que había dudado de mí mismo, así que cogí las escaleras y empecé a subir a la plataforma de diez metros, la más alta.

Noté la exaltación. Sentí la emoción de la gente que me esperaba abajo.

Saltar desde tan arriba era más arriesgado, el impacto contra el agua era mucho más fuerte y cualquier error podía ser fatal para mi cuerpo. Pero, si salía bien, me demostraría a mí y a todo el mundo que era capaz de todo.

Me acerqué hasta el borde de la plataforma y me puse de espaldas. No quería ver a nadie. Tan solo miraba mis pies, colocados en paralelo a pocos centímetros del vacío. Visualicé el salto en mi cabeza, cada movimiento que iba a hacer. Lo había probado pocas veces y solo alguna me había salido. Me lo jugaba a todo o nada. Si salía bien, me esforzaría para ser el mejor saltador; si salía mal, lo abandonaría. Un término medio era impensable.

Suspiré.

Levanté los talones una vez, una segunda vez más rápida para darme impulso y salté. En el aire estuve apenas dos segundos, aunque para mí se hizo eterno. Recuerdo cómo giraba todo a mi alrededor; puse el mundo boca abajo. Jamás he revivido esa sensación en la que todo da vueltas. De golpe, estaba bajo el agua; la entrada había sido tan ligera que ni siquiera había notado el impacto. Silencio. La presión en los oídos me hizo intuir la profundidad que había alcanzado. A mi alrededor, el agua limpia, sin apenas burbujas.

El salto había sido perfecto.

Aquel fue el principio de una carrera llena de sacrificios. Me pregunto si ha merecido la pena perder parte de mi adolescencia y

juventud por algo que tampoco va a ser para siempre. Fiestas de cumpleaños, salidas nocturnas, chicos que no he podido conocer... Tal vez, no elegí el camino correcto; tal vez, me equivoqué.

Le escribo un mensaje:

UNAI:

¿Quieres venir mañana ?

13

ÁLVARO

Llego a casa de Unai y me pongo nervioso. Llamo al interfono y abre directamente, sin saludar, cuando hasta entonces me había saludado cada día con un «iguapisísimo!».

Subo. No llevo bebida ni ninguna chorrada del chino que le pudiera hacer gracia, solo la bolsa llena hasta arriba de ropa.

Llego y me abre la puerta. Sonríe al verme.

Me hace entrar con un ligero movimiento de cabeza. Al acercarme, nos miramos de frente, a cinco centímetros, no sé qué hacer.

Le doy un beso en los labios, es lo que hemos hecho siempre.

La noche es rara. El hecho de devolvernos ropa lo empaña todo un poco. A ratos nos comportamos como una pareja, a ratos somos dos extraños que se acaban de conocer. Por un lado, sé perfectamente dónde está cada interruptor, cada utensilio de la cocina... Pero, por otro lado, ya no me atrevo a poner música o a comer de su plato.

—Hay una cosa que no te he comentado —dice mientras recogemos la cena.

—¿Otra más? —se me escapa, un poco borde.

—Mi vuelo sale mañana a las siete de la mañana.

—¿Mañana?

—Así llego y tengo todo el fin de semana para adaptarme. Además, aquí no tengo nada que hacer.

—En cuanto llegues, los londinenses estarán todos ahí, son muy puntuales —no se me da bien explicar el chiste.

—¿Cómo?

—Nada —me río incómodo, sintiéndome absurdo—. El otro día, la Patrick contó un chiste sobre ingleses, decía que eran tan puntuales que, cuando ella fue a Londres, ellos ya estaban ahí. Bueno, no sé cómo lo contó, pero hizo gracia.

Si algo caracteriza a Unai, es su sonrisa, en la que muestra siempre sus dientes blancos y se le achinan los ojos. Sonríe mucho y siempre

con sinceridad. Menos hoy, que tiene una expresión más triste.

Si dijera lo que pienso, le pediría que no se fuera. Es muy inminente y le voy a echar de menos, pero no quiero complicar más las cosas.

—¿Me puedo quedar a dormir? —le pregunto. Tal vez sea la última noche que pasamos juntos.

—Claro que sí —me dice cogiéndome los mofletes, sin besarme, suspirando con cierta desazón.

Tras acabar de hacer las maletas, recoger cosas del piso y tener alguna conversación banal, nos acostamos en su cama. Diría que es la primera vez que lo hacemos por separado, sin lanzarnos a ella. Nos metemos bajo la sábana, con camiseta y ropa interior. Apagamos la luz.

Nos vemos en la penumbra, acariciándonos tímidamente la cara con la mano, como si la oscuridad nos diese cierto permiso para acercarnos. Nos besamos con suavidad; un beso frío. Entonces acerco la mano a su bajo vientre... No puedo evitar excitarme. La bajo lentamente. No sé si es la inercia o la costumbre, pero acabo llegando a la goma del bóxer. Noto que está duro. Le acaricio con los nudillos. Con la otra mano estiro la goma, sintiendo en mis dedos el calor que sale de su ropa interior. Es entonces cuando me coge de las muñecas y las sube para arriba.

—Es mejor que durmamos —me dice dándome un beso.

—Vale...

Se da media vuelta y yo me quedo en la misma posición. Miro a oscuras ese cuarto en el que pocas veces había estado tenso. Jamás había dormido en esa cama sintiéndome tan despierto ni tan... ¿limpio? Siempre me he acostado desnudo, tras habernos besado y practicado sexo, con esa mezcla de sudor, restos de lubricante, saliva y el esperma reseco en el abdomen, en el pecho o en la comisura de los labios.

Es todo muy frío. Muy raro.

Suspiro intentando calmar mi excitación .

14

UNAI

Tengo el despertador puesto a las 5:45 de la madrugada, otra alarma más fuerte a las 5:50, un recordatorio a las 5:55 y un último aviso a las 6 de la mañana, la hora límite para despertarme. A las 6:30 tengo que estar saliendo de casa, para llegar a las 7:00 al aeropuerto y coger el vuelo que sale a las 8:20.

En mi cabeza hay muchas cosas dando vueltas, es por eso por lo que me cuesta dormir. Son las cinco de la madrugada, me he despertado y no consigo volver conciliar el sueño.

A mi lado, Álvaro duerme como lo ha hecho siempre que hemos estado juntos: boca abajo, medio de lado, con una rodilla subida y con la cara recostada sobre su propia mano; la boca cerrada y la respiración tranquila. Me cuesta tomar distancia con él, teniéndolo tan cerca; un palmo de separación en la cama es como de mil kilómetros en el mundo real.

No puedo evitar pensar en lo mucho que lo quiero.

Lo veo y me produce ternura. Tiene el pelo más largo de lo que le gusta; conociéndolo, no tardará en cortárselo. Le ha salido un poco de barba, aunque siempre se queja de que es prácticamente imberbe. La piel también se le ha aclarado, ya no tiene el moreno que ha cogido durante el verano. Cualquier detalle suyo me produce nostalgia, a la vez que angustia por no saber qué va a pasar con nosotros; por pensar que no encontraré a nadie como él.

Me apoyo en el cabezal. Miro el tocadiscos, que es lo único que no me voy a llevar.

—¿Qué haces despierto? —murmura Álvaro con la voz un poco ronca y haciendo un esfuerzo por despegar sus ojos—. ¿Ya son las seis?

—Sigue durmiendo, aún falta un rato.

—¿En qué piensas? —me pregunta, medio zombi.

—Me dijiste que querías el tocadiscos, ¿verdad?

—¡Sí! —Desde lo más profundo de su sueño, intenta reproducir la alegría que realmente siente.

—Pues te lo puedes quedar.

Se acerca a mi lado, reposando la espalda en el cabezal.

—Ahora solo me falta comprar algún disco.

Su olor corporal me embriaga; es especial, acogedor.

Estamos un rato en silencio.

No quiero hablar. Ya lo he dicho todo. ¿Qué sentido tiene decir nada más?

—No quiero que acabemos así —me dice.

—¿Así, cómo? —quiero que se explique.

—No sé. —Su voz es dulce, pero me duele escucharla. Es como pensar que ya no me habla como antes—. De esta forma tan fría. Hemos estado muy bien este verano.

—Álvaro... —Necesito decírselo por última vez—. Te lo he dicho y te lo repetiré siempre: eres lo mejor que me ha ocurrido en mucho tiempo y te prometo que estoy haciendo todo lo posible para comprender lo que te pasa por la cabeza. —Es mi última oportunidad—. Y no quiero irme pensando en que podría tener algo contigo si me quedo. Necesito irme sabiendo que he hecho todo lo que estaba en mi mano por tener algo juntos.

—¡Tienes que decidir tú si te vas o te quedas! —responde. Como de costumbre, se quita la responsabilidad.

—Para decidirlo, necesito saber qué es lo que sientes tú por mí.

Otra vez se hace el silencio. Hablamos en voz baja; es demasiado pronto, o demasiado tarde. Las farolas de la calle aún siguen encendidas, y la primera alarma está a punto de sonar.

—¿Tanto cuesta? —le insisto.

—Es que no lo sé.

—¿Cómo no vas a saber lo que sientes? —Me saca de quicio—. Es tan fácil como mirarme y decir qué se te pasa por la cabeza cuando me ves. Qué sientes, qué quieres o no quieres.

—¿Y si lo que siento no es lo que quieres oír? ¿Y si digo algo que te duele?

—Vale. Al menos ya sé que no es nada bueno. Nos vamos acercando.

—Joder, Unai —se enfada—. Es que no sé qué quieres. ¿Te digo lo que siento?

—Es lo que te llevo pidiendo desde hace semanas.

—Pues que sí. Me gustas.

—¿Solo eso? ¿Solamente te gusto? ¿Como cuando te gusta alguien de clase?

—¡No, joder! —empieza a levantar la voz—. Hay mucho más. Nos llevamos superbién. Me lo paso bien contigo, me gusta estar contigo, el sexo contigo es... el mejor sexo que he tenido en mi vida.

Me quedo en silencio. Lo que dice es bonito, pero hay un punto de verdad que me sigue faltando.

—He pasado el verano contigo dando por hecho que te ibas. Tampoco me he podido plantear nada más. Y ahora... Me parecería precipitado pedirte que te quedaras aquí por mí. De hecho, creo que tienes que seguir tu camino. Yo tengo que hacer el mío y, si lo nuestro tiene que funcionar, funcionará. Si no es ahora, será en un tiempo. Pero, ahora mismo, no quiero sentir que te has quedado por mí, ni que te vayas y tener algo a distancia. Lo siento..

Mientras habla se aleja de mí y mira hacia el otro lado. Se tapa con la sábana. Aunque sus palabras intenten ser cálidas, su actitud es fría.

—Pues ya está —le digo—. No era tan difícil.

—Sí que es difícil —insiste—, porque en el fondo los dos deseamos lo mismo. Y podríamos seguir juntos, pero soy yo el que dice que no por la distancia, aunque lo pensamos los dos.

Por fin escucho unas palabras completamente sinceras de él. Suena la primera alarma.

Me mira. Tiene la cara de sueño y el pelo despeinado.

—¿Ya son las seis?

—Quedan quince minutos —le digo.

Me sonrío.

—Es que... —parece retomar la conversación— si te quedaras en Barcelona te diría: «Intentémoslo, poco a poco». Pero si rechazaras irte, la presión sería demasiado fuerte. Y... no quiero. De verdad.

Acerca una mano como en son de paz. Le acaricio los dedos. Nos acercamos el uno al otro y nos abrazamos. Parece que hemos

hablado suficiente. Le abrazo con fuerza como si pudiera retener ese momento.

—¿Quince minutos, has dicho? —me dice, con sutilidad.

—Sí —le sonrío—. Hasta las seis no me tendría que levantar.

—Puedes aprovechar para dormir un poco, si quieres, así no vas tan cansado en el vuelo.

Le conozco demasiado bien. Espera a que yo dé el paso.

—No creo que me duerma en estos quince minutos —le explico, acomodando mi cuerpo en la almohada.

Me mira y mira mi cuerpo. Después baja hacia mi cintura.

No puedo evitarlo, además del amor que siento por él, no puedo evitar excitarme al verlo. Es absurdo disimularlo. Álvaro suspira y pone su mano en mi pierna derecha. Después inclina su cuerpo hacia el mío y me pregunta.

—¿Te parece que aprovechemos estos minutos para despedirnos de la mejor forma que sabemos?

Nos miramos unos segundos. Parece que estamos en paz. Ahora sí. Se acerca y me besa los labios. Pongo mis manos en su pelo, que me apetecía tocar desde anoche. Acaricio su cadera y su espalda. No hay tiempo que perder. Le quito la camiseta y enseguida se estira a mi lado, dándome la espalda y acercando su cuerpo al mío. Conocemos lo que más nos gusta al uno del otro. Le beso el cuello y le bajo el bóxer para que me sienta, piel con piel. Respiro con más fuerza, con sus manos, me toca, me acaricia y agarra mi erección. Siempre me ha dicho lo mismo: «Es enorme, me vuelve loco», y con la seguridad de que sigue pensando lo mismo le rozo con más fuerza.

El sexo es nuestra zona segura. Mientras follamos, somos el uno del otro.

Cada parte de su cuerpo me trae recuerdos. Mientras le acaricio el culo, recuerdo cuando lo tenía peludo al principio y se lo empezó a depilar; ahora lo tiene muy suave. Recuerdo cuando le dolía al principio y, con los días, su culo se volvió más flexible, más suave...

Echa su cabeza hacia atrás para que le bese y me entrega su espalda, pero, sobre todo, acerca su cadera a mi pelvis. Me pongo de rodillas, tras él. Le recuesto en diagonal, casi boca abajo, con una

pierna estirada y la otra con la rodilla doblada. Es su postura preferida, porque tiene el culo elevado, lo suficiente para que pueda penetrarle estando de rodillas, a la vez que tiene el cuerpo estirado, para poder desvanecerse de placer. Tiene la marca del bañador cada vez más difuminada. No puedo evitar pensar en los días que le echaba crema de sol en la espalda y cuando me pedía que le pusiera *aftersun*.

Con la cabeza en la almohada, me mira con ojos de deseo y con la mano me roza la cadera.

—¿Quieres? —le pregunto.

—Por favor.

Me embadurno de lubricante, desde la punta hasta la raíz y aprovecho para masturbarme un poco, viéndole deseoso. Le abro las nalgas y entro poco a poco, pendiente de su mirada. Al principio, siempre cuesta un poco; una vez han entrado los primeros centímetros, ya va sola.

Álvaro gime y levanta más la cadera. Yo me balanceo con suavidad, sintiendo su calor. Le miro y no puedo evitar sentirme triste al pensar en todo lo que nos vamos a perder. Cierro los ojos y me vienen a la cabeza todas las veces que hemos hecho el amor en esa cama, que ahora me parecen pocas; quiero hacerlo a pesar de mis ganas de llorar.

Abrazo su cuerpo con mis brazos, para sentirle mío por última vez, sin dejar de darle placer, escuchándole gemir.

Al rato, le hago ponerse de rodillas. Sigo empujando, con amor y tristeza a la vez. Le cojo del cuello y le levanto acercándolo a mí. Desde atrás, le beso las mejillas, la nuca, e inclino su cuello para besarnos los labios.

Quiero que eche de menos cada parte de mi cuerpo, cada momento que hemos vivido sobre esa cama.

Le acaricio el vientre, tan liso, tan suave; también le cojo los huevos y después le masturbo para que explote de placer. Cada vez me muevo más rápido.

—Joder, Unai —dice.

—Te qui... —se me escapa.

—Si no paras, me voy a correr —me dice.

Entonces acelero más, todavía. Tanto mi brazo como mi cuerpo van cada vez más rápido, a la vez que él gime con más fuerza.

Siento que está a punto de correrse y quiero inmortalizar ese momento en el que me desea más que a nada. Ojalá quedarnos ahí, para siempre.

Me dejo llevar por el orgasmo.

Grita de placer y veo como se corre a la vez que yo también me corro dentro de él.

Lo acerco a mi pecho, sin sacarla. Quiero estar unido a él, no quiero separarme.

No quiero que pasen los segundos.

Miro el reloj. Son las seis y media.

Voy a perder el avión.

—Me tengo que ir.

De forma un poco torpe y casi rompiendo la magia del momento, nos separamos el uno del otro.

—Unai. —Me dice mientras me visto. Tiene la mirada cansada. Parece que se piensa las palabras. Tras coger aire, me dice—: Intentémoslo.

—¿Cómo? —le respondo, incrédulo.

—Aunque te vayas —me dice—. Aunque sea a distancia, quiero que lo intentemos. ¿Quieres?

Me quedo sin palabras. De golpe siento como si llevara tiempo encerrado en una habitación y se hubiera abierto una ventana dejando entrar aire fresco, una liberación. Era justo lo que necesitaba escuchar.

—Claro que quiero. Y vendré a verte. Te lo prometo .

SEGUNDA PART E

15

UNAI

Llevo más de un mes en Londres y se me ha pasado volando. Sin darme cuenta, cada vez ha ido haciendo más frío, los días se han hecho más cortos y las calles se han ido llenando de calabazas, esqueletos y murciélagos. Ha llegado Halloween y aquí se celebra casi tanto como la Navidad. No he visitado aún los clásicos de la ciudad, como el Big Ben, el Támesis o el London Eye, que solo he visto de lejos. Siempre pienso que, si Álvaro estuviera aquí, ya me hubiera hecho un *tour* por todos los monumentos, barrios y lugares emblemáticos de la ciudad. Además, cómo no, de todos los bares y barrios gais. En el fondo, espero a que venga un fin de semana para hacer una visita los dos juntos.

En todo este tiempo no he parado de entrenar, todos los días. Así que no he salido del London Aquatics Centre, mi nueva casa. Es la piscina de saltos que está en el Parque Olímpico en Stratford. La conocía por fotos y vídeos, pero me sigue impresionando cada día que la veo por las mañanas. Su diseño parece inspirado en el propio movimiento del agua. El techo ondulado se extiende como una ola suspendida en el aire, envolviendo el edificio con una fluidez casi orgánica. Desde el exterior, su estructura parece esculpida por el viento, como las piedras ovaladas que encuentras bajo el mar; con curvas suaves que fluyen de un lado a otro. En el interior, la amplitud del espacio recuerda la sensación de estar bajo la superficie de una gran ola, con formas que evocan las ondulaciones del agua. En la entrada, hay una foto inmensa de Tom Daley con los brazos alzados en forma de cruz, con una medalla olímpica.

Con Álvaro nos intentamos llamar, pero es difícil hacerlo cada día. Suerte que este fin de semana podré pasar mi primer fin de semana libre en Barcelona.

—¿Unai? —La secretaria me da paso al despacho de la presidenta del centro. Junto a ella están un ayudante, el responsable de

marketing y mi entrenador.

—Son buenas noticias. —Mi entrenador se avanza para no asustarme.

Es español, pero lleva más de treinta años fuera del país; ha vivido en Estados Unidos, Italia y ahora está en Inglaterra. Es de los entrenadores de salto más prestigiosos.

—Adelante —digo intrigado.

El hombre me mira con una sonrisa, como de padre orgulloso.

—Como sabes, hay marcas que invierten en nosotros. Patrocinan campeonatos, nos ceden *merchandising* o aportan dinero al centro; algunos incluso nos han patrocinado para las olimpiadas.

Escucho atento y, con un leve movimiento de cabeza, le invito a continuar.

—Esta temporada nos patrocinará Adidas, y no solo eso: tras varias negociaciones, ha decidido participar de forma exclusiva con nosotros.

—¡*Wow* ! —respondo, intentando transmitir mi entusiasmo a toda la sala, en un *wow* lo más inglés posible.

—Además —continúa—, las marcas se fijan en los deportistas para que sean su imagen y... se han fijado en ti.

—¿Cómo? ¿Es una broma?

—No, qué va. Para nada. No tenemos tiempo para bromas —se ríe.

—Y esto... ¿cómo ha sido?

—Había varios nombres sobre la mesa; al final, han visto tu perfil y es el que más les ha gustado. Bueno, quien dice gustar, dice que objetivamente eres el mejor: mejores marcas en los últimos años, atractivo, que seas español siempre vende...

—Eh... —Me quedo literalmente mudo.

—Eso sí —le cambia la mirada—, te vas a tener que poner las pilas. Este fin de semana te van a tomar medidas. Te van a hacer ropa a medida y una primera sesión de fotos.

—Pero este fin de semana no puedo —le digo sin pensar—; tengo un vuelo para Barcelona.

Me mira incrédulo.

—A Barcelona podrás ir cuando quieras. A esta gente no les puedes decir que no.

—¿Y no se puede aplazar?

Se gira hacia mí, como si agradeciera que el resto de gente no entendiera lo que estoy diciendo.

—Unai, ¿estás loco? —me mira realmente perplejo—. Con lo que te pueden llegar a pagar en unos meses podrás traer a toda tu familia en *jet* privado si hace falta.

Me deja el contrato enfrente de la mesa.

—Fírmalo. Y el domingo a las diez de la mañana pasarán a buscarte .

16

ÁLVARO

En un mes mi vida se ha simplificado bastante: gimnasio, asignaturas y dormir...

Con Unai no hemos hablado mucho. Entre que está muy ocupado y que tiene unos horarios imposibles, es difícil coincidir. Se cumple mi pronóstico: una relación a distancia solo puede enfriarse. Por suerte, este fin de semana viene y tendremos tiempo de hablar.

Por otro lado, el TFG me tiene un poco desesperado. No se me ocurre sobre qué hacerlo y la fecha de entrega se va acercando cada vez más. Me llega un audio.

UNAI:

Álvaro... ¿qué tal estás? Oye, que no hemos hablado casi estos días. ¿Esta noche estás libre? Tenemos que hablar sobre el finde... Por cierto, hay algo que hace días que pensé y te quería explicar. Espera, te mando otro audio.

UNAI:

Al llegar a Londres, ¿sabes qué he echado de menos? Que alguien me recibiera y me explicara la ciudad como lo hacías tú con Barcelona. Parece que no, pero aprendí mucho contigo. Así que, como yo, habrá un montón de personas que al llegar a Barcelona necesiten, no sé, ¿una guía gay? Con lugares turísticos, también sitios adonde salir o playas a las que ir... No sé, a lo mejor tu canal podría ser una guía normal, en forma de libro.

Le respondo inmediatamente, con otro audio.

ÁLVARO:

¡¡Guapo!! ¿Te puedes creer que justo pensaba en que no sabía de qué hacer el TFG? Y me acabas de dar la solución. Estoy saliendo del gimnasio, si quieres ¡hablamos en un rato!

UNAI:

Genial, avísame cuando llegues a casa.

ÁLVARO:

Pero... ¿qué pasa con el fin de semana?

No me responde. Su tono ha sido raro. Como odio quedarme con la intriga, le hago una videollamada.

—Guapo... —me responde desde el vestidor y hablando en voz baja—, no puedo hablar.

Tengo sentimientos encontrados al escucharle. A veces pienso si debería haberle pedido que se quedara...

—¿Qué pasa con el finde?

—Esta noche hablamos.

—¿Es algo malo? ¿Qué ha pasado?

Veo cómo Unai se aleja con el móvil hacia lo que parece un pasillo.

—Me han cerrado un contrato con Adidas.

—¿En serio? —Flipo que lo diga tan serio—. ¿Y qué hay de malo?

Unai mira para otro lado, se le ve afectado.

—Que este fin de semana me tienen que hacer unas fotos, sí o sí. No se puede aplazar.

—Entonces... ¿no vienes?

Me he quedado en la puerta del gimnasio. Noto un golpe:

—Perdona —me dice alguien.

Es el chico de la cinta de correr, el que me encontré en las duchas, el del lunar debajo del ojo. No lo había vuelto a ver. Avanza unos pasos y da media vuelta.

—Espera —me dice—, ¿eres el de la otra vez?

El chico nota que estoy hablando por el móvil y, tras disculparse, retoma su camino.

—Unai —me apresuro a decirle—, mejor hablamos más tarde, que tienes que entrenar.

—Lo siento, Álvaro.

—No te preocupes. Es normal. Hablamos luego. —Le cuelgo casi sin despedirme y llamo al chico—: ¡Eh! Perdona, que estaba hablando con... un amigo.

—Lo he visto. Nada, no quería molestarte. —Tiene una sonrisa atractiva, no del todo bondadosa, sino más bien enigmática. Se me

seca la boca de golpe.

—No, tranquilo —intento no parecer nervioso. Me vienen *flashes* de los encuentros, recuerdo su cuerpo, su...

—¿Cuál era tu nombre?

—Eh... Álvaro —hago el ademán de darle la mano.

—Yo Thiago, encantado.

Tiene unos ojos grandes, algo en su mirada que me descoloca... y un nombre precioso.

—¿Thiago? —le respondo.

—Sí, se escribe con hache.

—Ah... —El corazón me va a cien—. Bonito nombre.

—Voy a ver un piso —me dice—. ¿Te apetece que tomemos algo luego?

«No quiero, no puedo, no debería».

—Yo ya me iba a casa. Si quieres, otro día.

—No, no —me insiste—. Es aquí mismo. Tardo cinco minutos.

Me fijo en sus rasgos. Tiene la piel dura, una mandíbula marcada, unos labios finos y un poco reseco y perilla.

—Estoy mirando habitaciones. Me tengo que cambiar de piso en breve...

Me mira unos segundos en silencio. Me doy cuenta de que no habíamos hablado apenas; no había escuchado su voz. Parece simpático. Tiene un acento que parece del norte, gallego o asturiano. Más natural de lo que imaginaba, no sé; me había hecho una imagen de él tal vez demasiado rebelde.

—¿Tomamos algo luego? —me repite—. Será rápido.

Andamos unos pasos juntos, el portal lo tiene al lado del gimnasio.

—Pues... —hago ver que me lo pienso, aunque tengo clara la respuesta.

He quedado para llamar a Unai, pero le puedo decir que nos veamos más tarde o mañana. Me jode reconocerlo, pero en ese momento me alegro de que Unai no esté en casa.

—¿Por qué no? —le digo, finalmente—. Te espero aquí abajo.

—¿No quieres subir a verlo conmigo? —me propone.

—No, no, no... Espero aquí.

¿Está loco? No voy a ver una habitación justo al conocerlo. El

corazón me late a mil.

—Bajo enseguida. Hasta ahora.

Le veo entrar en el edificio y me quedo esperando apoyado en un árbol.

Le mando un mensaje a Unai.

ÁLVARO:

Ey, Unai. Al final no puedo llamarte ahora. Me ha llamado María para ir a tomar algo. ¡Hablamos en otro momento! ¿Te parece?
¡¡Nos vemos pronto!!

UNAI:

Vale, pero llámame cuando puedas, ¡que quiero contarte una cosa!

ÁLVARO:

¿Todo bien?

UNAI:

Sí. Bueno, más o menos. Te cuento cuando hablemos.

Pasan cinco minutos. Imagino que tienen que hablar de varias cosas: precios del mes, gastos incluidos o no, fechas de entrada y salida... Pasa el rato y vuelvo a mirar el reloj, más de media hora..

¿Sigo esperando? ¿Le habrá pasado algo? No creo.

Solamente iba a ver una habitación.

Me impaciento un poco.

No quiero seguir ahí. Aunque baje, no quiero que vea que lo he estado esperando casi una hora como si fuera un perro.

Me voy. Cabreado y sin entender qué ha pasado .

17

THIAGO

—Hola. —Me abre la puerta un tío de mi edad. No está mal. Tiene su punto.

—¿Qué tal?

—Thiago, ¿verdad?

—Sí. ¿Ha venido mucha gente?

—Un par de chicos, ayer. No nos corre mucha prisa.

—¿Cuántos vivís aquí?

Me invita a pasar. El piso no tiene nada que ver con el mío: con luz, amplio y sin gente.

—Vivimos dos ahora mismo y estamos buscando a un tercero. O sea, seríamos tres en total. —Le pongo nervioso, lo noto—. ¿Te enseño tu habitación? Bueno, ¿quieres ver todo el piso?

—Claro. Enséñame lo que quieras. —Si nos encontráramos de fiesta, estaríamos tonteando. Hasta nos hubiéramos dado un beso ya.

—La entrada ya la has visto, y este es el salón. No solemos estar mucho en casa.

—¿Estudiáis o trabajáis?

—Yo estudio y Guille, que es el otro chico, estudia y trabaja. ¿Tú?

—Yo trabajo en un bar —miento—. Lo que ahora va a estar un mes cerrado, así que estoy buscando también otro trabajo. Además, voy al gimnasio, o sea, que tampoco estoy mucho en casa.

—Ahá.

Lo mejor de buscar habitación es hablar de la vida privada de los inquilinos para saber qué tipo de convivencia te espera. Primero se habla de trabajo. Después, empiezan las preguntas divertidas. Empiezo yo:

—Lo de que el piso es *gayfriendly*... —que continúe la frase.

—Bueno, sí —sonríe—. Básicamente porque Guille es gay y yo soy gay, así que...

—Y... —podría hablar solamente de eso— ¿tenéis pareja?

Entramos en la cocina.

—Guille no tiene. Estuvo liado con uno hace poco, pero terminaron. Y mejor, porque estaba siempre metido en casa. —Me enseña los muebles, pero me interesa más su vida—. Mira, cada uno tiene uno de estos miniarmarios. De la nevera también, cada uno tiene una balda. La compra la hace cada uno. Menos lo que son productos de limpieza, agua o papel de cocina o... de váter.

Este tío va a caer. Me da igual quién pague el Fairy.

—El agua del grifo se puede beber —sigue con cosas que no me interesan—. No está muy buena, pero se puede beber. Por eso, a veces intentamos comprar garrafas entre todos. También las pagamos a medias.

Sacaré yo el tema:

—¿Y hay alguna norma respecto a traer gente a casa? —No aparto mi mirada.

—A ver... —Coge un vaso.

«No me cuentes historias. Hablemos de tíos».

—El tema parejas o de traer gente a casa... —Ahora me gusta—. Por ejemplo, Guille, como ya te he dicho, se traía el novio a casa y era una situación un poco incómoda. Pero, bueno, si son ligues puntuales como los que tiene ahora, la verdad es que a mí, personalmente, no me molesta.

—A mí tampoco —le respondo—. De hecho, creo que es bueno que entren y salgan tíos, ¿no?

—Bueno, siempre depende; tampoco hace falta que esto sea el metro. Porque tú... ¿tema tíos...? Porque entiendo que te gustan los...

—Sí, sí. Obvio. Me encantan. Lo que más. —Le sonrío.

Estamos en el pasillo, es estrecho; cabemos, pero provocamos el chocarnos.

—Esta es la habitación de Guille. —No la abre—. Y esta es la mía.

A su habitación sí que me deja entrar, claro...

—Y tú, ¿tema pareja?

—Bueno... —se lo piensa—. Estoy conociendo a uno ahora mismo, pero nada serio.

Tiene un espejo en el armario que da a la cama.

—Pero... —empiezo a fantasear— ¿sueles traerte a muchos chicos?

—De vez en cuando viene alguno.

Utilizamos *venir, quedar, conocer, ver, traer...* Pero lo que queremos decir es otra cosa.

—¿Y qué suelen decir del espejo?

Se ríe. Está disfrutando tanto o más que yo.

—A nadie le deja indiferente. Les suele dar cierto morbo.

Como el que me está dando a mí.

—Y a ti, ¿te gusta verte?

Se le sonrojan las mejillas.

—Me lo puse por algo... —Su tono de voz lo dice todo—. Una vez, hubo uno que me pidió que apagara la luz, le daba demasiada vergüenza. No le hizo mucha gracia.

—Y seguro que no repetiste con él. ¿A que no?

—Pues no... —Cruza la habitación y me enseña la terraza—. Da a un patio interior. Es bastante tranquilo. Hay un extractor que a veces me da bastante por culo, pero, en general, es silencioso. Lo digo porque tu habitación da a este lado también.

Yo solo estoy pensando en el espejo y en que quiero usarlo.

—Y cuando miras al espejo... ¿Te gusta mirarte a ti? ¿Miras al otro? ¿Qué sueles hacer?

Se acerca a la cama.

—Depende. No todos los tíos son iguales.

—Tienes razón. Ni el sexo es el mismo con todos.

—Exacto. —Le dejo hablar—. No te engañaré, alguna vez he visto caras mías que no me gustaban, pero otras veces lo que se veía en este espejo era mejor que cualquier escena de cualquier peli porno.

—Me lo creo. Y parecías inocente cuando he entrado.

—Lo soy —responde—. No hay nada de malo en tener un espejo, ¿no?

Nos sentamos en la cama. El espejo muestra a dos personas en silencio. Nos miramos, cada uno esperando a que el otro dé el primer paso.

No tardamos en acercarnos el uno al otro. Al cabo de un rato, lo que se ve en aquel espejo no es a dos tíos hablando. Lo que se

refleja en él, es a dos cuerpos desnudos, encima de la cama, practicando sexo sabiendo que no se van a volver a ver .

18

ÁLVARO

Tenía el fin de semana planeado con Unai, así que me he quedado sin planes y llevo toda la mañana del sábado sin hacer absolutamente nada, dando vueltas en la cama, comiendo mierda y pensando en que estoy perdiendo el tiempo.

Veo en redes cómo todo el mundo tiene algún plan para la noche de Halloween; preparan disfraces, decoran sus casas y hacen vídeos absurdos. Hacen todo lo que yo haría si estuviera Unai aquí. María se ha ido de casa rural; lo llego a saber y me voy con ella.

Desde la cama, recorro mi habitación con la mirada: al ser de un edificio antiguo, es amplia con el techo alto y tiene un ventanal enorme y un balcón estrecho que da a la calle. Llevo un año viviendo aquí. El piso, de dos habitaciones, es de una amiga de mi madre. Lo compró hace años, pero le salió trabajo en Islandia, donde conoció a un hombre y tuvo gemelas. Se supone que algún día querrá volver; mientras tanto, me lo alquila por un precio casi simbólico. Está amueblado con buen gusto. La cocina es de calidad, se nota que invirtió dinero en ella, una mejora que yo nunca habría podido permitirme, y que, en cambio, ahora disfruto. Tuve suerte.

Le doy vueltas a la guía que me ha propuesto Unai. Me acerco el portátil y repaso lo poco que he escrito: introducción, historia, lugares para visitar de día y de noche, fechas importantes y... ahí me detengo. No puede ser una guía como cualquier otra, tiene que tener algo que la diferencie de las demás. Intento darle vueltas, pero no se me ocurre nada. No estoy inspirado.

Escribo a Unai.

ÁLVARO:

¡Unai! ¿Puedes hablar?

UNAI:

Estoy entrando al complejo deportivo. ¿Hablamos más tarde?

¿Esta noche?

ÁLVARO:

¿No tienes fiesta de Halloween en la residencia?

UNAI:

Sí, pero no iré. Me jode no ir a verte.

ÁLVARO:

Pues hablamos luego.

Es lo que pasa al estar con alguien que vive en otro país. Ahora no nos veremos hasta... a saber cuándo.

Tras perder algunas horas más de mi vida y comer una *pizza* que tenía congelada, me voy al gimnasio y aprovecho la tarde. Incluso veo cómo subo de peso en algunas máquinas. Me siento enérgico y acabo todos los ejercicios que me había marcado el entrenador. Lo de las endorfinas debe de ser verdad, porque, a medida que hago series, cada vez, me siento mejor, más animado. Parece que el sábado empieza a ser más provechoso.

Miro a los hombres que pasan por delante de mí y me pregunto si podría llegar a tener esos cuerpos tan esculpidos. A la vez, me pregunto si me apetece dedicarle todas las horas que hacen falta para esculpirlos y mantenerlos esculpidos. Creo que no...

Al acabar, hago estiramientos. Media hora. Es uno de los momentos de más satisfacción; me siento sudado, noto mis músculos resentidos de haber trabajado y algunos incluso me tiemblan. Comparo esta sensación tan sana del gimnasio con la de estar en casa tomando un café con nata y... las dos me gustan. Sigo prefiriendo comer algo junto a Unai. Aunque pasar la tarde en el gimnasio, sin prisa, me gusta.

Me ducho con calma. Aquí tienen unas duchas con un chorro fuerte y caliente, algo que en casa no encuentro. Me encanta sentir el agua golpeando mi cabeza, resbalando por la nuca. Enjabonarme, dejar que el calor del vaho me envuelva. Alargar una ducha es, quizás, uno de mis mayores placeres. Por un momento pienso en la escasez de agua, pero enseguida recuerdo los campos de golf: si hay agua para el césped, tiene que haberla para mí.

Mientras me enjabono de nuevo, pienso en que estas duchas ya no me dan aquel morbo del principio. Además, después de todo el día en casa, aburrido, me he hecho hasta tres pajas y no me apetecen más por hoy. Dicen que un chorro de agua fría al final reactiva el cuerpo y mejora la circulación, que es bueno para la salud; pero yo tengo frío, así que dejo el agua ardiendo hasta que se me arrugan los dedos. Me seco, voy al vestuario y me cambio. Me quito la humedad del pelo girando el tubo del secador de manos fijado a la pared y salgo.

Bajo las escaleras, saludo al chico de recepción y, ya en la calle, aparece él. Otra vez. Le miro de reojo.

—¡Eh! —grita.

Sigo andando. Me hago el despistado.

—¡Tú! —Se me acerca, acelerando el paso—. ¡Ey! Eh... Álvaro, ¿no?

Me paro y me giro.

—¿Qué tal el piso? ¿Te quedaste a vivir directamente? —Me jode que me dejara tirado.

—Perdona, la verdad es que... —Le noto incómodo, pero con una media sonrisa—. Sí, la habitación estaba bien.

—Me alegro. —Sigo mi camino.

—Espera. —Se pone enfrente de mí. Que se me plante un tío delante me parece demasiado sexi. Pero no, este tío, no—. Perdona por lo del otro día. Subí, el tío me estuvo enseñando el piso. Me cayó bien, entonces me invitó a tomarme una cerveza y, por quedar bien, la acepté. Estuvimos charlando un rato...

Su media sonrisa me da otra versión de los hechos, pero tampoco soy quién para preguntar.

—¿Te quedaste con la habitación al final?

—Creo que es mejor que siga buscando.

—¿Por qué? —le pregunto. No pasa nada por indagar.

—Porque...

—Da igual, no hace falta que me cuentes.

—El precio... era más de lo que puedo pagar ahora mismo... —Silencio incómodo... Retoma la palabra—: ¿Tomamos algo?

—Sí, claro —respondo—. Espérame aquí que en cinco minutos

vuelvo y vamos. Yo te invito.

Hace cara de haber entendido la broma y de no reírse porque tampoco era tan graciosa. Creo que he quedado de rabioso.

—No, en serio —vuelvo a decirle—. Me voy a casa ya.

—¿No tienes media hora?

—He quedado dentro de veinte minutos.

—¿No decías que ibas a casa?

—He quedado para hacer una videollamada.

El tío sonríe.

—¿Una videollamada un sábado noche? Esto suena a noviecito que se ha ido de Erasmus.

El capullo acierta la mitad. Si supiera que en vez de Erasmus es un deportista de élite...

—Vamos —me insiste—, si se va de Erasmus no te será fiel; no hace falta que se lo seas tú.

De repente me cabreo con Unai y pienso que, si no se hubiera ido, no estaría pasando esto. Le envío un mensaje, anulando la videollamada.

—Venga, vale, tomemos algo .

19

ÁLVARO

Buscamos una mesa libre en algún sitio. Tengo hambre y estoy agotado, nunca había hecho tanto ejercicio. Acabamos en una terraza; no hay mesa libre, pero sí un barril con dos taburetes libres, un servilletero y un cenicero que confirman que ese barril hace función de mesa. El sitio se llama Vinito; a simple vista, una bodega de toda la vida, con sus tapas, variedad de cervezas y, cómo no, carta de vinos.

Miro alrededor y me gusta la clientela. Este tipo de bares, más tipo bodega, parece que tenga que ser para otro tipo de gente, pero miro y hay bastantes chicos guapos; la cantidad de heteros los podría contar también con una sola mano. Bar que veo, bar que pienso si lo metería en la guía. Este lugar, a lo mejor no es específicamente gay, pero si lo recomiendo podría traerlos aquí. En las notas de mi móvil apunto: Vinito.

Una mujer nos atiende y le pedimos dos cervezas.

Entre nosotros, no hablamos casi. Yo estoy muy cortado. Él no sé qué piensa.

—Tienes acento gallego, ¿puede ser? —Por sacar un tema.

—Mi madre era portuguesa y mi padre gallego.

Que hable en pasado de ellos no sé si significa algo.

—¿Dices *eran* por algún motivo...? —No sé si la estoy cagando.

—Ah, no, no. Aunque la verdad es que los he visto muy poco. Mis padres tenían muchos problemas entre ellos, siempre discutiendo. En Galicia vivíamos cerca de mi abuela y, al final, yo siempre estaba con ella.

—Ah, qué bien —le sonrío.

Parece mayor que yo; no tiene pinta ni actitud de estudiante. Me cae mejor de lo que esperaba; es más, me resulta fascinante. La mujer nos trae dos cervezas. Acaba hablando con nosotros y explicándonos su vida, que se llama Sandra y que su hija se ha ido a

Australia. Nos reímos y, la verdad, consigue romper el hielo un poco entre nosotros. La conversación empieza a fluir, derivando poco a poco hacia temas menos tristes.

—Y... ¿estás contento en Barcelona?

—A veces sí, y a veces pienso en que me gustaría volver a Galicia. Siempre que voy en verano o en Navidades pienso en quedarme.

—Anda, ¿y eso?

—Sueño con montar un bar ahí, en Santiago, con mi amigo Antón.

—Se le ilumina la mirada—. Allí hay una ruta de bares a la que llaman el París-Dakar. Está en una misma calle: el primer bar se llama el Café Bar París y al final está el restaurante Dakar. Había una competición en la que te tenías que tomar un vino en cada uno de los locales de la calle, y así se convirtió en el París-Dakar.

—Cómo mola.

—Sí, y resulta que, con Antón, siempre hemos dicho que algún día montaremos un bar en esa calle.

El sueño de Unai es ser medallista olímpico; el de este tío, montar un bar, y el mío, sacar una guía gay de Barcelona. Todo el rato me viene Unai a la cabeza. Pienso en qué hubiera pasado si no nos hubiéramos conocido: se hubiera ido a Londres sin más, y yo estaría conociendo a este chico sin más. No puedo evitar compararlos. Son tan diferentes, pero, a la vez, cada uno tiene algo.

—¿En qué piensas? —Me despierta de mi embobamiento—. ¿En tu chico?

—Eh... No, no —respondo automáticamente.

—Pero ¿es verdad que tienes novio? Porque yo lo he dicho por decir...

Me lo quedo mirando. Me está gustando conocerle, me sabría mal que perdiera el interés por mí solo por... por estar saliendo con alguien.

—Qué va —le digo, finalmente—. No estoy saliendo con nadie.

Lo miro y me acuerdo de cuando lo vi desnudo.

Él me explica que no tiene pareja y que le gusta estar soltero. No le pregunto mucho más, pero sí que me acaba confesando que acabó liándose con el chico de la habitación.

—Si es por un polvo, te lo perdono —le digo, para hacerme el

majo.

—Tampoco fue nada del otro mundo.

—Y si sé de alguna habitación, te aviso —le acabo diciendo.

—Ah, tranquilo, algo encontraré.

Nos levantamos del barril y nos alejamos de la terraza, hasta una esquina donde, al parecer, cogemos direcciones distintas.

Me pide mi número de teléfono. Yo no le pido el suyo; me siento mejor si no lo hago. Nos damos un par de besos y nos vamos.

Al irme, me acaricio mis propias mejillas. Me ha quedado una sensación extraña de esos dos besos; tiene una piel dura y me ha raspado con la barba recién afeitada. En este momento maldigo estar en pareja y me voy a casa pensando en que no sé si podré aguantar mucho una relación a distancia.

Al llegar al portal, me vibra el móvil.

+34679...:

Aquí Thiago, encantado de conocerte.

Intento evitarlo, pero me recorre un cosquilleo por la barriga.

ÁLVARO:

Ey, Thiago. Igualmente. Nos vemos en el gimnasio otro día.

Guardo su número.

THIAGO:

Claro. A no ser que quieras quedar antes.

ÁLVARO:

¿Antes?

THIAGO:

¿Has llegado a casa ya?

ÁLVARO:

Entrando por la puerta, ¿por?

Está un rato sin responder.

THIAGO:

Podría acercarme si quieres...

Trago saliva .

20

UNAI

Me despierto cada día a las cinco y cuarenta y cinco de la madrugada para entrenar a las seis treinta, hago ejercicios de calentamiento junto al equipo, corro un par de vueltas, hago abdominales y flexiones. Cuando he entrado en calor, voy a las camas elásticas y pruebo los mortales que después practicaré en el agua. Más tarde, al foso de espuma, a seguir haciendo mortales; aunque también usamos la trócola, unos arneses para practicar estos ejercicios. Al terminar, dos horas de técnica en la piscina y entradas en el agua. Descanso de media hora. Dos horas más de acondicionamiento físico, ejercicios de fuerza, flexibilidad y cardiovascular. Comer deprisa, sin casi poder coger el móvil ni hablar con nadie. Por las tardes voy alternando: algunos días me toca hacer clases de *ballet*, que han introducido para mejorar nuestra técnica y movimientos en el aire, otros tengo teoría y, además, hago inglés para ponerme al nivel de mis compañeros. Al final del día, vuelvo a la piscina para hacer los últimos saltos. Y así todas las semanas, de lunes a sábado. Estoy agotado.

Hoy habría podido saltarme el entreno, solo estoy en Londres para la sesión con Adidas de mañana; aun así, he venido. De lo contrario, me hubiese vuelto loco. Por mucho ejercicio que haga, hay algo que no me quito de la cabeza y que, incluso, me impide estar focalizado al cien por cien: Álvaro. Me da miedo que lo nuestro se enfríe, porque me niego a perder a la persona de quien me siento enamorado.

Recibo su mensaje:

ÁLVARO:

Al final me voy a tomar algo con unos amigos. Ya hablamos.

Lo leo y lo vuelvo a leer, intentando ver si hay algo detrás, si es más o menos expresivo que otras veces. ¿Por qué no me dice qué le

ha surgido? El otro día fue por María, esta vez... ¿qué ha pasado? A lo mejor se ha cabreado porque no he ido el fin de semana. Me vienen todos los males al pensar que pueda estar conociendo a otro, pero ese no fue el pacto. «Si conocemos a alguien, lo decimos», esa fue la condición.

Intento pensar en otra cosa. Toda la residencia se está preparando para la fiesta de Halloween y la mayoría aprovecha la palabra *zombi* para ir de cualquier cosa sexi relacionada con el agua: surfista zombi, vigilante de la playa zombi, bañista asesino o, sencillamente, ponerse el bañador y llenarse el cuerpo de sangre.

Sobre mi mesa: el contrato de Adidas. Es el contrato con el que cualquier atleta soñaría; mucho dinero, más del que gana cualquier persona media en diez años de trabajo. Cuatro años de patrocinio con absolutamente todo financiado: equipación, entrenos, sesiones de fisioterapia extras, viajes... A cambio: uso absoluto de mi imagen en campañas publicitarias, una agenda completamente llena los próximos dos años, asistencia obligada a competiciones y eventos de la marca y sesiones de fotos; todo ello muchos de los domingos que tendría libres. Para mí, todo se traduce en que no podré volver a Barcelona en mucho tiempo y, si viene Álvaro, apenas podré verlo.

Mañana me recogen para la primera sesión y tengo que entregarlo firmado; me veo incapaz.

Llaman a la puerta.

—¡Adelante! —Todavía se me hace raro utilizar el inglés. No me siento con el nivel suficiente para hablarlo; tengo mucho acento extranjero y me faltan palabras.

Entra Daniel, mi compañero de saltos madrileño. Nos vemos a diario, ha conseguido la misma beca que yo y tenemos el mismo plan de entrenamiento. Además, su habitación está bastante cerca de la mía. Nos hemos entendido desde el primer momento y nos llevamos muy bien. Y, lo mejor, habla español.

Me fijo en que lleva media cara llena de sangre, un bañador barato que se ha comprado expresamente manchado de rojo y roto, como si le hubieran atacado, cerca de la goma del bañador, una herida falsa.

—¿Qué haces? ¡No te has disfrazado aún!

—Estoy hecho polvo —me justifico—. No creo que vaya.

—Todos lo estamos —se ríe; creo que va a intentar persuadirme—, pero ya que no te has ido a Barcelona, tienes que salir. Además, es la primera fiesta de la temporada, es tradición que nos den la bienvenida a los nuevos.

De un bote, saca algo viscoso y me lo echa en la cara.

—¿Qué haces? —Me levanto.

—Vamos, Unai —me anima—. ¿Qué vas a hacer aquí?

Releo, una vez más, el mensaje de Álvaro.

ÁLVARO:

Al final me voy a tomar algo con unos amigos. Ya hablamos.

Noto que Daniel no va a parar hasta convencerme.

—Estará lleno de tíos con ganas de conocer a su chico latino.

—Que no busco nada aquí... —le digo.

No le he contado nada de Álvaro y no voy a hacerlo ahora.

—Además —sigo buscando excusas—, mañana tengo pruebas de vestuario con Adidas.

—Solo necesitas estar de cuerpo presente, no hace falta ni que hables. —Me mira, insistiendo con la mirada. En el fondo, tiene razón.

—Anda, vamos.

Por las prisas de Daniel, llegamos de los primeros. Está todo preparado para la fiesta: decoración terrorífica, guirnaldas de calabazas llenas de telas de araña, antorchas de fuego falsas, chupitos de color granate..., pero no hay apenas gente. Me siento incómodo, hay que llegar cuando ya hay ambiente, no antes.

—Yo me voy —le digo a Daniel mientras me doy la vuelta.

Vuelve a reírse; es su forma de empezar a hablar. Me pone la mano en el pecho, como un guardia de seguridad que te impide el paso.

—Tú te quedas aquí conmigo. —Se le escapan los ojos hacia otro lado—. Mira quién viene por ahí.

Me giro y veo un grupo de chicas con la misma cara de novatas que nosotros. Daniel está loco por una de ellas; son del equipo de natación. Solemos verlas siempre en bañador, pero hoy van todas en bikini. Es como si dejáramos nuestra figura de deportistas de élite a

un lado y nos convirtiéramos en alumnos de un colegio americano.

—¡Dios! —A Daniel se le salen los ojos hacia la que le gusta.

—Vale, espero a que hables con ella y, cuando os empecéis a liar, me voy a mi habitación.

—Ni hablar —me dice, mirando hacia otro lado—. También viene gente que te va a gustar a ti.

Veo entrar a un grupo de chicos. Parecen tener un par de años más que yo; a algunos los he visto en algún entreno y nos hemos cruzado alguna mirada. Los observo y acabo de concluir que, ni de lejos, soy el único chico gay en este centro, y menos en esa fiesta.

Flipo en cómo se curra la gente los disfraces; yo solamente llevo un poco de sangre en el cuello.

—Lo curioso de nuestro trabajo, o deporte, o como le quieras llamar —teoriza Daniel—, es que nos conocemos los unos a los otros en bañador, casi en bolas, pero no nos parece sexi. En cambio, vernos fuera del agua sin ropa resulta como muy... atrevido.

La fiesta tarda solo unos minutos en llenarse. Cada vez somos más y con Daniel nos vamos animando. Hablamos con mucha gente; primero con conocidos, que nos llevan a otros no tan conocidos, que nos llevan a desconocidos. Se repiten las mismas preguntas: «¿Cómo te llamas?», «¿De dónde eres?» o «¿En qué sección estás?». Todo bajo la música de un DJ que pone todo lo que ha sonado en Reino Unido en los últimos veinte años: Pussycat Dolls, Troye Sivan o incluso alguna de *High School Musical*. Echo de menos alguna *petardada* española, pero la única que ponen es la *Macarena*, que aborrezco, y, cómo no, *Bizcochito* de Rosalía...

La noche avanza y las preguntas van en otra dirección: «¿Me acompañas a por una copa?», «¿Tienes pareja?» o «¿Te gusta mi amigo?». Esas preguntas me gustan menos; tardo mucho en compartir mi vida privada con la gente.

Daniel y yo no nos perdemos de vista en ningún momento. Somos nuestro propio punto de encuentro y, aunque estemos en conversaciones ajenas, siempre nos buscamos de reojo para confirmar que seguimos ahí.

La fiesta empieza a ir sola; ya no hay que forzar conversaciones ni ir a por copas para matar el tiempo, es como si las conversaciones y

el alcohol fluyeran libres por el ambiente.

Poco a poco, se me acercan chicos. Algunos de ellos son muy guapos; otros, tal vez no tanto, pero tienen un atractivo especial y una conversación interesante; después, los hay especialmente graciosos. Tenemos muchas cosas en común, pero pensar en Álvaro hace que no quiera alargar mucho las conversaciones con ellos. Si estuviéramos juntos en esta fiesta, ahora sería el momento de bailar aún más pegados, de besarnos, de cantarnos las canciones a la oreja o, incluso, de desaparecer juntos.

Daniel aparece de entre la multitud y me grita al oído.

—¿Estás bien? —Tiene dos chupitos en la mano y los levanta frente a mí, queriendo brindar. Le miro, dudo unos pocos segundos, y al final le cojo uno.

A partir de ahí, no hay vuelta atrás.

La noche empieza a acelerarse y perdemos el control. No quiero ni pensar en que mi primera sesión de fotos será con resaca, pero en ese momento me da igual. «Son solo fotos de prueba», me repito. Ahora mismo todo es luz, color, sangre y música. Gente. Luces. Conversaciones inconexas. Música. Abrazos. Cantar y gritar. Más colores. Más gente...

La noche empieza a acelerarse.

Todo pasa muy rápido.

Ni recuerdo volver a la habitación.

Despierto con la luz que entra por la ventana.

Noto a alguien durmiendo a mi lado.

—Mierda... —digo en voz alta .

21

ÁLVARO

Hacía tiempo que no dormía hasta casi el mediodía. Me despierto cegado por la luz; no son, ni de lejos, los primeros rayos del día. Mi sensación es de haber descansado profundamente. Tanto que, durante los primeros segundos, no se me hace raro sentir a alguien a mi lado, compartir cama, notar piel con piel. Es lo que llevo sintiendo todo el verano. Pero el tipo de respiración es diferente, el sutil olor corporal es otro...

He pasado la noche con Thiago.

Todavía es pronto para saber si me arrepentiré o no. No quiero ni pensar más allá. Ahora no.

Le veo durmiendo boca arriba, tapado hasta la cintura y con la mano en el abdomen. Su collar de plata le cae desfigurado por el cuello y se apoya en su clavícula.

Por mi mente empiezan a pasar las imágenes de lo que sucedió anoche. Mi cuerpo está algo resentido. Siento algo de agujetas en las piernas. Quizá sí que me siento un poco mal, aunque, por otro lado, lo disfruté mucho.

Thiago llegó con el móvil en la mano, siguiendo la ubicación que le había enviado, y, desde que entró por la puerta, ya sabíamos lo que iba a suceder, era cuestión de minutos... Nos sentamos en el sofá, rellenando el silencio con palabras que no decían nada, hablaban más los gestos. No se tiene una conversación interesante antes de liarse con nadie; son palabras vacías, el significado no importa, solo el tono, la manera en que las dices y, sobre todo, la cercanía en la que se habla. Una palabra se quedó a medias y se convirtió en un primer beso. Empezamos en el sofá, ahí nos quitamos las primeras prendas, después fuimos a la habitación.

Miro la cama y reproduzco en mi mente todo lo que hemos hecho hace apenas unas horas, como un policía que observa el lugar del crimen intentando reconstruir todos los hechos. Volvería atrás y lo

repetiría todo, desde que entramos, cuando me lanzó a la cama, cuando me dominó con su fuerza sin apenas dejarme hacer nada.

No puedo evitar volverme a excitar al verle y seguir recordando. Un cuerpo tan diferente al de Unai, y a la vez tan atractivo. Una piel menos fina, con más pelo, menos cuidado, más rudo en general. Pienso en cómo me ha follado y en cómo su polla estaba dura como el acero; hasta me dolió al principio.

Acerco mi cuerpo al suyo, sin importarme que lo pueda despertar. Le beso la comisura de los labios, con suavidad, como si lo hiciera a cámara lenta. Su respiración, tan pausada, tan relajada, se detiene en seco, dando paso a un fuerte suspiro que le hace mover y tensar todo su cuerpo como un león cuando se despierta de un sueño profundo. Sin abrir los ojos, me devuelve los besos. No sé si sigue durmiendo, imagino que no, ya que besa con la misma fuerza que lo ha hecho por la noche. Pone su mano tras mi cuello, presionándome contra él. Noto con mis propios labios cómo dibuja una sonrisa con su boca, como si me diera los buenos días. Con su lengua juega con la mía, humedeciendo mi paladar.

Sin querer destaparlo del todo, me incorporo sobre su cuerpo, con las rodillas sobre el colchón, sentándome suavemente sobre su tripa. Estamos los dos desnudos. Retrocedo lentamente, hasta rozar su erección y sentirla entre mis nalgas. Las separo adrede para abrazarla y siento un cosquilleo, como si la piel tuviera memoria y recordara todos los rozamientos de la noche anterior, como si los volviera a sentir.

Arqueo mi cuerpo hacia él para seguir besándolo. Me acaricia las piernas de arriba abajo, lentamente, y se me eriza el vello. Se humedece las yemas de los dedos con la lengua, baja la mano y me acaricia los huevos, con suavidad, con mimo; después sube y me masturba suavemente, acariciándome el tronco, subiendo y bajando cuidadosamente la piel.

Me reafirmo: ese órgano lo tenemos hecho únicamente para recibir y dar placer; es perfecto. Un roce en el pecho, en los brazos; todo me gusta, pero ahí es como si fuera la central del placer.

Sube la mano por mi tripa, mi pecho y mi cuello hasta llegar a mis labios. Me introduce dos dedos para que se los humedezca. Tengo la

boca seca, pero aun así expulso toda la saliva que puedo para empaparle al máximo; sé lo que va a hacer y lo deseo más, incluso, que la noche anterior. Me presiona el cuello y lo acerca hacia él. Me vuelve a besar, con ganas. Con la otra mano, me acaricia el culo, suave; después me lo agarra fuerte. Sus dedos, como si dieran pequeños pasos, se van adentrando detrás de mí, hasta acariciar la circunferencia de mi ano. Se vuelve a mojar con su propia saliva los mismos dedos para humedecer la entrada a mi recto. A la vez, presiona, reblandece y dilata el orificio. Apenas opongo resistencia. Intuitivamente, muevo suavemente la pelvis, para decirle que lo que está haciendo me gusta, que a mi cuerpo le encanta.

—¿Quieres más? —me sonrío.

Sin responderle con palabras, le hago un gesto afirmativo con la cabeza.

Alargo el brazo y cojo el último condón de la caja, una que compré estando con Unai, hasta que dejamos de utilizarlos. Usar esa misma caja me hace recordarlo, pero no quiero, así que la tiro lejos para apartarla de mi vista. Él coge el preservativo y se lo pone con mucha agilidad, como quien se abrocha un botón, casi sin mirar. Agarro también el lubricante, pero me lo arranca de las manos. Se echa un poco en los dedos, alarga el brazo y siento enseguida el frescor mientras me unta alrededor y en el interior del ano. Se echa más cantidad y noto cómo se lubrica toda la polla; se la embadurnaba entera, hasta la raíz, todo lo que me va a meter.

La inclina hacia arriba, para ponerla vertical. Flexiono las rodillas y voy bajando mi cuerpo. Siento cómo se abre camino, cómo empiezo a dilatar. Pongo la espalda recta, levanto la cabeza y cierro los ojos. Sigo bajando, lentamente, notándole cada vez más y más adentro. Cierro los ojos mientras se dilatan las paredes de mi recto; otra vez esa sensación de meterme una enorme barra de acero.

Thiago mueve su pelvis para acabar de encajar su cuerpo con el mío y yo siento que mi culo está hecho para él, que su polla está hecha para mí.

Noto un ligero dolor, pero es solo justo antes de sentirla completamente dentro. El placer no tarda en invadirme de nuevo. Se expande por todo mi cuerpo; me recorre las piernas, que me

tiemblan y el hormigueo me llega hasta la espalda. Con mucho cuidado, me balanceo, adelante y atrás. Arriba y abajo, muy despacio.

El placer es demasiado grande, me siento demasiado feliz.

Thiago me mira, atento, esperando a que esté completamente cómodo, a sentir que me he abierto del todo para poder moverse con total libertad. Me doy cuenta de que no había entrado entera cuando da un último empujón y siento los últimos dos o tres centímetros. Tengo su polla entera en mi interior.

No respondo de mis actos.

Vuelvo a lanzarme sobre él, sobre su pecho, su cuello... Pierdo el control; mi cabeza deja de mandar y solo me guía el placer que se ha apoderado de mí. Le beso, deseoso; ahora mismo necesito todo su cuerpo.

Se incorpora, llevándome con él, y se queda sentado en la cama, abrazándome, rodeándose con mis piernas que ya no se apoyan en la cama, todo mi peso recae sobre él. Me siento completamente suyo, no lo puedo soltar. Thiago me mueve a su ritmo. Al poco rato, me estira en la cama, boca arriba, tomando un control absoluto sobre mí.

Coloca una almohada en mi espalda, me coge las piernas y empieza a darme con más velocidad, con más fuerza; me folla como lo hacía anoche. Y yo solo quiero más y más y más.

Se acerca a mí para lamerme el cuello, el mentón, y morderme los labios. Con una mano me sujeta del pelo y me echa la cabeza hacia atrás. Con la otra, me masturba mientras me penetra. No sé qué me da más placer: sentirle dentro o los golpes contra mi culo; hasta siento sus huevos rebotar.

Podría correrme enseguida, pero hago un esfuerzo por mantenerme en ese estado de puro éxtasis. No quiero que acabe nunca; sin embargo, no podré aguantar mucho rato más. Esas ganas de llegar al orgasmo y, a la vez, saber que ese mismo orgasmo es el final... Noto su dura erección, que me llena por dentro. Thiago me golpea sin tregua; sus ojos me miran. A ratos, pierde la mirada y los pone en blanco. Él también disfruta. Disfruta conmigo, con mi cuerpo. Soy completamente suyo.

Se me escapan gemidos cada vez más fuertes y él me responde gimiendo con más gravedad, más ronco. Pajea mi polla como si fuera la suya; me gusta cómo me la coge con su mano enorme. La estruja como yo jamás lo he hecho. Mis gemidos se convierten en gritos y me da por el culo con más fuerza aún; golpes secos, menos seguidos, pero más duros, más fuertes.

Estoy en sus manos. El orgasmo es inevitable.

Aunque no quiera, me voy a correr. No puedo más.

Me corro sin que él suelte su mano, empapándole. Exploto de placer y hasta me duelen los testículos. Él también se corre, cerrando los ojos y gritando exhausto. Gritamos los dos como si cayéramos a la vez de un acantilado y nuestros cuerpos rebotaran contra el suelo. Se vuelve a encorvar sobre mí. Mi semen llega a su pecho, hasta el cuello. Siento su polla bombeante en mi interior.

Me da unos últimos besos y me acaricia con su mano empapada. Respira fuerte.

—Buenos días —me dice entre risas.

—Joder —no puedo ni hablar—. Buenos días.

Acabo de morir. Solo pienso en el tiempo que ha de pasar para poder repetir. No quiero que la saque aún; no quiero que la saque nunca .

22

UNAI

Al despertar, mi cabeza piensa a toda velocidad. La habitación es la misma, el armario está en el mismo lugar, la ventana es igual, incluso las mismas vistas, la mesa..., todo; pero no es *mi* habitación, es otra idéntica de la residencia. Reconozco la ropa y los pósteres en la pared. Estoy en la habitación de Daniel, en su cama. He dormido con él.

Lleva aún el bañador puesto, tal y como vino de la fiesta, y yo voy completamente vestido; me alivia confirmar que no ha pasado nada entre nosotros.

Aparte de estar completamente empalmado, me levanto con muchas ganas de mear; me duele la vejiga. Voy corriendo al baño, me aprieta demasiado y no aguanto más, siento como si tuviera una aguja dentro. Quiero hacer pis, pero me cuesta. Al final, lo consigo y parece que haya abierto el grifo de una presa que tenía más agua de la que podía contener. Daniel entra en el baño también.

—Lo siento —me dice mientras se la saca del bañador, enfrente de mí.

—¡Espera! —le intento parar, no dando crédito.

No me hace caso. Me desplaza a un lado y se pone a mear junto a mí. No puedo evitar mirar; la tiene un poco morcillona. La mañana...

—No podía más —me dice, casi ahogado.

—¿Esto es normal en Madrid? —le pregunto.

Acabo antes y me lavo las manos.

—Tengo ron por todo el cuerpo —me dice mientras se quita el bañador enfrente de mí, quedándose completamente desnudo.

Tiene un cuerpo espectacular. Por suerte para mí, los heteros son como maniquís; desde que sé que prefieren una chica, no siento ninguna atracción. Es como una batalla que, aun pudiéndose ganar, requiere de demasiada pelea.

Quiero salir del baño, pero mientras abre el grifo de la ducha me

dice:

—¿Quién es Álvaro? —Lanza la pregunta mientras se da la vuelta y se frota todo el cuerpo con jabón. No hace el más mínimo esfuerzo para esconder sus partes, que cuelgan con total libertad.

El ruido del agua me obligaría a gritar una historia que no se resume en una frase.

—¿Por qué lo dices? —No recuerdo haberle hablado de él, pero me imagino lo peor.

Cierra el grifo y sale de la ducha. No puedo evitar pensar que tiene un pene que no está nada mal, algo que ya se intuía en los entrenamientos. Coge una toalla pequeña y recorre todo su cuerpo, secándose mientras me habla. Está completamente depilado.

—Ayer me decías que no te podías quitar a Álvaro de la cabeza. Luego, creo que me empezaste a confundir con él.

—¿Me puse muy pesado? —Me muero de la vergüenza.

—Más bien, te pusiste cariñoso... —dice riéndose—. Me abrazabas y me dabas besos en el cuello. Te dejé hasta que quisiste besarme los labios, ahí te frené. Lo reconozco. —Se pone la toalla alrededor de la cintura, pero apenas le tapa nada.

Volvemos a la habitación.

—Hace unos meses conocí a un chico —le explico—. Hemos pasado todo el verano juntos.

—Y estás completamente enamorado de él. —Me mira comprensivo—. ¿Pero estáis juntos?

—Él no quería tener una relación a distancia, y yo le insistía en intentarlo. Le prometí que nos veríamos muchos fines de semana, pero... está siendo casi imposible...

—Si os queréis —me dice—, acabará funcionando.

Sonríó para cerrar el tema, pensando en que lo he dejado en Barcelona. Además, que él se vista delante mío, como si estuviera solo, le quita hierro a la situación.

—Lo siento si ayer te jodí la noche —me disculpo, imaginando que tal vez no pudo irse con la chica que le gustaba.

—¡Para nada! —sonríe—. Estuve hablando con Jess toda la noche, después viniste tú y te cuidé.

—Pues eso, que lo siento.

—Para nada, gracias a ti. —Me da un beso en la mejilla—. Ella vio lo buen amigo que soy porque antepuse mi amistad a echar un polvo con ella, así que me hiciste quedar de puta madre. Hemos dicho de vernos esta tarde.

Me río.

—¿Bajamos a comer algo? —me propone.

—No puedo, quiero llamar a Álvaro. Estará en su casa cagándose en mí por no haber ido a verle. Y luego me pasan a buscar para lo de las fotos.

—Ok —me responde—. Cualquier cosa, me llamas. Y... dile a Álvaro que tiene mucha suerte; besas muy bien.

Me dirijo a mi habitación, que está a unas pocas puertas, en el mismo pasillo. Marco el código y entro. No tengo apenas batería. Conecto el móvil al cargador y le llamo. No me responde. Al cabo de un rato, me devuelve la llamada.

—¡Buenas! —Tiene también cara de sueño. Intento descifrar, con su cara, si salió anoche, si se ha quedado en casa, si ha estado con alguien...

—Vaya carita... —le digo—. ¿Saliste ayer?

La pregunta, en realidad, es: «Dime todo lo que hiciste».

—Bueno... —me responde—. Salí a tomar algo con María y... se alargó un poco la cosa. ¿Y tú?

Me alegra haber salido y no haberme quedado encerrado en mi habitación.

—También —le explico—. Ayer celebramos Halloween en la residencia. Estuvo bien.

—¿Un Halloween con deportistas de élite? Me imagino lo peor.

—Qué va... —me río—; como una fiesta normal. Lo que mucha gente iba en bañador, eso sí. Se ve que es tradición.

—Si yo fuera deportista de élite, con ese cuerpo, iría hasta al Lidl en bañador...

Escucho un sonido raro, como si hubiera alguien más en su casa.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto con un dolor de barriga impresionante. Siento que, desde que no estamos juntos, está más distante.

—El gato —me responde, sonriente.

—¿Qué gato? —No me hace gracia—. Si tú no tienes gato.

Hace buena cara. No quiero pensar que haya podido amanecer junto a alguien.

—Es broma —me dice—. Es María, que se ha quedado a dormir en casa.

—¿Ah, sí? No me lo habías dicho. —De repente me entran todas las inseguridades.

—Te lo estoy diciendo ahora.

Me imagino de todo. Si fuera su amiga, me lo hubiera dicho desde el primer momento.

—¿Es María o estás con alguien? —se me escapa preguntarle, aunque intento que parezca una broma.

—Que no, que es María, ¿o no me crees?

La distancia no me sienta bien, y no haber dejado claro lo nuestro me sienta peor.

—¡María! —grita—. Unai quiere saludarte.

No hay respuesta.

—Creo que se ha metido en la ducha —me dice Álvaro—. Bueno, ¿qué tal por ahí? ¿Has conocido a mucha gente?

—Qué va. Estuve con Daniel toda la noche.

—¿Daniel es tu compañero?

—Bueno, sí, con el que entreno y prácticamente con el único que me hablo.

—No me habías dicho su nombre todavía... —se ríe—. ¿Está bueno?

—No está mal... —intento causar intriga—. Pero es hetero, no te preocupes.

—¡Ah! Me había puesto celoso ya.

Le digo su perfil de Instagram, lo busca y lo comentamos un poco. Daniel ya ha subido fotos de la fiesta.

—Y lo típico; gente que conoces de fiesta. Lo que son todos frikis del deporte.

Nos quedamos en silencio. No está muy hablador.

—Álvaro —le digo—. Te echo de menos.

—Yo también —responde—. Se me está haciendo raro que no estés aquí. Además, estoy avanzando con mi proyecto y es extraño no

comentarlo contigo.

—¿Sí? —Ese proyecto lo siento casi mío también. Si sale, siempre pensaré que lo empezó junto a mí—. ¿Cómo va?

—Bien —sonríe, se le ve ilusionado—. Ya he planteado los capítulos y la guía en general. La voy a dividir en planes de noche, planes de día y planes de fin de semana. Para los planes de noche, haré lo más habitual: bares, restaurantes y demás. En planes de día, haré las rutas turísticas por la historia LGTBIQ+ de Barcelona y también sitios actuales. Y se me ocurrió hacer planes de fin de semana, o sea, escapadas a sitios como Sitges, la playa del Torn, Sant Pol, El Prat o cosas que queden cerca.

—Básicamente, lo que hacíamos tú y yo —me río.

—Exacto, lo que hace cualquier marica de la ciudad.

—Está genial —le digo—. Puedes añadir un calendario, también, con algunas fiestas como por ejemplo el Carnaval, el Pride...

—¡Es verdad! Mañana tengo reunión con mi tutora. A ver qué dice. Algo hay en esa conversación; no acaba de fluir.

—Lo que tienes que pensar, siempre —no puedo evitar querer ayudarle—, es lo que le contarías a un amigo tuyo que quisiera ir a Barcelona. Qué fechas le aconsejarías, qué planes, etc. Si lo haces en ese plan seguro que funciona, así no queda tan serio ni tan institucional.

—Tienes razón... —de repente, cambia de actitud—. ¿Te parece si hablamos en otro momento? Vamos a ir a hacer el vermú.

—Oh —me entristezco—. ¡Me estás sustituyendo por María!

—Ah —responde en broma—. ¡No haberte ido!

—Por cierto —le digo—. Siento haber pensado que estabas con un tío.

No descifro su cara.

—Qué va, tranquilo.

—Dale un beso a María.

Nos despedimos y colgamos la llamada.

Veo el contrato sobre mi escritorio y leo la cifra una vez más. Es mucho dinero. No me puedo creer que esté a una firma de cumplir el sueño de cualquier deportista. Pienso en todo el tiempo invertido, en todas las semanas enteras en las que apenas tenía una tarde

libre, los meses en los que no he podido hacer un viaje, en los que apenas he podido disfrutar de mis amigos... ¿Y si ese no es el camino que realmente quiero? Firmar este contrato hará que no vea a Álvaro más que... ¿una vez cada dos meses en el mejor de los casos? Pienso en aquel niño que apostó por el mundo de los saltos, le brillarían los ojos ante este momento, pero ¿y si ese niño no era consciente de todo lo que tendría que sacrificar? Toda la vida he hecho lo que creía correcto, pero es que tal vez me he estado equivocando.

Hay algo que me impide firmar.

Sujeto el contrato con la mano y, como si algo se apoderara de mí, lo rompo por la mitad en dos pedazos, luego en cuatro, luego en ocho... hasta que no logro hacer pedacitos más pequeños .

23

ÁLVARO

Después de un fin de semana raro —porque la palabra es *raro*—, empiezo una semana que pretende ser un poco más productiva. Hoy tengo la reunión con mi tutora del TFG, Lourdes. La idea de la guía le pareció muy buena y le tengo que presentar los primeros avances. Estas reuniones ya cuentan para nota.

Thiago me ha escrito hace un rato.

THIAGO:

Ey, Álvaro. ¿Qué tal?

ÁLVARO:

Hombre... el que se va sin despedirse.

THIAGO:

Ah... Vi que estabas hablando con alguien y me fui.

ÁLVARO:

Podrías haber enviado un mensaje, al menos. Pero tranqui, hablaba con un amigo.

¿Por qué no le digo que hablaba con Unai? ¿Por qué no soy capaz de explicárselo? Thiago se le ve a la legua que solo quiere algo para una noche. Me parece hasta raro que me haya escrito.

ÁLVARO:

¿Todo bien?

Que no me vuelva a liar con él no significa que no podamos seguir hablando. Tal vez seamos amigos.

THIAGO:

Sin más. Un poco rayado.

ÁLVARO:

¿Rayado? ¿Por?

Me subo en el metro y voy camino hacia la universidad; es raro tener algo presencial. Sigo hablando con él.

ÁLVARO:

Joe , me sabe mal.

THIAGO:

Nada, a veces me pongo a pensar en cosas y... yo qué sé.

ÁLVARO:

Habérmelo dicho. Podemos hablar si quieres.

THIAGO:

Ah, tranqui. ¿Quieres venir a mi casa?

ÁLVARO:

¿Ahora?

Mierda. No quiero que me ofrezca ir a su casa.

ÁLVARO:

Tengo tutoría con la profe para el trabajo de una guía. AlvariTours se llama ;)

THIAGO:

Ah, ok.

ÁLVARO:

¿Te gusta el nombre? Es para una guía gay de BCN.

THIAGO:

Está bien.

No quiero aburrirle, así que dejo el tema de la guía para no parecer pesado.

Pienso en si quedaría con él; pienso en el sexo y en lo espectacular que fue. Pero no quiero empezar nada. Una cosa es un desliz de una noche; otra, recaer más veces. Se me pasan mil cosas por la cabeza. Thiago no me gusta, solo me divierte. Pero mis dedos pueden más que mi cabeza.

ÁLVARO:

Puedo venir después de la tutoría si quieres. ¿Dónde vives?

No responde durante un buen rato, por lo que me quedo con mal cuerpo. Me jode que lo pase mal, me jode que me deje a medias, me jode que sea él quien me diga que no.

THIAGO:

Da igual, quedamos otro día.

ÁLVARO:

No, ¿por? La tutoría irá rápida, tampoco tengo mucho preparado.
¿Dónde vives?

THIAGO:

Que da igual, me apetecía ahora, que me he despertado cachondo... Ya sabes ;)

En ese momento me envía una foto en la que deja claro lo que le apetece hacer. Se le ve con la mano estirando la goma del pantalón de su bóxer. Está empalmado, pero solo se le ve un par de centímetros, desde la raíz hasta medio tronco. Está durísimo. Vuelvo a revivirlo todo. También me manda ubicación. Vive un poco lejos; se llega con el mismo metro en el que estoy, pero en dirección contraria. Tardaría más en llegar de lo que pensaba.

ÁLVARO:

Es que no puedo dejar la tutoría porque también puntúa. Seguro que puedes aguantar un poco.

ÁLVARO:

Vengo más tarde y me haces lo que quieras.

Tarda en responderme, a pesar de estar conectado.

THIAGO:

Ni te preocupes. Quedamos otro día.

Otro día no va a querer; si quiero algo, tiene que ser ahora. Me pongo nervioso porque no me apetece que se líe con otro. No voy a perder la oportunidad de repetir lo del fin de semana. Me cago en la tutoría. Quiero tirarme a este tío.

Le mando un *e-mail* a mi tutora y le digo que me he despertado muy mal y que no podré asistir a la reunión. Escribo también a

Thiago para decirle que voy a su casa. Bajo del metro y corro hacia el otro lado de la estación para coger el primero que pase hacia la otra dirección.

ÁLVARO:

Voy para allá.

Paso todo el viaje sin recibir respuesta. Se me hace eterno. Vive casi al final de la línea y, cuando al fin llego a su parada, me responde.

THIAGO:

Ven en una hora o así.

ÁLVARO:

¿¿Cómo??

No quiero decirle que estoy ahí. No quiero hacer el ridículo. Otra vez.

ÁLVARO:

Estoy viniendo.

THIAGO:

¿¿¿En serio??? Jajaja. ¿Pero por qué tanta prisa?

ÁLVARO:

Me has dicho que te has despertado con ganas.

THIAGO:

Ya, pero... No pensaba que vinieras ya.

ÁLVARO:

Es que te he dicho de ir más tarde y me has dicho que no...

THIAGO:

Ya... es que me apetece mucho. Pero espérate a que me duche y vienes.

ÁLVARO:

Bueno, aún me queda un rato.

Me siento demasiado idiota dando vueltas por su zona y pensando en que me estoy arrastrando por un tío con el que ni siquiera quiero

nada serio... Vuelve a escribirme al cabo de mucho rato.

THIAGO:

Mierda...

ÁLVARO:

¿Qué pasa?

THIAGO:

Me acaban de escribir de un piso.

ÁLVARO:

¿Has conseguido uno? ¡Me alegro!

THIAGO:

No, no, no. Me dicen de ir a verlo ahora. Tío, lo siento. ¿Te importa si quedamos otro día?

ÁLVARO:

¿No les puedes decir de ir más tarde?

THIAGO:

Es que paso de que vaya alguien antes y le den la habitación. Está muy mal el tema. Entiéndelo, Álvaro. Necesito encontrar algo ya.

ÁLVARO:

Pues nada...

THIAGO:

Hablamos más tarde.

Mientras me voy, me llega un *e-mail* de mi tutora.

Hola, Álvaro. Aunque no vinieras a la tutoría, tenías que entregar lo que tenías avanzado del trabajo: desarrollo de la idea, calendario de entregas y las veinte primeras páginas. En vista de que no has entregado nada, esta primera tutoría queda suspendida. Nos vemos en un par de meses .

24

THIAGO

Odio ir cachondo porque escribes a la primera persona que se te pasa por la cabeza. Un polvo con Álvaro, sí; pero escuchar sus historias de niñato, no, gracias. Además, ya me lo he follado, así que a por otro. No entiendo a la gente que busca desesperadamente pareja. Al final, son todo problemas y dar explicaciones. Si estoy mal o estoy bien es cosa mía, nadie a mi lado hará que cambie nada. Las relaciones son tóxicas por naturaleza, y más entre tíos. Siempre hay uno de los dos que tiene más pasta, que está más bueno o que cae mejor; siempre hay uno superior al otro. ¿Qué sentido tiene tener en casa a alguien que te supera en todo? O al revés: ¿para qué estar cada día con alguien peor? Me daría lástima. Solo entiendo estar con alguien cuando lo necesitas; si me faltara dinero, por ejemplo.

Abro Grindr. Por el barrio hay varias oficinas y la gente tiene más ganas de follar que de trabajar. Dicen que van a hacer un recado, a comer o a reunirse con alguien; y, en realidad, están en casa de alguien con una polla en la boca.

Un día fui al Mercadona y, a la hora de pagar, me cobró un cajero que tenía un culazo espectacular; de los más bonitos que he visto. Estaba solo en la cola y le pregunté si no se podía escapar; me dijo que era imposible.

—Espera, se me ha olvidado comprar algo.

Fui a por unos condones XL, los que uso. Además, compré dos lubricantes, uno más acuoso y el otro de silicona, y los puse encima de la cinta. Pasó los condones y, antes de pasar los lubricantes, los cogí con la mano.

—¿Cuál prefieres? —dije.

El tío miraba a su alrededor con miedo. Señaló uno de ellos.

—¿Vives cerca? —me preguntó.

—Justo enfrente, en el número setenta y dos.

—Tengo quince minutos —añadió mientras me cobraba.

—Te espero en el portal. Seré todo lo rápido que necesites.

Aquel tío estuvo viniendo a casa durante semanas; se escapaba en los descansos, a la hora de comer o, según el turno, venía un rato antes. Siempre encontraba un hueco para pasar por casa. Hasta que un día me dijo:

—¿Te parece si un día tomamos algo?

«No, no quiero tomar nada. Quiero follar contigo o que me hagas un descuento, nada más». Le contesté que no quería y, al poco tiempo, desapareció.

Llaman a la puerta de mi habitación; son los pesados de mis compañeros de piso.

—¿Qué pasa?

Entran. Me dan tan igual que ni disimulo estar con la bragueta abierta, que miren lo que quieran.

—Llevas dos meses sin pagar —me dice el capullo número uno—. Hoy te largas.

—Esta tarde os pago.

—Eso dijiste el mes pasado —dice el capullo número dos—. Esto no es una ONG. Además, mi primo necesita una habitación y se va a quedar en la tuya.

Sabía que tarde o temprano sucedería, pero no esperaba que fuera hoy.

—Me hacéis un favor. Este piso da asco —les digo levantándome y empezando a recoger mis cosas.

Empaquito toda la ropa que tengo en el armario. No es mucha. Cuando no tienes casa fija, te acostumbras a vivir con una maleta, como si estuvieras siempre de viaje.

Una mierda.

Bajo a la calle a toda prisa. Saco el móvil y busco contactos. No tengo a nadie. No tengo ni para una noche en ningún sitio. Y no puedo pedir más pasta a mi abuela o a Antón.

La gente que tiene dinero vive la vida que quiere. Los que no, acabamos siempre arrastrándonos como ratas. Abro el WhatsApp y mando un audio a Álvaro. Me jode, pero no me queda otra.

THIAGO:

Ey, Álvaro. ¿Qué tal? Verás, no te lo quería explicar para no preocuparte, pero...

Me tengo que inventar algo.

THIAGO:

Hoy tenía que irme del piso y, en teoría, me iba a otra habitación. Pero a última hora me han dicho que no me la dan.

Álvaro responde al momento, con un mensaje de texto.

ÁLVARO:

Joder, vaya putada.

ÁLVARO:

¿Y qué vas a hacer?

ÁLVARO:

¿Necesitas algo?

Le mando otro audio:

THIAGO:

No, tranqui, no te preocupes.

Me escribe.

ÁLVARO:

Joder, lo siento. Si necesitas algo, me lo dices. Y si necesitas quedarte en casa... Aquí hay sitio.

Hay tíos que son más fáciles que la tabla del uno. Si fuera tan listo en la vida como lo soy con los tíos, dominaría el mundo. Tal vez no tanto, pero más dinero sí que tendría. Le respondo con otro audio.

THIAGO:

Hostia, no se me había ocurrido. Se lo iba a pedir a un amigo, pero si te va bien que me quede un par de días, de puta madre. Prefiero contigo que con el otro, nos podemos divertir. ¿Te parece si vengo esta noche?

ÁLVARO:

Claro... Ven cuando quieras .

25

ÁLVARO

No le tendría que haber dicho a Thiago que viniera... No quiero que venga, pero me sabe mal saber que alguien se queda en la calle. Además, si viene, se me pasará la tontería con él. He estado todo el día nervioso hasta que ha llegado la noche; le he dicho que cenara en casa.

Preparo un picapica con *pizza* , nachos con guacamole y unas Lay's. Pongo la mesa mientras escucho al máximo la música desde mi altavoz, dejo la *pizza* en el horno y me voy a la ducha. Tengo exactamente veinte minutos.

Aunque las temperaturas no han bajado demasiado, en mi baño suele hacer mucho frío, incluso en verano. Es como si las baldosas del suelo y la pared fueran bloques de hielo. El techo es alto y la ventana que da a un patio de luces hace que siempre me estremezca. Pongo el calefactor de aire. No sabría decir cuántos grados son exactamente, pero, para mí, la temperatura ideal es aquella en la que te puedes quitar la ropa y estar completamente desnudo sin que te tiemble ni un solo dedo, sin que la piel se erice, sin prisa por que salga el agua caliente del grifo; aquella en la que pisas el plato de ducha sin miedo. Aquella, y solo aquella, ni un grado menos, es mi temperatura ideal.

Me enjabono por completo.

Que va a venir Thiago lo sabe cada parte de mi cuerpo. Desde que me bajo el bóxer, siento cómo toda la sangre se concentra entre mis piernas; no puedo evitarlo. Pensar en él me produce algo químico que no me había pasado antes. A base de roces inevitables con la ducha, mis manos y el agua, acabo duchándome totalmente empalmado, haciendo esfuerzos por no empezar a masturbarme. Al final lo hago, pero durante cinco segundos contados, pensando en todo lo que haré después. Me lavo bien todo el cuerpo.

Por si acaso, desenrosco el teléfono de la ducha y uso el tubo para

limpiarme bien el culo; pienso en todo lo que podemos hacer y quiero estar perfecto.

El roce de la toalla no ayuda a calmarme. Podría masturbarme y tener sexo igualmente, pero prefiero darlo todo luego. Limpio el vaho del espejo; abro un poco la puerta para airear y me entra un pequeño escalofrío. La música sigue sonando a lo lejos.

Me seco entero. Me pongo un *slip*, que me queda justo debido a la erección, que no me baja hasta que me visto y voy a la cocina a por la *pizza*.

Cuando Thiago llama al timbre, siento que estoy nervioso. He puesto la mesa, los platos, los cubiertos y una vela en medio.

—¡Bienvenido! —le digo al recibirlo, intrigado por si me saludará con un abrazo, dos besos o... uno solo en los labios.

Thiago sonríe y, sin cruzar el marco de la puerta, ve el ambiente que he creado en el salón. Además, he puesto un poco de música tranquila, como de restaurante de lujo.

—¿Qué has preparado? —dice extrañado.

—Algo de cena.

—Voy un poco sudado de todo el día.

Lo veo más callado de lo que esperaba; dudo si viene a casa por pura necesidad o si le hace ilusión quedarse conmigo.

—Si quieres, puedes ducharte. Te he preparado un juego de toallas para estos días. ¿Tienes hambre? He preparado cena.

Espero en el salón mientras él se ducha. Apenas tarda un minuto. Al terminar, grita mi nombre. Me acerco y me asomo por la puerta. Va con la toalla puesta en la cintura, trago saliva.

—¿Me dejas algo de ropa? Tengo toda la ropa sucia.

Voy a buscar algo que le pueda quedar bien; pienso también en algo que le pueda quedar sexi... Encuentro un pantalón de chándal que a mí me va un poco grande, él es más alto y corpulento que yo. No le doy ropa interior; además, mi talla M no creo que le quepa. Para la parte de arriba, le doy una camiseta blanca de manga larga.

Me acerco al baño, estiro la mano y le espero en el salón.

Saco la *pizza* del horno; tal vez sea un poco pequeña. Voy a buscar una botella de vino que lleva un tiempo en la cocina. Recuerdo que la compramos con Unai. En la etiqueta sale una ilustración de un

robot: dijimos que aquel dibujo era de lo más absurdo y nos preguntamos qué sabor tendría un vino con un robot en la etiqueta... Al final, la compramos por menos de seis euros, estaba de oferta, pero la botella se quedó ahí. Ni siquiera me pregunto si abrir ese vino se considera traición; no creo que me gustara la respuesta.

Agarro la botella por el cuello y, con la navaja de sierra, recorto el aluminio. Introduzco el tirabuzón de acero, girándolo levemente y apretando con fuerza, intentando hundirme recto. Los abridores de vino de dos asas siempre me han recordado a bailarinas que saltan a cámara lenta, subiendo y bajando brazos y piernas. Bajo las dos palanquitas y descorcho la botella, con ese sonido tan característico y ese olor a... ¿cena romántica?

Dejo la botella en el centro de la mesa y me siento.

Thiago sale del baño y, al verle, siento una mezcla rara entre risa, ternura y excitación. Verle con mi ropa me hace gracia, y más saliendo por esa puerta con cierta cara de desubicación. Verlo de noche, tras una ducha antes de cenar, me provoca cierto sentimiento de calor hogareño que hacía días que no sentía. Pero no deja de ser Thiago, sus hombros anchos, su pectoral, su torso, que queda perfectamente dibujado bajo la camiseta blanca que le llega a la cintura... Y el pantalón de chándal, ancho por arriba y estrecho por los tobillos, que al andar le hace bambolear algo que no está sujeto con ropa interior.

Se acerca en silencio hacia la mesa y se sienta enfrente de mí.

—Un poco exagerado todo, ¿no? —Es lo primero que dice.

—Bueno, no me costaba nada. Para que estuvieras a gusto tu primera noche.

Sonríe confuso y mira hacia donde ha dejado sus cosas.

—Estaré muy pocos días. No soy de aprovecharme de la gente.

—Lo sé. Y no te preocupes. El tiempo que estés aquí, que estés a gusto.

Observa el tocadiscos.

—¿La música viene de ahí? —me pregunta.

—Qué va. Me lo regalaron, pero no tengo ningún disco. Es un tocadiscos sin disco. O sea, un *tocanada*.

No se ríe. Es la típica broma absurda que a Unai le hubiera hecho

gracia. Al menos, eso hubiera fingido.

Vuelve a mirar hacia la mesa, extrañado.

Cenando, parecemos dos completos desconocidos; de hecho, es lo que somos.

—¿Quieres vino? —ofrezco.

—No, gracias. ¿Tienes Coca-Cola?

—No me queda...

—Pues nada. ¿Agua?

Acabamos bebiendo agua, dejando la botella abierta en medio de la mesa.

Intentamos arrancar varias conversaciones, pero todas quedan en apenas cuatro frases. Hablamos de pisos, alquileres, compañeros, la convivencia... Por suerte para mí, poco a poco empieza a fluir la conversación. La cena ayuda y empezamos a hablar de comida, de lo que sabemos hacer cada uno y de nuestras preferencias a la hora de cocinar. Me doy cuenta de que él domina mucho más que yo, que apenas me defiende con platos precocinados, congelados y sitios baratos.

Cada vez estamos de mejor humor y tocamos algún tema de actualidad, incluso hablamos de política; la carta del tiempo y la temperatura no ha hecho falta jugarla.

Al poco rato, se anima con el vino. Nos servimos dos copas y hablamos de cosas menos serias. Si al principio sonreíamos forzosamente, ahora soltamos alguna carcajada.

No hay postre, detalle que siempre olvido. Entonces, Thiago coge de su maleta un pequeño paquete de chocolatinas que ha traído.

—Son del Mercadona —me dice—. Me las descubrió un amigo que trabajaba ahí.

Nos sentamos en el sofá con las copas rellenas, uno al lado del otro, tocando nuestras caderas. Empezamos a jugar con la música, a poner algunas canciones que nos gustan, a descubrirnos algún grupo.

Mientras estoy buscando con el móvil un vídeo que quiero enseñarle, Thiago me pasa la mano por detrás. Me acaricia la espalda y la acaba introduciendo por debajo de mi pantalón. Sé que no debería hacerlo, pero me engañaría a mí mismo si dijera que no

lo estaba esperando.

Acabo dejando el móvil en la mesa. Da igual lo que suene a partir de ahora. Le miro y mis ojos quedan a la altura de sus labios, los miro de frente; con la boca entreabierta, puedo verle un poco los dientes, que parecen estar a punto de morder.

No paro de pensar que es el tío de las duchas y que ahora lo tengo a centímetros de mí, sintiendo su respiración en mi frente. Se me acelera el corazón.

Le miro el pantalón que le he prestado y veo lo que deseaba ver desde que los he elegido: su erección levanta la tela como si fuera un tronco sujetando una carpa. Se me nubla la mirada. Con la mano, acaricio la tela, como si quisiera comprobar que realmente es su polla. Y lo es, vaya si lo es. Se me va la mano al interior; no puedo esperar más. Siento el calor, solo al introducirla, pero me arden los dedos al tocarla. La ropa interior puede ser sexi, pero meter la mano dentro del pantalón y encontrarme con algo tan grande y en plena libertad me vuelve aún más loco.

Sonríe, como si le tocara su punto débil.

Me besa con los labios duros, noto esa piel más rugosa suya, que me produce un cosquilleo por el cuello. Me toca con fuerza en los brazos y me mueve con un punto de agresividad que provoca en mí una sensación dispar, entre miedo y deseo.

Se levanta y se pone frente a mí. Yo sigo sentado. Me desabrocho el pantalón y me bajo la cremallera. Siento demasiada presión. Acerca su cintura a mi cara y mordisqueo el chándal, abriendo completamente la boca. Se lo quiero bajar para poder lamerle bien, pero me coge las manos y me las retiene con autoridad. Solo tengo mi cara para sentirlo, mis labios, mis mejillas. Con los ojos cerrados empiezo a darme pequeños golpes. Siento un hormigueo por toda la cara; deseo quitarle la ropa. Me agarra por las muñecas e intento moverme, pero no me deja.

—Date la vuelta —me ordena.

Me giro, poniéndome de rodillas, apoyando mis codos en el respaldo del sofá. Tengo los vaqueros subidos, pero no hago nada. Espero. Espero unos segundos frente a la pared, sintiéndome completamente suyo. Siento cómo sus manos me bajan el pantalón

lentamente, con cuidado, dejando mi culo completamente al descubierto, y me entra un pequeño escalofrío. Me empieza a tocar, pero no entiendo, no son sus dedos, es algo más suave, más pequeño. Son sus labios los que rozan mi piel; me da pequeños besos, pequeños mordiscos en el culo. Cada vez se acerca más al centro y noto cómo sus labios y su lengua —también su nariz, el calor de su aliento— se acercan rodeando mi ano. En ese momento lo tengo cerrado, tenso, pero noto como va dilatándose poco a poco de las ganas. Un soplido... Me lame el borde. Siento el calor por todo el cuerpo. Que no pare nunca. Me estremezco, suspiro. Noto, ahora sí, las palmas de sus manos cómo me sujetan las nalgas y cómo las separa con delicadeza. Creo que me va a follar, pero vuelvo a sentir su lengua lamiéndome de abajo arriba. La siento dentro. No solo el húmedo calor de su lengua me produce placer, también sus labios y sentir cómo destensa las paredes de mi recto. Debo de tener los ojos en blanco, porque se me nubla toda la vista. Cuanto más lame, más húmedo me siento y con más necesidad de que me dé más y más. Siento cómo aleja su boca y le oigo escupir antes de notar su saliva contra mi piel. ¡Dios! Siento que besa mi culo como si estuviera besando a alguien con pasión; sus labios, sus dientes y su lengua se introducen cada vez más profundamente.

Nunca había sentido nada igual.

Miro atrás y veo cómo él se baja el pantalón de chándal. Lleva la camiseta blanca, que se ha arremangado hasta los codos, y me fijo en su antebrazo peludo. Le miro los labios, los mismos que me estaban lamiendo. Me mira serio.

Thiago me acaricia la espalda con las manos y me quita la camiseta. No me muevo, sigo apoyado en el respaldo del sofá, frente a la pared y deseando que me haga de todo. Cierro los ojos y me dejo llevar. Soy suyo.

Oigo sonidos de boca, lengua, saliva... Me giro y veo cómo suelta un hilo de saliva hasta su polla y se la humedece. Me impaciento.

Me coge por las caderas y ajusta mi culo a su altura. Yo arqueó la espalda, al tiempo que noto cómo su glándula me da algunos golpes suaves. Después, sus dedos húmedos me acarician, me manosean, abriéndome, dilatándome, relajándome. Me introduce uno, haciendo

pequeños círculos, luego otro.

Oigo cómo abre un condón, cuando me giro se lo está terminando de colocar con esa agilidad suya.

Separa mis nalgas, las abre un poco, y siento cómo se mete muy lentamente dentro de mí. Le oigo echar saliva encima de mi ano, que ya cubre con totalidad su glándula; lo noto. A pesar de que me ha introducido solo la punta, ya me siento dilatado.

Gimo cada vez que siento cómo Thiago se adentra unos centímetros más.

Él me acaricia la espalda con la yema de sus dedos, recorriendo mi columna. Al principio es suave, luego siento cómo arquea sus dedos y sus uñas arañan mi espalda. En ese momento, se adentra algunos centímetros más dentro de mí y deseo que entre completamente. Ya no hay dolor por roce, ya no hay nada que dilatar, ya es todo placer. Retrocede un poco, para tantearme y, al oírme gemir, introduce su polla entera dentro de mí.

Thiago se balancea; le siento dentro y también dándome golpes con su pelvis. Cada vez, la velocidad es mayor, también la fuerza con la que me golpea. El placer es más intenso cada vez. Todo lo que toca me produce placer. Me quiero masturbar, pero me sujeta las manos y las pone contra mi espalda, como si me esposara.

La intensidad aumenta. Me doy algún golpe contra la pared. No puedo hacer nada más que no sea gritar y gemir, cada vez con más fuerza. Me giro para verle: le suda la frente, se le marca la vena en el cuello; tiene una mirada agresiva.

—Si no paras, me voy a correr —le digo.

Se pone de rodillas en el sofá, justo detrás de mí. Me abraza, me sujeta la cabeza, con su boca me muerde el lóbulo de la oreja.

—¿Te gusta? —me susurra. Su voz es grave.

—Mucho —le digo entre jadeos y casi sin aliento.

Me aprieta tanto contra el sofá que siento mi polla atrapada entre mi abdomen y el respaldo, pero él me sigue follando fuerte. Me tiene completamente atrapado entre sus manos. Aunque lo intentara, sería imposible escapar; ojalá pudiera quedarme en ese momento para el resto de mi vida.

Su mano me busca y me empieza a masturbar a la vez que me

folla con más velocidad. ¿Cómo puede hacerlo tan bien? El orgasmo es inminente. No quiero correrme, pero el placer que siento es cada vez mayor y siento que podría explotar. Grito, mis piernas tiemblan. Le siento jadear en mi oído, gruñendo como un animal a punto de atacar. Su mano me masturba a una velocidad que parece irreal. No puedo aguantar más. Es como si, con su polla, me empujara todo el esperma hacia fuera y noto cómo mi semen recorre toda mi erección hasta salir disparado. Grito. Echo la cabeza hacia atrás para sentir a Thiago, sentir en mi espalda su pecho, quien me sigue empujando; siento su cabeza, su cuerpo, todo pegado a mí. Él también grita de placer.

Nos corremos a la vez, como si fuéramos un único cuerpo. Nos quedamos encajados durante algunos segundos; respirando, recuperando el aliento, con el corazón latiendo como si se fuera a salir.

En este sofá no he vivido nada similar ni recuerdo haber sentido nunca nada igual.

Su erección no baja y la sigo sintiendo dentro de mí. Me empieza a doler, pero no quiero que salga. No quiero que sea el último polvo que eche con él .

26

UNAI

Lo que parecía la oportunidad de mi vida se está convirtiendo en una pesadilla.

El tiempo en Londres cada vez es peor; hace semanas que no veo el sol. Los días son cada vez más cortos y apenas respiro el aire de la calle, lo único que hago es entrenar, entrenar y entrenar. Y, cuando tengo un rato libre, me quedo en la habitación e intento hablar con Álvaro, que cada vez está más distante. Le pido que venga a verme, pero su TFG lo tiene demasiado ocupado y dice que no se puede coger un fin de semana. Siento que todo se empieza a escapar de mi control.

Mi rendimiento no está siendo el mejor. Los saltos que hago son cada vez más sencillos; no arriesgo, no mejoro. Mi entrenador no me dirige la palabra más que para lo estrictamente necesario. Me cerró un contrato espectacular que yo he rechazado, dejándole mal frente a la marca y el club. A veces pienso que no quiero seguir aquí.

Entro en el London Aquatics Centre y todo el frío de la calle se transforma en una bola de calor húmedo, casi asfixiante. Voy a los vestuarios y ahí está Daniel.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta extrañado—. Llegas una hora tarde.

—Lo sé.

—Joder, podrías haber avisado.

—¿Qué más te da? Es mi problema, no el tuyo. —No entiendo qué mosca le ha picado. No suele meterse en los asuntos de los demás.

—¿Ah, no? —me responde—. Hoy han venido para ver quién competía para los saltos en pareja.

¡Joder! Se me había olvidado por completo.

—Querían probarnos a nosotros dos. Misma estatura, físico parecido, éramos la pareja perfecta. Pero no. Otra oportunidad que mandas a la mierda. Esta vez, arrastrándome a mí.

—Lo siento, lo siento. No me acordaba.

—Ahora ya da igual.

—Lo siento, de verdad. Joder, Daniel. Es que no estoy seguro de que haber venido haya sido una buena idea.

—¿Cómo? —Daniel no se lo cree—. Es la ilusión de cualquier puto atleta. Entrar aquí, que te ofrezcan contratos, que tengas el futuro mínimamente asegurado...

—No me hables.

—Tranquilo, que ya no te hablaré. Pero que sepas que la estás cagando.

Nos quedamos en silencio. El club en contra, Daniel en contra, Álvaro ausente...

No tendría que haber venido.

Entramos en la piscina. El fuerte ruido del agua, el eco de la gente y los gritos me envuelven por completo. Hay otro entrenador y me pega un discurso en inglés que ni siquiera me molesto en entender.

Sé perfectamente lo que tengo que hacer: subir a la plataforma de diez metros y saltar, como lo llevo haciendo toda mi puta vida. Me coloco en el borde. Antes de saltar, recreo en mi cabeza todos y cada uno de los movimientos.

El entrenador me da la señal. Levanto los talones, avanzo, totalmente a la par, cojo impulso y salto.

Desde el primer momento noto que lo he hecho mal. Debería impulsarme para conseguir caer de cabeza, pero pierdo por completo el control de mi cuerpo y siento que me precipito como si fuera una rama que cae de un árbol. Oigo los gritos. Caigo de plancha, boca abajo, sintiendo todo el agua contra mi cuerpo, mi estómago, mis pulmones y mi cara...

Daniel se lanza a la piscina para socorrerme.

—¿Estás bien? —me dice mientras me ayuda a llegar al borde de la piscina.

—Sí, sí. —Siento mucho dolor pero no quiero que nadie haga nada —. Estoy perfecto.

Salimos del agua y me mira.

—Unai...

—Me tengo que ir. —Sin dar más explicaciones me dirijo al vestidor.

Cojo el móvil y escribo a Álvaro.

UNAI:

Álvaro, voy a bajar este finde a Barcelona. Necesito verte.

ÁLVARO:

Ostras... Justo estoy fuera.

UNAI:

¿Y eso?

ÁLVARO:

Es que el domingo María estrena *Madame Bovary* . Y nos vamos de retiro antes del gran estreno.

UNAI:

Y el domingo, ¿estarás?

ÁLVARO:

Sí, pero... es el estreno de la obra. No tendré mucho tiempo. Ven el fin de semana siguiente.

Me rindo...

UNAI:

Vale. Te echo de menos...

Espero a que responda un «Yo también, qué ganas de verte» o «Nos vemos», pero no escribe nada más.

No puedo esperar más.

No puedo evitar mirar vuelos.

Necesito verle aunque sean cinco minutos.

Termino comprando un vuelo para este domingo .

27

THIAGO

Vivir con Álvaro se me está haciendo un poco cuesta arriba. Cuando me pregunta si me apetece ver una película o empezar alguna serie pienso: «Es tu ordenador, pon la película que quieras y la serie que quieras». No me gusta que nadie me espere para cenar; podemos hacerlo a horas diferentes o con picar algo ya hay más que suficiente. Tampoco necesito hablar de música con nadie, de lo que pasa en el mundo o de lo que he hecho durante el día.

El sexo con él no está mal, pero quiero tíos nuevos, no comer cada día lo mismo.

Espero poder irme pronto.

De camino al gimnasio, al que también vamos juntos, veo un cartel de una fiesta que hay este domingo; es la Churros con Chocolate, un tardeo al que van todos los maricones de Barcelona. Hay un código QR. Voy a coger mi móvil, pero toco en el bolsillo y no lo llevo encima.

—¡Mierda! —Lo he olvidado en casa—. Me he dejado el móvil.

—¿Otra vez? —dice con una sonrisa de medio burla—. Yo es que no puedo salir de casa sin él.

—Ni yo. Pero... Yo qué sé. Se me olvida. —Cuando salgo de casa, pienso en otras cosas. No en si llevo o no el móvil.

—¿Puede ser que esta semana sea la segunda vez que...?

—Joder —le corto—. ¿Puedes mirar ahí si hay entradas?

Álvaro se queda un poco parado. Aun así, se acerca al QR.

—Alguna vez me han hablado de esta fiesta —me dice.

Aunque tuviera el móvil, no tengo dinero suficiente en la cuenta para comprarlas.

Es mi oportunidad.

—¿Te apetece que vayamos este domingo?

—No puedo, es el estreno de *Madame Bovary*. María no me lo perdonaría.

—¿Y no puedes ir otro día? —insisto.
—Es el estreno, no puedo fallar.
—Joder, Álvaro... —Necesito que venga—. ¿A qué hora es?
—A las ocho de la tarde.
—A la fiesta podemos ir a las seis y luego a las ocho te vas.
—Que no. Además, nunca he ido. No sé si me va a gustar.
—Te va a encantar. —Le abrazo por detrás y le beso el cuello.
Sé que, en el fondo, le es imposible decirme que no a nada.
—Está bien. Así la conozco... Podemos comprar luego las entradas.
—Es que... —tengo que inventarme algo— se agotan rápido.
Cómprala tú y ya te lo pago.
Me mira un poco raro.
—Y te lo doy con lo demás que te debo.
—No te preocupes —termina diciendo—, a la Churros te invito. Lo otro, ya me lo devolverás .

28

UNAI

Las dos horas y pico de vuelo se me han hecho eternas. El taxi me lleva al centro de Barcelona por la Ronda Litoral; aun siendo oscuro, veo el inmenso cementerio de Montjuic a mi izquierda. A mi derecha, miles de contenedores amontonados como si fueran un lego inmenso; es el puerto de Barcelona.

He buscado la obra de María. Es en el teatro Apolo y parece que termina antes de las diez de la noche. Llego justo para esperar a Álvaro en la salida. No sé si se alegrará o no de verme. Necesito hablar con él, sentirle cerca, mirarle a los ojos y que no sea a través de ninguna pantalla.

—¿Aquí le va bien? —el taxista me deja enfrente del teatro; solo tengo que cruzar la calle.

—Perfecto. —Le pago y salgo del taxi.

Sonrío frente al cartel de *Madame Bovary* y al ver, en grande, el nombre de María Luque, junto al resto de los protagonistas. Todo apunta a que la obra aún no ha terminado .

29

ÁLVARO

Thiago tenía razón: esta fiesta es espectacular. Por el nombre siempre me había echado para atrás, pero es una pasada.

La música es la que me gusta para bailar. Así como en las emisoras ponen clásicos de ayer, hoy y siempre, en esta fiesta ponen el petardeo de ayer, hoy y siempre. De pared a pared, hay colgadas unas guirnaldas con el cartel de la fiesta. Parece más una fiesta de pueblo que una discoteca. Han repartido tubos de espuma de colores y la gente juega. En el escenario, además del DJ y los *drags*, hay como un muñeco hinchable, bailongo, que del aire parece que baile con los brazos al ritmo de la música. Hay todo tipo de gente; desde tíos de mi edad hasta hombres que podrían ser mis padres. Pero el ambiente es bastante bueno, no parece el típico postureo de otras fiestas.

Es la primera salida que hago con Thiago. Cuando hemos salido de casa, me ha parecido que él iba demasiado sencillo, con una camiseta de tirantes negra; yo, en cambio, he buscado una camisa con un estampado original y me he abierto los primeros botones de arriba. El resultado: Thiago está sexi, enseñando sus brazos, su axila cuando se mueve y parte del torso, y yo parezco un niño que sale por primera vez de casa y que tiene que llegar antes de medianoche o si no le pegan bronca. A pesar de ello, Thiago está especialmente cariñoso. Desde que hemos entrado que me va abrazando, me ha dado algún pico y me va sonriendo.

Se acerca a mí, me coge del cuello y me da un beso. Yo me derribo. Me excito. Me pone demasiado.

—¿Tomamos algo? —me dice después de besarme.

—Claro. Te invito —le digo; sé que Thiago no tiene mucho dinero. Llevamos bastante rato y no hemos parado de beber .

30

UNAI

Ha salido todo el mundo del teatro y ni rastro de Álvaro. Temo haberle perdido sin querer. Veo a María a lo lejos y me acerco a ella.

—¡Unai! —Su cara es de sorpresa y extrañeza a la vez—. ¿Estabas aquí?

—No, qué va. Acabo de llegar de Londres. Estaba esperando a Álvaro, ¿no está por aquí?

Su expresión cambia por completo. Parece triste.

—Hace mucho que no le veo.

—¿Cómo? Si siempre que hablo con él me dice que está contigo...

Su mirada parece decir: «Ni lo sé, ni me importa».

—Me dijo que vendría al estreno, pero al final no ha aparecido. —
Se la ve molesta—. Me suena que iba a la fiesta de aquí al lado. Se
habrá olvidado de que su amiga estrenaba obra ...

31

ÁLVARO

Sin darme cuenta, la sala se ha ido llenando y cada vez estamos más apretados. Del calor, me he acabado desabrochando la camisa. Thiago se ha quitado la suya de tirantes y la lleva colgada a un lado de la cintura. No conozco a nadie, pero me siento super a gusto. Thiago ha ido saludando a gente. A algunos, los saluda sutilmente, como si se conocieran poco; otros se le acercan a darle dos besos y se nota que quieren algo más con él. Con algunos incluso se dan un pico, cosa que me da un poco de rabia.

Suena temazo tras temazo, y estoy eufórico.

Aprovecho cualquier empujón que hace la gente para acercarme a Thiago. No sé si va a significar algo, pero hoy está especialmente cariñoso. Nos vamos dando besos, acercamos nuestro cuerpo, bailamos, arrimamos la cintura... En algún momento no puedo evitar que se me escape la mano a su bragueta.

—Eh, para —me dice, sonriente.

Me cuesta estar quieto. La bebida me ha subido y me siento feliz: estoy en medio de una fiesta gay con uno de los tíos más sexis y hasta parece que seamos novios. Miro a Thiago, que tiene la frente sudada y algún mechón de pelo pegado; su cuello, el pecho y todo el torso... está empapado. Hace mucho calor.

Le cojo de la mano y lo vuelvo a besar.

La gente no para de pasar por nuestro lado. Algunos se paran, otros siguen, algunos le hablan, otros solamente le miran. Unos pasan como si buscaran con quién bailar, otros levantan la copa para asegurarse de que no se les cae.

De repente, a lo lejos, distingo una cara que me resulta demasiado familiar.

Es Unai.

¿Qué hace aquí ?

32

ÁLVARO

—Thiago.

—Dime.

Cada vez que hablamos, tenemos que acercarnos a la oreja del otro. El sonido de la música, la gente, el ambiente..., todo hace que sea completamente imposible oír algo.

Miro a Unai, deseando que no me haya visto.

—Voy a saludar a un amigo.

—Claro —me dice—, sin prisa.

Camino hacia donde está Unai, pero no se puede avanzar; está demasiado lleno de gente. Cada paso que doy, vigilo de no tirarle la copa a nadie, de no pisar a nadie...

Unai está en un lateral de la sala, que está medio metro elevado, haciendo como una pequeña balconada desde donde se puede ver a todo el mundo. Se le ve buscando a alguien.

Llego por un lado suyo. No me ve y le toco el lateral del torso.

Se gira y al verme le cambia la cara.

—¡Álvaro! —Me abraza con fuerza y me da un beso en los labios. Lo primero que pienso es si al besarme sentirá el sabor de haber besado a Thiago...

—¿Qué haces aquí? —le digo, intentando simular más alegría de la que realmente me da.

—¡Sorpresa! —me responde.

—Pero ¿por qué no me has avisado?

—Me dijiste que te gustaban las sorpresas...

La música hace que nos tengamos que dar el mínimo de explicaciones.

—¿Y la obra? —me pregunta.

¡Mierda! Se me ha pasado completamente. Mierda, mierda, mierda. Cojo el móvil y le abro a María. No me ha dicho nada. Luego me inventaré algo.

—¿Se te ha olvidado?

No sé qué responder.

—Es que... —no sé ni qué decir— he bebido un poco y... no sé.

Aunque se me ha bajado todo de golpe.

De reojo, miro a mi alrededor; no quiero que Thiago nos vea.

—¿Con quién estás? —me pregunta.

Tampoco sé qué contestarle a eso. El alcohol no me deja pensar con claridad y, menos, inventar algo que no sea la verdad. Miro hacia el centro del local unos segundos, evitando mirarle a los ojos.

—¿Con quién has venido?! —me repite, gritando.

—¡Ah! —respondo—. ¡No te había oído!

Me mira extrañado.

—¡Con un amigo! —intento disimular.

Me sonrío.

—Genial —me dice—. ¿Tomamos algo?

El camino a la barra, también abarrotado de gente, se hace incómodo. Hacemos cola, intentando ser avistados por los camareros, que no paran de atender a la gente ni un solo segundo.

—¿Te pasa algo? —me pregunta—. Estás rarísimo.

—Unai... —No quiero soltar la verdad.

El camarero me da unos segundos de tregua al atenderle. Pide por los dos. Solo deseo que se pare el tiempo, que no aparezca Thiago.

—¿Vamos? —me dice Unai, con las dos cervezas en la mano. Avanza unos pasos, pero soy incapaz de seguirle. Él se acerca, decidido—. Álvaro, ¿qué te pasa?

No puedo presentarle a Thiago como si nada; ninguno sabe del otro. Tampoco quiero que Thiago vea que le he engañado.

—Te tengo que decir una cosa. —Le cojo y le aparto hacia unas escaleras donde parece que hay un poco menos de ruido. La expresión de su cara cambia completamente—. No sé cómo decirte esto, pero...

—¿Estás con alguien? —se avanza Unai.

Pestañeo lentamente y miro hacia un lado.

—No estoy con nadie...

—¿Entonces?

—He venido con un amigo y...

—¿Y qué? —Se le ve dolido.

—Que... —no sé cómo decírselo— que estamos medio...

—O sea, que estás con otro .

33

UNAI

—He venido con un amigo y...

Sé que no es solo un amigo. «Cuéntame la verdad, Álvaro».

—¿Y qué? —intento que me lo cuente.

—Que... —pone cara de circunstancias— que estamos medio...

—O sea, que estás con otro —se me escapa.

Soy gilipollas; soy totalmente gilipollas.

Me quedo mudo.

—Lo siento, Unai —me dice.

Pienso en todas las señales que no he visto desde que nos conocimos; pienso en todo lo que debería haber visto y no vi. Es como si se confirmara todo lo que llevo pensando desde que le conozco: que no me quiere ni lo ha hecho nunca.

—¿Por qué no me has dicho nada antes? No estaría aquí haciendo el ridículo.

Álvaro no sabe qué responder. Normal, ¿qué va a decir?

Es un cobarde; jamás ha sido capaz de sincerarse frente a mí, de decirme lo que sentía o dejaba de sentir por mí.

—Te dije que no funcionaría... —intenta disculparse.

Me guardo todo lo que le diría en ese momento, porque le mandaré a la mierda.

¿Tal vez era esto lo que buscaba presentándome por sorpresa?

Es como si sintiera que lo nuestro está acabando, aunque tal vez hace tiempo que terminó. Ahora cobra sentido todo: que no pudiera hablar, que siempre estuviera con amigos, que no tuviera tiempo... Le miro, entre la oscuridad de la discoteca, la luz roja de un cartel de neón, el parpadeo de los focos de la discoteca, y no puedo evitar pensar en lo guapo que está. Siento incluso que se ha hecho más hombre, tiene la espalda más ancha y su cara es menos infantil. No quiero perderle. Pero tampoco quiero decir nada más. Estoy cabreado.

—¿Quedamos mañana y hablamos? —me dice.

—Perdona —le respondo—, que ahora tienes prisa por irte, ¿verdad?

—No es eso.

—Vete con tu nuevo novio —le digo—, te estará esperando.

—No somos novios.

—¿Entonces?

—Solo nos hemos liado.

—Pero ¿quieres estar conmigo o no?

Hay preguntas cuya respuesta está en el tiempo que se tarda en responder. Álvaro no responde, y eso ya es un no.

—Pasadlo bien.

Antes de que me vea derrumbado, me doy la vuelta y me pierdo entre la gente; no sé bien en qué dirección. Intento avanzar a la máxima velocidad, sin mirar a nadie. Entre toda esta muchedumbre está el nuevo novio —o lo que sea— de Álvaro y no quiero ni verlo.

En mi cabeza no puedo evitar pensar que en un rato se van a reencontrar, se van a besar y van a continuar la fiesta como si nada.

Busco la salida, necesito irme.

Bajo por unas escaleras, estoy totalmente desubicado.

—¿La salida? —le pregunto a un tipo de seguridad que anda por ahí.

Me indica una puerta que está en la otra punta y me da unas indicaciones que no logro entender.

Me entra pánico al pensar que me los puedo cruzar; es lo último que quiero.

Me quedo en esa esquina, como si fuera un punto seguro. Al lado, hay otra sala con otra música. Me meto ahí dentro.

No tengo adónde ir. Mis padres no saben que estoy aquí porque pensaba quedarme con Álvaro. Tengo la sensación de que lo pierdo todo. En una semana se me ha ido todo a la mierda.

Pido un ron con cola. Beber es lo peor que puedo hacer ahora mismo, pero es lo único que se me ocurre. Quiero olvidar, quiero dejar mi mente en blanco.

El camarero me pone la copa con los hielos y me sirve el ron. Veo cómo abre una nevera en busca de la cola. Abre otra nevera. Por sus

movimientos, intuyo que se le ha acabado. Veo cómo desaparece por una puerta. No puedo esperar más, cojo el ron y me lo bebo de un trago. Salgo hacia la multitud deseando que esa copa me suba lo más rápido posible.

Cruzo toda la pista mirando al suelo.

La gente se convierte en mi mayor refugio. No se me quita de la cabeza la imagen de Álvaro liándose con otro; no quiero verlo. Me escurro entre los que quieren bailar conmigo y los que me cogen del cuello con ganas de más.

La música no es la pachanguera y comercial de la sala de arriba: es música electrónica, más dura. Las luces son otras; aquí hay láseres verdes que recorren toda la sala. También los chicos son diferentes: la mayoría va sin camiseta y tiene la mirada bastante más perdida; están más serios. Si lo de antes era un tardeo, aquí parece que sean las cinco de la mañana. De repente, me siento a gusto en este ambiente donde la gente parece no mirarte, donde todos somos invisibles.

La música me ayuda a evadirme.

Al cabo de un rato, ya no me apetece pasar desapercibido: después de perder un contrato y de dejarlo con quién hasta hoy era mi chico, necesito sentirme deseado. Al principio dudo, pero me acabo quitando la camiseta. Me la cuelgo en la cintura del pantalón y me dejo llevar por la música y el alcohol.

Siento cómo mi cuerpo choca con el de otros, cómo alguna mano se escapa hacia mi torso; eso es lo que quiero. Tal vez este no sea el Unai que soñaba, pero es el Unai que ahora mismo necesito ser.

Me beso con un chico, luego con otro, y me siento como en una orgía de olvido en la que todo vale. Se acerca un tío directo hacia mí, también sin camiseta, y me empieza a besar y acariciar el cuerpo como si no hubiera nadie alrededor.

Besa bien. Tiene una piel dura y me rasca con la barba. No sé si es mi tipo, pero besa bien. Me coge de la mano y con la mirada me indica que le acompañe. Me dejo llevar.

Me lleva a los baños, atestados de gente, y nos encerramos en uno. Nos seguimos besando y acariciando. Enseguida, me desabrocha el pantalón y me empieza a masturbar.

—¿Te gusta? —me dice.

No quiero hablar, no quiero mirarle.

Se agacha y me la empieza a chupar.

Estoy extrañamente excitado. Jamás me han gustado los rollos de una noche y jamás había hecho algo parecido, pero esta noche lo necesito.

El tío me la empieza a comer cada vez con más ganas, como si buscara mi orgasmo. Siento que me podría correr. Me sigue masturbando a la vez que chupa y a la vez que me acaricia el cuerpo.

Pongo mi mano en su cabeza. Me apoyo a la pared dejándome llevar.

Lo hace muy bien.

Le aparto la cabeza, noto que me voy a correr.

Él echa la espalda hacia atrás para que me corra encima suyo.

Me corro empapándole el pecho, y un último hilo cae sobre su mejilla. Me mira, sonriente. Él ni siquiera se la ha sacado, como si solo se hubiera dedicado a mí.

—Estás muy bueno —me dice—. Y tienes una polla preciosa.

No puedo evitar sonreír; este tío me acaba de salvar esta noche de mierda.

—Gracias —le respondo—. Tú tampoco estás mal.

Sonríe mientras se limpia la cara con su camiseta.

Le indico un par de gotas que tiene en la comisura del labio. Me hace caso y se limpia hasta que no le quedan restos.

—Me tengo que ir —le digo mientras me abrocho el pantalón a pesar de que la erección no me deja cerrar con facilidad.

Tiene las pupilas dilatadas y una sonrisa que no se le va de la cara.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

—Unai, ¿y tú?

—Soy Thiago, encantado .

TERCERA PART E

34

THIAGO

Se acercan las navidades y vuelvo a mi ciudad natal: Santiago de Compostela. Todo el mundo la conoce por su catedral, con una fachada tan grande como la plaza del Obradoiro; tienen casi los mismos metros cuadrados. El casco antiguo, caminar por el parque de la Alameda... es lo que suele hacer todo el mundo. Yo también lo hago cada vez que vengo, pero en vez de fijarme en la arquitectura de la catedral —si es de una época u otra—, en el empedrado de las calles o en hacerme una foto en la estatua de Rosalía de Castro, cuando camino por mi ciudad pienso en todo lo que viví de pequeño y durante los veranos y las navidades. Y siempre me pregunto si irnos fue la mejor decisión.

Llegué a Barcelona con doce años, al empezar la ESO. Hasta entonces, había vivido con mi abuela. A mis padres apenas los veía: trabajaban mucho y solo venían los fines de semana, siempre por separado.

—Qué pena que papá y mamá nunca coincidan; cuando no trabaja uno, trabaja el otro —le dije un día a mi abuela.

—Thiago, tu padre ha conocido a una mujer en Oporto y tu madre ha conocido a un hombre en A Coruña; por eso, nunca coinciden aquí. Ya va siendo hora de que lo sepas.

En una frase descubrí que mis padres ya no estaban juntos, que habían conocido a otra persona cada uno y que, además, me lo habían estado ocultando durante años. Ese fue mi primer engaño, mi primer golpe de realidad. Me cabreé mucho con mi abuela, pero, al final, era la única que me había dicho la verdad, lo que me hizo confiar en ella para siempre y desconfiar de mis padres.

Mi abuela me esperaba siempre a la salida del cole con un bocadillo de jamón, queso, chorizo o salchichón. Me lo comía en el rato que llegábamos a casa o íbamos al parque. Una vez al mes, me traía un cruasán de chocolate. Esos eran los mejores días.

Fui creciendo y avancé a pasos agigantados hacia la adolescencia, incluso más rápido que mis compañeros. Me cambió la voz antes que a nadie. Con once años escuchaba mucha música y me tragaba todos los videoclips de Youtube, hablaba a mi abuela de cantantes, le hablaba de los actores que veía en series y anuncios... Pronto, me di cuenta de que aquello de lo que en mi casa hablaba con naturalidad, en la escuela empezaba a ser motivo de comentarios, burlas, coacción y hasta de amenazas por parte de los que se suponía que eran mis amigos. Yo no entendía nada.

Me entraban muchas ganas de llorar, pero no quería. Y, cada vez que me ocurría, cerraba los ojos y me repetía: «Thiago, no llores».

Recuerdo una tarde en la que le expliqué a mi abuela que el colegio me producía terror. Estaba llorando en casa, enfrente de una taza de leche con colacao y galletas, totalmente desubicado. No quería ir, no quería volver.

«Thiago, no llores».

—Tú no te preocupes —me dijo—, que ahí no vas a volver.

Algo vi en su mirada; sus palabras iban más allá de un comentario para consolarme. Y me fui a dormir. Ella solía acostarse temprano; sin embargo, aquella noche se quedó viendo la tele hasta tarde. Cuando creía que yo estaba durmiendo y que no la escuchaba, la oí hablar por teléfono:

—Thiago no pasará por lo que pasó mi hermano. Nos vamos de aquí.

Así fue como entré en un instituto de Barcelona para hacer primero de ESO. Pasar de una ciudad pequeña a una tan grande fue un cambio muy duro. También lo fue el hecho de ver menos a mis padres. Durante mucho tiempo estuve triste por haber abandonado mi ciudad y maldije a mi abuela. Pero todo fue mejorando, hice amigos nuevos y dejó de darme miedo ir a clase.

—¿Qué tal con tus compañeros? —me preguntaba mi abuela al llegar a casa.

—¡Muy bien! —Ella sonreía aliviada.

Un día le pregunté por qué tenía tanto miedo de que yo hubiera pasado mi adolescencia en Galicia.

—Cuando mi hermano se quitó la vida —me contó—, para toda la

gente había muerto el «maricón del pueblo» y poca gente asistió al funeral para que no lo tacharan de amigo. Incluso mis padres se avergonzaban y hasta me atrevería a decir que se sintieron aliviados con su muerte. Pero yo había perdido a un hermano; un hermano que había dejado de jugar al baloncesto porque no le querían en ningún equipo, que había dejado de estudiar porque en el colegio le pegaban y que había perdido la oportunidad de querer a nadie, porque nadie se lo había permitido...

Tal vez los tiempos habían cambiado, pero mi abuela no había querido arriesgarse y por eso nos mudamos inmediatamente. Su hermano siempre le decía que se hubiera querido ir a Madrid o Barcelona, donde todo era más fácil para las personas «como él».

Con los años, ella había vuelto a Santiago.

—Pasa, que hace frío —me dice, con la bata puesta.

Creo que soy de las pocas personas a las que sí les gustan las navidades. De pequeño no era así, porque me parecía que había que ser extremadamente feliz, estar con la familia feliz y disfrutar de la felicidad plena en unas fechas de máxima felicidad, cuando yo era incapaz de serlo. En casa había discusiones y los amigos se iban alejando. Pero cuando llegaban las fiestas, al menos, había luces en la calle, siempre había alguien que te regalaba alguna chocolatina y hasta la persona más desconocida te dedicaba un «Feliz Navidad». Entonces entendí que no había nada de malo en sonreír un poco durante esas fechas.

Siempre que vengo es lo mismo: ver a mi abuela y explicarle que todo sigue igual. Le hablo de que tarde o temprano me gustaría volver a Santiago, pero nunca veo el momento de dar el paso, a pesar de que nada ni nadie me ata a Barcelona. Además, noto que esta vez hay algo que no estoy diciendo, algo que me callo. Por primera vez, estoy pensando en alguien.

Algo pasó aquella noche que no me lo quito de la cabeza. No sé si es por sus besos —que aún siento—, por su mirada —que aún recuerdo a pesar de que fuera a oscuras—, por la mamada que le pegué o por su nombre, pero no logro quitármelo de la cabeza.

Me he follado a tíos en baños, tanto de discotecas como de bares, gimnasios o del trabajo; he estado con hombres en duchas, piscinas,

saunas y en la playa; he hecho *cruising* , en montaña, parques y en medio de la ciudad; he tenido sexo en la cama, en el sofá o encima de la mesa... pero todos, absolutamente todos, han sido solo eso: sexo.

Unai debería ser uno más. Uno de tantos con los que nos hemos comido la polla, nos hemos corrido y fin. Pero no. Algo pasó. Al terminar quise pedirle el número, pero aquella noche no llevaba el móvil encima. Él se guardó el mío.

Han pasado varias semanas y no me ha escrito .

35

UNAI

Estas navidades serán especialmente raras. Por primera vez, he querido estar lejos de Barcelona; no me apetece ver a mi familia. Todo el mundo cree que me está yendo fenomenal en Londres y nada más alejado de la realidad.

Daniel y yo nos hemos cogido un apartamento para nosotros, cansados ya de la residencia. He argumentado que necesitaba quedarme aquí para el traslado y, además, me he inventado algunos entrenamientos extra que no me podía saltar.

Durante el verano, me había imaginado unas navidades junto a Álvaro, en Londres, con los mercadillos, las calles y los centros comerciales llenos de adornos y el espíritu navideño de las comedias románticas que tanto había visto. Me imaginaba a los dos con un jersey de lana; el mismo, rojo con figuras de renos, estrellas y árboles de Navidad. Y nada de ello se ha hecho realidad.

A pesar de todo, creo que los sueños no están tan alejados de la vida real como la gente cree; al fin y al cabo, son las expectativas de vida que cada uno tiene. Soñar alto te hace llegar lejos, pero también te puede traer las mayores decepciones. Tal vez debería soñar menos o soñar más pequeño, pero... ¿tan ambicioso es querer pasar las navidades junto a la persona que quieres?

La última vez que vi a Álvaro fue en la discoteca. No he vuelto a hablar con él y he preferido no saber nada, a pesar de que me ha escrito algún mensaje. He perdido una oportunidad de oro por él y, al final, ni una cosa ni la otra.

A pesar de ello, no puedo evitar, en estos días, querer hablar con él.

—Hola... —responde Álvaro, desganado, a mi videollamada; está en casa de su familia.

—¿Cómo estás? —le pregunto

—Bueno, no muy bien. Ya sabes, odio las navidades.

—Oye, siento no haberte respondido a los mensajes todas estas semanas.

—Estabas en tu derecho. —Levanta las cejas, de manera conciliadora—. Tendría que haberte llamado o hablado contigo antes, pero... no sabía cómo decírtelo, me sentía mal y no quería hacerte daño. De verdad que lo siento.

—Ya está —le corto. No le llamo para torturarlo—. Yo también me presenté de sorpresa y... es lo que tienen las sorpresas.

Intento percibir algo de arrepentimiento por su parte, que me diga que quiere volverlo a intentar..., pero nada más alejado de la realidad, así que prefiero decirlo yo.

—Al final, tal vez tenemos que ir rehaciendo nuestras vidas.

—No es que haya rehecho mi vida, la verdad... —No sigue hablando—. Da igual.

—Yo también fui muy impulsivo —necesito sincerarme con él—. Todo lo de Adidas, el tenerte lejos... me superó. Jamás había sentido que perdiera el control de mi vida y... por primera vez, me sentí más perdido que nunca. Sin saber qué hacer.

—De verdad que lo siento —me repite.

—Y, al final, nada ha salido bien.

Nos miramos un rato, sin apenas hablar.

—Entonces... —necesito zanjar el tema—, ¿seguimos nuestro camino cada uno?

Ni se inmuta. Suspira.

—Tal vez sea lo mejor. ¿No crees? Al menos, de momento.

Me duele dejarlo definitivamente con Álvaro. Dudo que vaya a sentir lo mismo con nadie más.

—¿Amigos? —me dice, clavándome una última puñalada en el pecho.

—Claro que sí —respondo sintiéndome totalmente incapaz de creerme mis propias palabras.

Le quiero preguntar si está con el otro chico, pero no sería capaz de escuchar un sí.

Al poco, sin nada más que decirnos, cortamos la videollamada.

No puedo evitar recordar todo el verano junto a él. En parte siento tristeza, pero también siento mucha rabia; rabia por haber perdido el

tiempo, por haber perdido oportunidades... Pero, sobre todo, por haber perdido.

Me quedo pensando en la última noche que le vi. Sus palabras en mitad de la discoteca, todos esos tíos y..., en ese momento, me acuerdo del chico que conocí.

Me alegro de haber ido con ese tío al baño. Algo tan absurdo hace ahora que no me sienta tan mal. Al menos no me quedé de brazos cruzados como un idiota llorando por nadie.

Me río acordándome de cómo se acercó el tipo, cómo nos besamos sin ni siquiera decirnos el nombre... ¿Cómo se llamaba? Busco en el móvil.

Lo guardé con el apellido «Apolo», donde lo conocí. Me salen un par de nombres, pero, al verlo escrito, lo recuerdo enseguida: Thiago .

36

THIAGO

Me fui de Santiago por culpa de unos pocos que me hicieron la infancia imposible, pero conservé un amigo, Antón. Cada verano me ha invitado a su casa para fiestas y en su familia me acogen como a uno más. En navidades, además de a mi abuela, es al único al que me apetece ver.

Jamás olvidaré cuando nos despedimos. Era a principios de septiembre, teníamos el coche cargado hasta arriba y tan solo quedaban libres los dos asientos delanteros. Desde la puerta de casa se despidieron mis padres, separados a unos dos metros el uno del otro. Les di un abrazo a cada uno y mi abuela puso el coche en marcha; nos esperaban más de diez horas de carretera. Yo me abroché el cinturón y arrancamos. De repente, a lo lejos, lo escuché venir corriendo.

—¡Thiagoo! ¡Thiagoo! —venía gritando desde lo alto de la calle.

Paramos el coche de golpe y se acercó hasta mi ventana.

—Pensé que saldríais más tarde —me dijo sorprendido y ahogado de tanto correr—. ¿No me dijiste a las once? Quería despedirme.

—Al final lo tuvimos todo listo y mi abuela quiso salir antes.

Él me miró desde fuera del coche. A medida que iba recuperando la respiración se le empezaron a enrojecer los ojos.

Salí del coche y me puse enfrente de él; le sacaba una cabeza por aquel entonces. Nos miramos fijamente sin decirnos nada, y luego nos abrazamos. Recuerdo sus delgados brazos apretándome con fuerza, sus lágrimas humedeciéndome el cuello y sus ojos hinchados de tanto llorar.

—Prométeme que me vas a escribir —me decía.

—Lo prometo.

—Y que no vas a tener a otro mejor amigo.

En ese momento me reí, pero, con el tiempo, me he dado cuenta de que realmente no he encontrado nunca a nadie que me quisiera

tanto como él. Y todavía lo hace. «¿Y tú cuándo piensas volver?» es su pregunta de cada año.

Las calles de Santiago son realmente enigmáticas. Antón y yo siempre paseamos y acabamos en el mirador del parque de la Alameda, desde el que se ve nuestra catedral. Hay un banco que rodea lo que se conoce como el Árbol de los Enamorados, un eucalipto con un tronco de unos ocho metros de circunferencia.

—Nunca pudimos cumplir nuestra promesa —me dice.

—¿Cuál?

—La de venir aquí con nuestras chicas; por aquel entonces, no sabías que te gustaban los chicos. Pero estaríamos aquí los cuatro.

—Tú tienes a Helena, a mí me faltaría alguien.

—¡Y lo encontrarás!

Nos sentamos y nos quedamos hipnotizados contemplando las vistas y cómo va oscureciendo.

—Tu sitio es este. Siempre lo fue. —Existe gente que, sencillamente, dice lo que siente, y ese es Antón—. Joder, Thiago. Quince años hará que te fuiste. Hubiéramos tenido una juventud de puta madre. Lo pasamos bien en verano, pero hubiese sido mejor todo el año.

—Mi abuela hizo bien. Hubiera acabado odiando Santiago y mi adolescencia como han hecho todos los maricones de aquí. O me hubiera acabado yendo.

—Jamás te hubiera pasado nada. Y una hostia le hubiera pegado a quien se hubiera metido contigo. —Antón piensa en voz alta—. Pero es que me jodiste a mí. Yo jamás te he visto como a un maricón. Entiéndeme. Para mí siempre fuiste Thiago, mi amigo; mi amigo de la guardería y del colegio, el que se venía a comer a casa y a dormir los viernes. Si luego te gusta comer pollas, pues come pollas. ¿A que no te da asco que yo coma coños? ¿A que no?

Lo que tiene de corazón, lo tiene de basto.

—No es eso.

—Lo sé —se da cuenta de lo que dice—, y perdona. Pero es que...

—Tú sabes que es mucho más que eso. Nos tenemos que ir a las grandes ciudades, donde nadie se ríe de ti porque nadie te conoce. Es más soportable ser anónimo en una gran ciudad que ser conocido

en un sitio pequeño.

—Pero ahora ya puedes volver. —Y todo lo que tiene de basto, también de cabezón—. Es que no hace falta que todos los maricones os vayáis a las ciudades; vuestro lugar también es aquí. ¿O es que acaso un maricón no puede pasear por Galicia como cualquier otra persona?

—Pues no puede. O sí. Pero siempre mirando de reojo a ver quién hay alrededor.

—¿Esto es vuestro *gay radar* o como se llame?

Necesitamos relajar la conversación.

—Seguramente nazca de ahí.

En ese banco, hemos arreglado el mundo millones de tardes y creado las mayores teorías conspirativas del mundo.

—De pequeños, los maricones desarrollamos una especie de sexto sentido en el que siempre estamos atentos a nuestro alrededor, a ver qué personas hay y si suponen una amenaza.

—¡Exagerado!

—¡No exagero! En ese momento, controlamos lo que podemos decir o lo que no. Si hay chicas, no suelen decir nada, no hay problema. Si hay hombres heterosexuales, es probable que haya que soportar algún chiste; son muy pesados.

—No lo dirás por mí.

—Claro que no. —Le cojo del cuello.

—Es como el GPS —dice Antón—, que se desarrolló para uso militar y después ya se extendió para la gente.

—Pues nosotros igual, ese detector de heteros lo usamos después para detectar gais e identificarnos entre nosotros. Seguimos unos segundos en silencio; cada uno creando teorías y sacando sus propias conclusiones. Como nos vemos poco, al principio siempre hablamos de cosas profundas. Y hay que repasar nuestros sueños por cumplir.

—¿Y qué pasa con nuestro bar?

—A saber...

—Todavía estamos a tiempo

Miro al cielo y recuerdo el nombre.

—¡El Bar de Anthiago!

Se ríe.

—¡Es que el nombre es buenísimo! Suena a guerrero romano, o griego, pero nosotros le explicaríamos a la clientela que es la mezcla de Antón y de Thiago; tú a los chicos y yo a las chicas, así nos lo repartimos, recuérdalo.

Cada verano decimos lo mismo: tenemos que montar nuestro bar, pero pasan los años y no se cumple.

—Yo en la barra y tú en la cocina.

Está todo planeado...

—Algún día lo montaremos —le digo.

—Algún día, algún día... ¿Qué día es ese? Nunca llega...

Soñar es muy fácil, soñar es infinito. Soñando, se puede todo. Pero la gente sueña más de lo que vive. A mí no me gusta soñar cualquier cosa. Me gusta cumplir lo que sueño y, si algún día veo que no seré capaz de cumplirlo, prefiero dejar de soñarlo. Montar un bar es un sueño que hemos tenido siempre Antón y yo; tal vez sea momento de dejar de imaginarlo: Antón tiene un buen trabajo y está ennoviado, le faltará poco para casarse y, en nada, seguramente, vendrán los niños.

—¿Qué tal con Helena? —le pregunto.

—Bah, si te explico una cosa, ¿me prometes que no se lo contarás?

—Jurado.

—Hace un mes —me dice bajando la voz y mirando a su alrededor —, nos fuimos Helena y yo de fin de semana con Erea y Roi.

—¿Siguen juntos? —me sorprende—. Roi está tremendo.

—Déjame explicar. Estuvimos todo el sábado de excursiones, deportes de riesgo y demás. Y, por la noche, estábamos en el hotel y compramos alcohol. Claro, ahí en la montaña, no hay nada más que hacer.

Me imagino lo mejor.

—Entonces... Como le digas a Helena que te he contado esto... —dice cambiando de tono—, te rompo los huevos, ¿eh?

—¡Que no le voy a decir nada!

—Se vinieron a nuestra habitación y un juego llevó a otro. Al principio jugamos a las prendas. Poco a poco, la cosa se fue calentando y acabamos los cuatro completamente desnudos y... pues

te puedes imaginar.

—¿Qué? —Necesito detalles.

—Fue una de las mejores noches de mi vida. Y, al día siguiente, tan tranquilos; nos reímos y tan amigos.

Sigo sin creérmelo.

—Pero entonces... ¿te liaste con los tres? ¿Con Roi también?

—Con Roi no, pero con Erea y con Helena, sí. Fue como si aquella noche no hubiera reglas.

—Pero algo harías con Roi. —Yo solo puedo pensar en él.

—Qué pesado con Roi. Pues algo me rozaría, ¿pero te crees que le hice caso teniendo a las otras ahí?

—Y... —Soy muy básico y Antón lo sabe.

—Ya sé lo que te estás preguntando, y sí: grande, un poco más que yo, no te voy a engañar. Pero no mucho, ¿eh?

Suelto una carcajada.

—¡Eh! Deja de pensar en la polla de Roi.

—¡Ahora no puedo!

—Además, pensé en ti.

—¿Por qué?

—Porque, con los tíos, seguro que siempre os comparáis el uno con el otro, ¿o no?

—Las pollas no hay que compararlas.

Seguimos hablando durante mucho rato. Podemos, si queremos, estar horas. Pero esta vez hay algo diferente. Hablando con él me doy cuenta de que el tiempo está pasando, de que no tenemos los quince años de cuando no te planteas nada, ni los veinte de cuando tienes toda la vida por delante; pronto cumpliremos treinta y a esa edad toca haber hecho realidad algún sueño .

37

ÁLVARO

Estoy sentado enfrente del tocadiscos de Unai, pero sigo sin tener ningún disco para poder escuchar. Parece una pieza de museo. Miro en el móvil las fotos que he hecho en una parada del Mercado Dominical de Sant Antoni a todos los vinilos que me han llamado la atención. Entre ellos, hay uno en el que se ve el torso desnudo de un hombre de espaldas, abrazado por una mujer. Mi criterio musical se basa en escoger un disco por la portada...

Deseo carnal, de Alaska y Dinarama.

Con el móvil, busco las canciones que hay en ese disco. Creo que no conozco ninguna, hasta que veo un título que me resulta familiar: *Un hombre de verdad*.

—Muy oportuna —pienso en voz alta.

Pienso en Thiago y en los días que ha pasado en casa. A días estábamos que parecíamos una pareja; otros, estaba más frío y éramos como dos desconocidos. Su idea es irse a vivir a otro piso el año que viene. A mí, en cambio, me encantaría que volviese.

Le doy al *play* y suenan los primeros acordes de una guitarra eléctrica.

Busco la letra y es exactamente mi estado actual. La introducción es larga y hago varios intentos para empezarla a cantar, pero sigue sonando la guitarra, ahora con un teclado y una percusión. No puedo evitar moverme.

Amo la música; siempre hay alguna canción que habla de lo que sientes.

Me estoy quitando la ropa para meterme en la ducha y no puedo evitar crear mi propio *show* frente al espejo. Cojo el secador para hacer de micrófono y me imagino mi propio videoclip.

—*Sin dudar, iré a buscar, quiero encontrar, sí. ¡Un hombre de verdad!*

Canto mal, muy mal. Pero eso no quita que berree todas las

canciones. Soy el peor vecino del mundo.

—*Me arrastraré. Suplicaré, sí. ¡Un hombre de verdad!*

La letra sigue, pero no me la sé, así que me dedico a bailar y a hacer poses absurdas.

Estoy solo en casa, asqueado. Es posible que este momento en la ducha sea el mejor de todas las fiestas. Pienso en lo que odio la Navidad: en mi familia jamás se ha celebrado a lo grande, mi árbol ha sido siempre cutre —jamás se ha llenado de regalos— y la magia de Papá Noel la destapé con apenas siete años.

—Ya te he comprado la mochila —dijo mi madre, en el coche.

—¿Qué mochila?

—La que pediste para... la que le pediste a... —No supo disimular, creo; aunque ni siquiera lo intentó mucho más.

—Dirás que la ha comprado Papá Noel... —le remarqué yo.

Aun así, siempre pienso que ya llegará el día en que mis navidades sean las navidades soñadas, con mucha gente en casa, muchos regalos y mucha felicidad...

Sigo con mi canción del momento:

—*Sin dudar, iré buscar, quiero encontrar, isí! ¡Un hombre de verdad!*

Me duele haberlo dejado con Unai, pero seguramente sea lo correcto. Estábamos alargando algo que no terminaba de encajar. ¿Me gusta Unai? Sí. Pero siempre siento que falta algo. Además, tengo toda la vida por delante. Y Thiago... se ha ido, pero creo que la cosa puede ir mejor; pasadas las fiestas, tal vez pueda intentar algo con él. Es como que tiene todo lo que no tiene Unai. Pienso que entre los dos formarían el hombre perfecto.

—*Me arrastraré. Suplicaré, sí.*

Haciendo caso a la letra, le mando un mensaje a Thiago:

ÁLVARO:

Ey, Thiago, ¿qué tal?

Al cabo de un rato de ver que no responde, le envío el *link* de la canción. ¿Por qué? Porque como dice la letra: *Me arrastraré. Suplicaré, sí. ¡Un hombre de verdad !*

38

THIAGO

Cada vez que me vibra el móvil quiero que sea Unai.

ÁLVARO:

Ey, Thiago, ¿qué tal?

Es Álvaro. Además del saludo me manda un *link* de una canción. No leo la canción, pero sí distingo la portada en miniatura del disco: dos cuerpos desnudos abrazándose, *Deseo Carnal*.

Le escribo diciendo que la escucharé más tarde.

—¿Ya estás mirando marranadas? —Antón no tiene reparos en mirarme el móvil y comentar lo que ve. Estoy en una terraza con Helena y con él.

—Es una canción —le respondo guardando el móvil en el bolsillo.

—¿Y quién te la manda? —se ríe—. He leído «Álvaro», ¿quién es?

—No seas cotilla —le interrumpe Helena—. Pero ya que lo has visto... ¿quién es?

Me quedo pensando la respuesta unos segundos. Podría decir que Álvaro ha sido un rollo, pero la realidad es que es alguien con quien he vivido las últimas semanas. Alguien podría decir que me he aprovechado de él porque no tenía donde dormir, pero no tengo esa sensación; al final hasta nos hemos entendido y he estado mejor en su casa que en los últimos pisos en los que he vivido.

Helena y Antón me miran expectantes.

—Nada, un amigo —digo finalmente.

—¡Tienes que venir a vivir aquí de una vez! Mira, ¿no te gusta esto? —Helena me señala la gente y la terraza.

Estamos en la Via Sacra, un pequeño callejón en el casco antiguo, detrás de la Catedral. Siempre acabamos aquí tomando algo en las mesas de un bar que hace esquina.

Antón ha pedido tres cervezas más y sigue con el tema.

—Thiago dice que no quiere venir aquí porque no va a encontrar

pareja jamás.

—¡Yo nunca he dicho eso! —me defiendo.

—Pero en Barcelona tampoco has encontrado. Tal vez esté aquí —dice Helena—. En quince años, ¿cuántas relaciones has tenido?

—¿Yo?

—Hablamos de relaciones serias, ¿eh?

Hago ver que pienso la respuesta, aunque me la sé perfectamente.

—Pocas. Lo que es relación, relación... no he tenido ninguna.

—Pero folla más que quiere —salta Antón, que está en nuestra conversación, a la vez que saluda a gente que va pasando.

—¿Nunca te has enamorado?

En mi cabeza vuelve a aparecer Unai. ¿Por qué? Jamás me había pasado. Es imposible que sienta algo por alguien a quien he visto una sola vez.

—Vaya cara se te ha puesto —se burla Helena.

—¡Jamás te había visto ponerte colorado! —Antón me mira sorprendido.

Decido contar la verdad, que es *nada*.

—No estoy enamorado. Jamás lo he estado.

—Tu cara no dice lo mismo —insiste Antón—. Y yo conozco esa cara desde hace años. Jamás vi esa sonrisa.

Niego con la cabeza. Por suerte, se acerca el camarero. Coge una silla y se sienta con nosotros.

—Así que tú eres el famoso Thiago.

Miro a Antón, extrañado.

—Dice Antón que queréis hablar conmigo.

—¿Nosotros? —le respondo, desconcertado.

—Sí, eso me ha dicho. Le comenté que en enero traspaso el bar y me ha dicho que tal vez os interesaba.

Antón se pone serio.

—Thiago, le dije que llevamos años pensando en montar uno y a este venimos siempre. Es ideal.

De repente, me parece precipitado.

—Pero nosotros lo queríamos en la calle del París-Dakar.

—Bah, pero eso se llenó de turistas; no es lo que era. Este está mejor, está en las callejuelas. Mola mucho más. —Antón se

entusiasma.

—Lo tendría que consultar con los propietarios del local —dice el hombre—, pero sé que preferirán dárselo a alguien de aquí antes que a cualquier franquicia. Si lo queréis, es vuestro.

—Pero... —me coge de imprevisto— no tengo dinero. No tengo ahorros.

Me doy cuenta de lo fácil que es soñar algo cuando crees que jamás sucederá.

—Yo tengo —me dice Antón—. Y este bar funciona como un tiro. No tardaríamos nada en recuperar la inversión. Eso sí, yo solo lo hago si lo hacemos juntos.

Me siento perdido desde hace tiempo, con ganas de volver a Galicia, pero sin atreverme a hacerlo; una infancia difícil en un lugar hace que de mayor siempre tengas miedo. Otra vez, se me pasa Unai por la cabeza. Me apetece volvérmelo a encontrar y conocerlo. Pero no me escribe y no me escribirá. ¿Y si es el momento de tomar la decisión?

—Está bien —digo finalmente.

—¿En serio? —La cara de Antón se transforma por completo.

—Es nuestro sueño, ¿no? —suspiro poco convencido—. Pero hay que hablarlo.

Antón se acerca y me da el abrazo más fuerte que jamás he recibido.

Tal vez, cumplir un sueño sea esto: dar el paso que nunca te has atrevido a dar.

Miro la terraza, que podría ser nuestra. A través del cristal se ve el interior del bar, con la barra y algunas tapas; a la vista también está la que sería mi cocina. Me recorre una buena sensación por el cuerpo.

Entonces me suena el móvil. Imagino que es Álvaro o mi abuela preguntándome si vuelvo a casa, pero en la pantalla veo que es un mensaje de un número desconocido.

+447899...:

Hola, Thiago. No sé si te acuerdas de mí. Nos conocimos en el Apolo hace unas semanas .

39

UNAI

No sé si es el aburrimiento, el sentirme solo en Londres o qué, pero me apetece escribir al chico que conocí.

UNAI:

Hola, Thiago. No sé si te acuerdas de mí. Nos conocimos en el Apolo hace unas semanas.

Tarda unos segundos en responderme.

THIAGO:

Eh... ¿Unai?

UNAI:

¡Veo que sí que te acuerdas! ;)

THIAGO:

Ese nombre no se olvida fácilmente.

UNAI:

Jejeje. ¿Qué tal?

THIAGO:

Bien. Navidad. Vacaciones... Todo bien.

UNAI:

¿Estás en Barcelona?

THIAGO:

No, qué va. Es que soy de Santiago.

UNAI:

¿Santiago de Compostela?

THIAGO:

Vivo en Barcelona, pero paso aquí las fiestas.

No sé por dónde seguir la conversación.

UNAI:

¿Alargaste mucho más la otra noche?

THIAGO:

Qué va. Me fui al poco rato de... de conocerte.

UNAI:

Yo también.

Me da buen rollo la conversación y es una persona que no creo que vuelva a ver; solo tengo ganas de divertirme.

UNAI:

Que por cierto... estuvo muy bien .

40

ÁLVARO

Se acerca Nochevieja y ningún plan me convence. Las fiestas en las discotecas son muy caras; además, se masifican y hay que hacer horas de cola para pedir, horas de cola para el baño y horas de cola hasta para conocer a tíos, y lo único que te apetece es volver a casa. Con María no hemos vuelto a hablar desde la obra; la cagué yendo a la fiesta y no yendo al estreno. Estaba demasiado eufórico y en ese momento solo quería estar con Thiago. Para colmo, la amiga de mi madre, la propietaria de mi piso, me dijo que pasarían el Fin de Año en Barcelona, con su marido y las gemelas, y van a quedarse en casa.

—Tú haz tu vida, no te preocupes por nosotros, que nos instalamos en la habitación libre y no molestamos. Pero es que los hoteles están carísimos y así también veo el apartamento —me dijo, por teléfono.

Si me quedo, va a resultar incómodo, pero tampoco me apetece salir. Hay noches que, realmente, no deberían existir.

Miro la conversación con Thiago: no me ha dicho nada más desde que le envié la canción. Las semanas con él han estado muy bien y el sexo ha sido algo espectacular; jamás había sentido una atracción tan grande, pero tal vez sea solo eso: atracción. No me ha dejado claro cuándo volverá de Galicia ni si se volverá a quedar en casa ni nada...

Voy a la conversación con Unai. Se me hace raro no poder escribirle de forma natural. Empiezo a notar el «haberlo dejado» con él, así que tal vez sea el momento de iniciar nuestra relación como amigos. Le empiezo a escribir un mensaje, pero decido hacer una videollamada.

—Hola, Unai.

—¿Qué tal? Qué sorpresa.

—¿Por qué? —le pregunto.

—No sé..., no me lo esperaba.

Como no sé qué responderle, me sincero con él.

—Me apetecía hablar contigo. ¿Qué estás haciendo?

Veo que teclea la pantalla, como si estuviera mirando otras cosas a la vez que habla conmigo.

—Nada, hablando con gente. Los grupos, ya sabes... La gente no calla. —Nos quedamos en silencio—. ¿Y tú? ¿Cómo van las fiestas?

Me pongo los cascos para hablar con él.

—Bien. Bueno... Navidad. Sin más. Ya sabes que no me va mucho todo este tema. ¿Sigues en Londres? ¿No has venido a Barcelona?

—Imposible —me responde—, me he mudado con Daniel y, además, nos han puesto unos entrenamientos extra. La verdad es que necesito recuperar. Pasaré también Fin de Año aquí. ¿Tú tienes plan?

—Pues... —No sé si inventarme algo para que no piense que soy un perdedor o decirle la verdad—. No tengo plan, no hay nada que me apetezca.

Tarda unos segundos en contestarme.

—Nosotros haremos una fiesta en el apartamento. —Vacila unos segundos—. Si te apetece venir, ya sabes. Todavía me debes una visita a Londres.

Me emociono al ver que hay algo de cariño por su parte. Aunque no sé si lo dice sabiendo las pocas probabilidades que hay de que vaya.

—¿Lo dices en serio? —le pregunto.

—La invitación va en serio. ¿Por qué no?

—No sé. Coger un avión hasta allí... es un poco locura, ¿no? Después de todo...

—¡Uuuh! —ironiza—. Muy loco coger un avión para ir a ver a un... *amigo* .

Noto un punto de tristeza al referirse a mí en estos términos y pienso que tal vez sería buena idea que fuera y nos viéramos. Hablar cara a cara. Al fin y al cabo, no hemos terminado mal. O eso quiero pensar.

—Eh... —dudo.

Ir a Londres es mejor opción que cualquier otra en la ciudad. Además, Nochevieja en el extranjero, para un futuro guía turístico...

Es que me pega todo.

—En serio, si te apetece, aquí hay sitio de sobra. —Se le ve emocionado—. Ya vuelve todo el mundo a Londres y vamos a montar una fiesta enorme. Conocerás a Daniel y a un montón de gente.

—Pero... —Me debato entre lo correcto, lo oportuno, lo que debo hacer y lo que no—. ¿Crees que es bueno que lo pasemos juntos?

—Precisamente —me dice—, celebramos el cierre del año; nos damos un abrazo por todo lo que hemos vivido y nos deseamos lo mejor para el año siguiente. Así no terminamos con una discusión en medio de una discoteca, ¿te parece?

Se le nota dolido. Aun así, está insistiendo. El plan me empieza a apetecer...

—Te tengo que colgar que vamos a salir —me corta—. Dime si te animas y miramos vuelos.

Nos despedimos rápido y colgamos.

Al momento, miro billetes. Son un poco caros, pero tengo suficiente en la cuenta para la ida y la vuelta. Y el alojamiento será gratis, así que...

Es entonces cuando tengo una idea mejor todavía: ¿y si le doy una sorpresa? Pero necesito saber su dirección.

Le mando un mensaje...

ÁLVARO:

Unai..., gracias por la invitación, pero creo que no podré. Está caro. Me quedaré en BCN. Eso sí, ipásame la dirección de tu nueva casa, que te enviaré una postal de Navidad !

41

UNAI

¿Una puta postal de Navidad? ¿Se está riendo de mí? Me siento gilipollas, no tendría que haberle invitado. Sabía que no tenía que haberlo hecho. Podría haber sido un buen Fin de Año con él, pero no; es lo mejor. Que no venga. Es que soy imbécil.

¿En qué momento se me ha ocurrido decirle nada? Tengo que olvidarle. Pasar página de una vez. Hasta me sentía mal por tontear con Thiago; ahora solo pienso que me he quedado corto.

Entonces, decido hacer algo que jamás antes hubiera hecho...

UNAI:

Thiago, ¿qué haces para Fin de Año?

THIAGO:

Pues lo de cada año: beber, tomar las uvas y seguir bebiendo.
¿Por qué?

UNAI:

¿Te apetecería hacer algo diferente?

THIAGO:

Siempre está bien probar cosas nuevas...

Siento que con Thiago es todo mucho más fácil. No tengo que suplicar nada.

UNAI:

Thiago, ¿te apetecería pasar la Nochevieja en Londres?

THIAGO:

¿¿¿Qué??? ¿Me estás invitando a pasar el Fin de Año contigo?

UNAI:

¿Y por qué no? Aburrirnos, no nos aburriremos. En Londres hay
baños también... jejejeje

No me reconozco. ¿Acabo de invitar a un tío al que casi no

conozco? Una cosa es tontear por WhatsApp; la otra, es decirle que venga. Aun así, dudo que lo haga.

De golpe, recibo la única respuesta que no me esperaba:

THIAGO:

Voy a mirar billetes. El 31 estoy ahí .

42

THIAGO

¿En qué momento se me ocurre decirle que sí? ¡No tengo un puto duro!

—¿Has visto un fantasma o qué? —Antón se ríe de mí.

Le enseño la conversación con Unai. Estos días le he explicado todo lo que ha pasado.

—¿Vas a ir sin conocerle? ¡Estás loco! ¿Y si es un asesino en serie?

—¿Qué dices? ¿Pero tú has visto las fotos que tiene en Instagram?
Es un puto Dios.

Antón se ríe. Yo me muero de la vergüenza, pero necesito hacerlo.

—Antón, ¿tú me prestarías para el avión?

Me mira sonriente.

—Ese tío te gusta de verdad, ¿eh?

Trago saliva.

—No sé qué tiene... —trato de explicarle.

—Va, será mi regalo de Reyes. ¡Pero avanzado! Porque te has portado bien. Pero no te quedes ahí, ¿eh?

Le miro.

—Tranquilo. Lo nuestro dudo que tenga futuro ...

43

UNAI

Aquí lo llaman «New Year's Eve». La ciudad está llena de mercadillos navideños, pistas de hielo y gente, mucha gente. Es lo que necesito: divertirme y dejar, de una vez por todas, este año atrás.

Querría haber ido al Winter Wonderland, en el Hyde Park. Montan atracciones y hay espectáculos. Pero con Daniel hemos querido hacer algo más local y hemos paseado por el parque que tenemos al lado, el Queen Elizabeth Olympic Park; para mí, igual de bonito. Enseguida se ha hecho de noche y parece que se acerca una tormenta, pero esto no les asusta aquí.

Para llevar mejor el frío, tomamos algunos vasos de *Glühwein*, una especie de vino caliente con canela. El sabor es raro, pero te acostumbras rápido.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento libre. Lejos de casa, lejos de nadie que me ate... Sigo cabreado con Álvaro, sí, pero se me pasará. También hay que darse cuenta de quién no aporta nada en tu vida. De hecho, estoy cabreado con los tíos, en general. Me jode pensar que soy el único de todos que busca algo serio.

Con Daniel la cosa ha mejorado. Al principio dudamos si vivir juntos después de lo que había pasado, pero estamos mejor que nunca. Además, conseguimos otra oportunidad para los saltos en pareja y no pudieron decirnos que no. Nuestra sincronía es absoluta.

Nuestro entrenador está buscando patrocinadores y, al parecer, hay alguna marca interesada; esta vez, para los dos, así que Daniel ha salido ganando. Se está convirtiendo en mi mejor amigo.

No paramos de encontrarnos a gente y vamos hablando con unos y con otros. Ahora sí que quiero coger esta nueva vida, en esta nueva ciudad, con todas las ganas y no darle vueltas a todo lo que pasa a kilómetros de aquí. Cada vez que se me viene Álvaro a la cabeza, doy un trago de vino. Después pienso en Thiago, de quien ni siquiera recuerdo la cara con claridad; llegará en un par de horas,

justo antes de Año Nuevo. El encuentro con él hace unas semanas fue espectacular, así que esta noche puede pasar de todo. Y mañana, o cuando quiera, que se coja un vuelo de vuelta y si te he visto no me acuerdo.

Ya va siendo hora de disfrutar un poco más de los tíos y no andar siempre tan preocupado.

Después de alargarnos de más en el mercadillo, llegamos por fin a casa. Hay muchos amigos esperando ya en el portal. Los hemos citado a las ocho de la tarde y son casi las nueve. Me acuerdo del chiste y de la puntualidad de los ingleses.

Subimos a casa y desde el primer momento se respira un buen rollo espectacular; me siento completamente liberado. Diría que es la primera fiesta que monto en mi vida.

—Daniel —le digo.

—Dime, amor. —Siempre me llama así.

—¡Este va a ser nuestro año!

—¡¡¡Sííí!!!

Brindamos una vez más y nos abrazamos.

Está todo listo. Solo falta poner música.

It doesn't matter if you love him or capital H, I, M...

Just put your paws up

'Cause you were born this way, baby.

Cada vez que llega alguien nuevo, es el mismo ritual: Daniel o yo los recibimos, los acompañamos a su habitación o a la mía para dejar los abrigos, dejamos las bebidas en la cocina y nos olvidamos.

La tormenta, fuera, es cada vez mayor. La gente llega empapada y con los paraguas chorreando; esos, los dejamos en el cuarto de baño. Viene todo el mundo con muchas ganas de fiesta. Hay gente del club, amigos de amigos y algún que otro desconocido.

Lo mejor es que hemos comprado uvas y las vamos a repartir porque vamos a hacer un Fin de Año español. Daniel se va a disfrazar y tocará las doce campanadas con una cacerola; tal vez nos echan del país.

Estoy distraído, hablando con dos amigas italianas del equipo de

sincronización, cuando Daniel me llama desde la puerta.

A primera vista no le reconozco; pero enseguida veo el inconfundible lunar bajo el ojo y me recorre algo por todo el cuerpo... Ha llegado Thiago.

Me acerco rápidamente y le saludo con un abrazo. También está empapado, no lleva paraguas ni nada para protegerse.

—¡Qué fuerte que estés aquí! —Al fin y al cabo, ha venido antes a verme un desconocido que Álvaro.

Lo observo y acabo de construir la imagen difusa que tenía en mi cabeza de él. Lo veo más guapo, incluso más arreglado que la otra vez. Era de noche, nos vimos poco rato... Casi recuerdo más lo que sucedió entre nosotros que su cara, incluso que su voz.

—Tenía ganas de verte —me dice.

Esta frase es la única que se dice con total sinceridad. He escuchado decir «Te quiero», «Te echo de menos», «A ver cuándo nos vemos»..., pero esas frases suelen estar completamente vacías. Sin embargo, cuando dices «Tengo ganas de verte», es real.

No sé si son las navidades o qué, pero me produce muy buena sensación. Daniel lo saluda y se va corriendo para dejarnos a solas.

—Ven a mi habitación —le digo—, y así te secas. O...

—¿O qué? —me dedica una mirada traviesa.

—O te puedes cambiar, si quieres —le sigo el juego.

—Claro. —No aparta sus ojos de mí.

Me doy cuenta de que a veces pasamos mucho tiempo intentando contentar a alguien sin éxito, queriendo estar siempre a la altura. Entonces, llega otra persona con la que todo es fácil.

Nos metemos en la habitación.

«Tenía ganas de verte».

Esa frase me ha hecho sentir alguien importante.

—Estás guapísimo —me dice y me vuelve a dar un abrazo.

Se lo devuelvo y lo alargamos algunos segundos; se nos escapa alguna caricia y hasta un beso cerca de los labios. Lo recordaba sin camiseta, sudado y muy despeinado... La imagen de ahora es bastante más decente; hasta parece más tímido que el tío que se lanzó sobre mí en el Apolo.

Por mi cabeza pasan mil cosas.

En otro momento pensaría en qué debo hacer y qué no; ahora no le doy tantas vueltas.

Que pase lo que tenga que pasar .

44

ÁLVARO

El ambiente en el aeropuerto es muy raro; en una noche como esta nadie quiere estar aquí y todo el mundo quiere llegar a su destino lo antes posible.

Paso el control de maletas. Tan solo llevo una mochila; lo único que me permite el billete que he comprado.

En la bandeja, dejo el teléfono móvil y unas pulseras. Me obligan a quitarme las botas de cuero. Paso en calcetines bajo el aro detector de metales. No pita.

Al querer recoger la maleta, veo que la separan de las otras y me indican que pase por otro lado.

—Control rutinario —me dice un hombre vestido de seguridad—. Abra la mochila.

Me hace abrir la mochila que he hecho casi a última hora. La llevo llena hasta arriba, intentando aprovechar al máximo el poco equipaje que se puede llevar.

—Enséñeme lo que hay dentro.

Muerto de la vergüenza, saco dos pantalones, dos camisetas enrolladas y la camisa que pensaba ponerme esta noche, que ya está más que arrugada. Le miro, esperando indicaciones, y me indica que continúe. Al fondo tengo la ropa interior, tres bóxers, dos pares de calcetines... También le enseño mi neceser.

—Ábralo.

Suspiro. Lo abro y lo primero que asoman son los condones y el lubricante, que es lo último que he puesto. No sé si quiero que pase nada con Unai, pero si tiene que pasar, que no nos falte de nada. Noto cómo me sonrojo. Le enseño también el cepillo de dientes, la pasta de dientes, un cacao de labios e ibuprofeno.

Me mira y me sonríe.

—Muchas gracias. Diviértase .

45

THIAGO

Veo a Unai y es que no me arrepiento de haber volado hasta aquí. Es diferente. No pienso solo en quitarle la ropa y tener sexo con él para después irme y buscar el siguiente polvo. Al contrario, puedo esperar, no tengo prisa.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta.

Está contento, como eufórico. Tiene una sonrisa especial, no como la vez que lo conocí, que parecía un tío serio. Me gusta más este Unai.

—La gente va vestida muy elegante —le digo—. ¿Me dejarías una camisa?

—Claro —se ríe—. Además, estás empapado.

Dejo mi abrigo y me quito el jersey, que tengo completamente calado. Llevo una camiseta blanca, lisa, básica; también mojada y pegada a mi cuerpo. Me da un poco de corte porque se me transparenta casi todo.

Me mira. Por su cara, no le disgusta lo que ve.

—Esta camiseta te queda bien, pero es cierto que tal vez puedas acabar cogiendo frío.

Mientras habla, tantea con sus manos hasta que me la quita. Normalmente, siento que tengo el control frente a los tíos; esta vez, no.

«Lo que tú digas, Unai».

Me acaricia el cuerpo. No quiero correr; cuanto antes empecemos, antes terminaremos y es justo lo que no quiero. Con sus nudillos me roza la zona del esternón y también se acerca al pezón, haciendo círculos por la areola, como si pidiera permiso.

No puedo evitar responder con un beso.

—Si quieres vamos a la fiesta... —le digo.

—¿No te apetece? —Con su mano baja a mi pantalón. Estoy duro—. Porque yo creo que sí...

Le miro y él también está completamente excitado .

46

UNAI

Me olvido de los invitados; hace rato que no pienso en ellos. Me olvido de la fiesta, la fiesta ahora mismo está en mi cuarto. Es así como quiero terminar el año.

Nos besamos y nos tocamos cada vez con más ganas, pasando de cero a cien en segundos. Cierro los ojos y sonrío. Me encanta sentirme deseado o querido... Thiago baja inmediatamente a la altura de mi cintura, me desabrocha el cinturón y me empieza a lamer. Lo hace igual que cuando lo conocí, más pausado, no tan acelerado, pero igual de entregado.

—Tenía tantas ganas... —le oigo decir.

Ya no hay vuelta atrás. Tiro al suelo la montaña de abrigos que hay en la cama y nos lanzamos ahí. Se oye música de lejos, se oye el barullo de la gente.

—Espera —le digo.

Me levanto y cierro el pestillo de mi habitación. No tengo que buscar sus caricias. Thiago me besa por todo el cuerpo, me encuentra con sus manos, su cuerpo choca con el mío...

Nos desnudamos y no tardamos en quedarnos en ropa interior. A pesar del frío que hace fuera, dentro la calefacción está al máximo; no distingo entre el agua de la lluvia y el sudor.

A ratos, nos detengo un par de segundos para mirarle a los ojos, mientras le cojo la cara y le acaricio la mejilla. Es como si nos conociéramos a la perfección. La última vez, le dejé hacer. Esta noche, me apetece que disfrute.

Poco a poco bajo con besos por su cuerpo; por el pecho, el abdomen... hasta llegar a su bóxer empapado que ha adoptado la forma de su erección, que le sube a la cintura. Le acaricio, notando el grosor. Bajo la goma y se la saco. Apenas se mueve de lo rígida que está. Le masturbo. Tiene una polla ancha, tanto que casi no me cierra la mano. Mis dedos pulgar y medio apenas logran rozar sus

yemas. Le acaricio el glande con suavidad.

Él hace lo mismo con la mía. Thiago empieza a acariciarme el culo y siento cómo sus dedos se van abriendo hueco entre mis muslos. Intuyo, por sus movimientos, que va a querer penetrarme: me humedece el ano con los dedos y me incita a girarme, pero no quiero. Jamás me han follado y hoy no va a ser la primera vez.

Hoy mando yo.

—Date la vuelta —le ordeno.

—Nunca me ha gustado demasiado —me dice.

Una extraña seguridad en mí mismo me invade y me entra un instinto de posesión que no conocía.

—Quiero follarte yo a ti. Y voy a hacerlo.

Thiago no dice nada más. Está dubitativo y, a la vez, obediente.

Sé que lo haré bien; sé que le va a gustar y que lo va a disfrutar.

Cojo lubricante y le masajeo el culo. Necesito que se relaje. Para eso, le sigo besando con cariño y le pido que cierre los ojos. Le introduzco la yema de un primer dedo. Después son dos...

—No sé si voy a poder —me dice—, hace mucho que no...

—Shhh... Claro que podrás.

Le sigo acariciando, cada vez con más fuerza —como si quisiera derretir un bloque de hielo—, hasta que le escucho gemir.

—¿Te gusta? —le susurro al oído.

Me responde con una sonrisa y entrecerrando los ojos. Noto que ha relajado el músculo, cada vez le introduzco los dedos con más facilidad. Que no esté acostumbrado me excita más todavía.

—Lo haces muy bien —dice.

Por cómo gime noto que es verdad.

Me pongo de rodillas detrás de él y acerco mi pelvis a la suya, apoyando mi erección sobre su culo, para que la vaya sintiendo. Le inclino la espalda hacia abajo.

—Cuidado, ¿eh? —me dice.

Le tapo la boca con dos dedos, prohibiéndole hablar.

Me lubrico para poder introducísela de la forma más suave. Estoy muy excitado; de hecho, dudo en si podré aguantar mucho rato sin correrme.

Acerco la punta y hago un poco de presión. No lo tiene muy

abierto; se nota que no está acostumbrado.

—Relájate —le digo mientras le acaricio las piernas.

Tiene un culo con un poco de vello. El último culo que había visto era el de Álvaro, más blando, más suave. Este es más duro, al principio costará más.

Con pequeños vaivenes voy entrando poco a poco. Al principio, pone cara de dolor, pero poco a poco le cambia a una cara de placer; de sorpresa, pero de placer. A la vez, gime.

—Unai... —me dice como si me suplicara.

Caigo en la cuenta de que no le conozco de nada, y la saco suavemente.

—Espera. —Me levanto y voy al armario—. Mierda, no tengo condones...

—Yo he traído, si quieres —me dice sonriente.

De su mochila coge uno y lo abre como si nada. Se acerca a mí y, mientras me besa, me lo pone casi sin que me dé cuenta.

—¿Y esta agilidad? —le pregunto entre risas.

—Muchos años —me responde, cómplice—. ¿Por dónde íbamos?

Volvemos a la cama como si no hubiéramos parado. Se pone boca abajo, con las piernas abiertas y las rodillas apoyadas, levantando un poco su culo. Me coloco detrás de él y le echo un poco más de lubricante. Cada vez está más blando.

Consigo entrar en él con facilidad. Intento ser suave, no quiero hacerle daño; que disfrute mientras allano el camino. Lo abrazo y le masturbo a la vez que le penetro.

—¿No decías que no te gustaba? —le pregunto—, porque parece que sí.

No necesito que me responda. Se le ve en la cara, en cómo se mueve y en cómo respira, jadeando, que le gusta.

—Para —me dice—. O me voy a correr.

Las primeras veces que alguien es penetrado, puede llegar a correrse bastante rápido. Y eso quiero que le pase a Thiago.

—Para.

Pero cuanto más me pide que pare, más rápido me muevo. Quiero que no lo olvide jamás. Respira con mucha fuerza y gime como, juraría, jamás ha gemido.

—¡Me encanta! —se deja llevar.

Se corre entre gritos. La música de fuera hace que no me dé miedo que se oiga nada. Me río al ver llegar semen hasta el cabezal de mi cama.

—Joder —suspira.

Me vuelve a mirar, como si se le hubiera aparecido un dios divino, como si me diera las gracias. Despacio, intento sacarla con cuidado. No me he corrido. Tal vez más tarde podamos repetir.

—¡Unai, las uvas! —Es Daniel, desde el otro lado de la puerta.

Nos damos un beso y salimos rápido de la cama.

—¡Voy!

Ahora sí, es el momento de dar la bienvenida al nuevo año .

47

ÁLVARO

Las horas en el aeropuerto se me están haciendo interminables. Lo que ha empezado como un retraso de quince minutos, ya va por dos horas. Estoy desesperado. Hay una tormenta muy bestia que está paralizando media Europa. En las puertas de embarque no hacen más que acumularse gente y en la mayoría de los vuelos pone «retrasado».

En estos casos, hay dos tipos de personas: las que se cabrean, creyendo que cuanto más nerviosas se pongan antes dejará de llover; y las que se lo toman con humor y deciden pasar el rato de la mejor manera que puedan. Yo pertenezco al primer grupo; al de la gente asqueada.

Me he dejado la pasta para dar una sorpresa a Unai y no voy a llegar a tiempo.

—Feliz Año Nuevo, chico —me dice una mujer de unos sesenta años.

—Feliz año —respondo con mala cara. Intento ser amable, pero soy totalmente incapaz; el cabreo que llevo es monumental. Me siento imbécil, idiota, un capullo.

¿En serio creía que me iba a salir todo bien? Este año está siendo una puta lección de vida. Será verdad que cada uno recibe lo que merece y yo estoy celebrando el Fin de Año que merezco: solo, en un aeropuerto, todo es carísimo y, además, nadie me espera en ningún sitio porque nadie sabe que estoy yendo a Londres.

No nos dan información, no sé cuándo va a salir el vuelo. Podría ser en diez minutos, dentro de un par de horas o nunca. En Londres llegan al nuevo año una hora más tarde, pero ni con esas voy a llegar a tiempo.

Pienso en llamar a Unai, pero no tiene sentido. ¿Qué le digo? ¿«Te iba a dar una sorpresa, pero no»?

Quiero evitar cualquier red social para ver cómo absolutamente

todo el mundo celebra la entrada del nuevo año. Solo le mando un mensaje a Thiago. Me dijo que tal vez pasaba la Nochevieja en Barcelona, pero se habrá quedado en Galicia. Espero que se esté aburriendo.

ÁLVARO:

Que acabes bien el año.

Qué fácil es simular entereza en un mensaje escrito.

No me responde.

La azafata se coloca ante el micrófono y todos nos ponemos de pie.

—Pasajeros del vuelo Ryanair 1205 con destino a Londres Gatwick, lamentamos comunicarles que, a causa de la tormenta, el vuelo ha sido cancelado. Ryanair les desea un feliz Año Nuevo .

48

UNAI

Las primeras semanas del año están siendo curiosas. No faltó al entrenamiento ni un solo día y me siento más focalizado que nunca. El primer campeonato está al caer. Entre los compañeros, ya nos conocemos. Se han creado los primeros vínculos y también las primeras rivalidades. A pesar de ser todos deportistas de élite, es inevitable crear un nuevo *ranking* de quiénes son los mejores, los medios y los no tan buenos como los demás. Algunos incluso han abandonado.

Con Daniel, seguimos estando al mismo nivel y entrenamos como pareja de salto. Somos cómplices ante cualquier situación, para lo bueno y para lo malo. Aunque a veces temo que el vivir y entrenar juntos haga que acabemos hartos el uno del otro. Además, ahora mismo no estamos solos en casa. Thiago sigue ahí.

Entre nosotros no sabría decir qué está pasando. Después de Fin de Año, le ofrecí quedarse unos días más, para que pasara las vacaciones, y esos días se han convertido en semanas. Se ha comprado algo de ropa y también me roba algunas prendas. Al estar en casa, suele preparar cenas y se encarga de comprar o de hacer cosas que a mí no me da tiempo. Cuando llego del entreno, está siempre en casa y rara es la vez que no acabamos teniendo sexo. Acabo el día completamente muerto... La situación es rara. No sabría decir si me gusta o no, pero un propósito de Año Nuevo era no darle muchas vueltas a las cosas y lo estoy cumpliendo. Con él diría que... estoy bien. Sin más.

Thiago se despierta todas las mañanas conmigo a las cinco y me acompaña al centro.

—Es muy fuerte que madrugues cada mañana para entrenar; yo no podría —me dice.

Está amaneciendo. Es de los pocos días que no está nublado y se ve cómo el sol está a punto de salir. Hace un frío que hiela. Vamos

completamente abrigados, con gorro, bufanda y guantes. Al hablar, nos sale vaho de la boca.

—Al final te acabas acostumbrando —le explico—, si es lo que te gusta...

—Ya. Aun así, tienes mucho mérito.

Lleva un rato buscando algo en el abrigo.

—¿Qué te pasa?

—Creo que me he dejado el móvil —dice—. Quería hacer una foto. Mira el cielo, está precioso.

No es la primera vez que se lo deja en casa. Saco yo mi móvil y tomo un par de fotos del cielo. También, un selfi de los dos.

A pesar de que ha pasado casi un mes, no puedo evitar comparar a Thiago con Álvaro. En todo: en el día a día, en la forma de ser, en la cama e incluso en la forma de dormir; pero, sobre todo, en las conversaciones. Tengo la sensación de que Thiago se interesa por mis cosas, me admira cuando hablo, le impresiona lo que hago... A Álvaro le parecía todo más... ¿*normal*? Yo me interesaba por todo lo que hacía y él, en cambio, parecía no enterarse demasiado.

Thiago siempre está pendiente de mí. Incluso echo en falta que me hable de él mismo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le digo.

—Las que quieras.

—Nos conocimos en Barcelona...

—Correcto.

—Estabas en Galicia.

—Correcto.

—Y ahora estás en Londres.

—¡Premio! —bromea—. Y quieres saber qué plan de vida tengo, ¿verdad?

También suele facilitarme las preguntas incómodas, cosa que con Álvaro no pasaba jamás. Cualquier tema era picar piedra y solo a veces obtenía una respuesta.

—Si te soy sincero, no tengo muchos planes para este año. Está lo que te conté del bar que queríamos montar con mi amigo, pero es todo mucho más lento de lo que pensábamos. Préstamos, licencias... No sé si al final saldrá.

—¿Y en Barcelona no te quieres quedar?

—No sé... Creo que ahí no acabo de encontrar mi sitio.

—¿A qué te refieres? ¿Trabajo? ¿Chicos?

—Todo, en general. Trabajo hay, pero mal pagado. Y chicos... tampoco nada. Bueno, cosas, ya sabes... sin importancia.

—¿Y no ha habido ninguno que haya sido algo más? Algo más que una noche, me refiero...

Thiago duda unos segundos.

—Antes de Navidad estuve medio liado con uno. De hecho, estuve viviendo en su piso porque tuve que dejar el mío. Nos liábamos, pero creo que él quería algo más conmigo.

—¿Y tú no querías nada? —sigo con el interrogatorio.

Con un gesto dice que no.

—No me gustaba lo suficiente. No despertaba nada en mí.

—Pero si estuviste con él... algo habría, ¿no? No vives con alguien y te lías con esa persona como si fuese lo más normal. Algo habría, por pequeño que fuera.

Veo que se queda pensando unos segundos.

—Estaba bien —le noto un pequeño cambio en su forma de hablar, como si hubiera reflexionado—. La verdad es que sí, ahora que lo dices, era majo.

De repente, se ríe.

—Hubo un día que se cabreó conmigo porque me inventé el final de una película que él quería ver. Empezó a gritarme: ¡*Spoilers* no! Y yo no paraba de inventar más y más cosas.

—Qué cabrón...

—Estuvo sin hablarme hasta que vio la puta película y se dio cuenta de que le había tomado el pelo. —Sonríe hasta que se vuelve a poner serio—. Lo que me pareció bastante inmaduro, la verdad. Aunque también era más joven...

—¿Mucho más?

—No sé qué edad tenía. Veintipocos...

Parece que me describa a Álvaro.

—Pobre chaval, le romperías el corazón —bromeo, solidarizándome con ese chico que seguramente aún esté pensando en Thiago—. ¿Cómo se llamaba?

—¡Unai! —Daniel aparece detrás de nosotros, a unos diez metros. Por las mañanas, no nos vemos en casa, suelo salir antes que él, que apura más el tiempo. Va rápido y nos alcanza.

—¡Chicos!

—Daniel, ¿qué tal?

Me saluda a mí, con un abrazo, y a Thiago le dedica una mirada un poco más reservada.

—Llegas un poco justo, ¿no?

—Es que no encontraba ningún bañador mío. Al final me he metido en tu habitación y allí estaban. —Parece molesto.

—Qué raro —le digo—. Yo no te los he cogido.

Thiago nos mira con cara de circunstancias.

—Perdonad —dice—, a lo mejor he sido yo. Al recoger la ropa limpia, habré cogido los tuyos sin querer.

Me fijo en Daniel.

—Puede ser —intento justificarlo—, es que son prácticamente iguales. Pero fíjate que yo uso la talla L y Daniel la XL. Lo siento, Daniel.

—No pasa nada —responde—. Pero es que no es la primera vez, y casi llego tarde por esto. No toquéis mi ropa.

—Lo siento —se disculpa Thiago.

Thiago se despide. A mí, me da un beso en los labios; a Daniel, le estrecha la mano. Se va, deshaciendo el camino para volver a casa.

Daniel me frena, antes de entrar al centro, y se me queda mirando.

No hace falta que diga nada, entiendo perfectamente lo que me quiere decir.

—Lo sé —respondo directamente—. Tienes toda la razón.

—Ayer estuvisteis una hora follando —me dice. No puedo evitar reírme—. En serio, se oía todo.

—Lo siento, lo siento —me disculpo.

—No, no. Si eso, en el fondo, me da envidia —sonríe.

Pasamos el control de seguridad. Vamos directos a los vestuarios, saludamos a algunos compañeros y nos colocamos en la misma zona de siempre para cambiarnos.

—Dijimos de ir a vivir los dos, para estar más tranquilos, y estamos viviendo tres en esa casa —dice, mientras nos quitamos los abrigos.

—Ya. Tienes razón. Es que ni me he dado cuenta. Han ido pasando los días y...

—En casa no se puede quedar, lo siento.

—Lo sé. Si yo tampoco pensaba que se fuera a quedar tanto tiempo. Me dijo que volvería a Galicia en cuanto hiciera no sé qué un amigo suyo, pero... no sé. Nunca llega el día y tampoco quiero echarlo.

—Pues...

—Sí —le corto—, hablaré con él.

Nos quitamos la ropa para ponernos el bañador. Podemos tener una conversación seria a la vez que nos desnudamos el uno frente al otro, nos hemos acostumbrado.

—¡Eh! —Cambia de tema—. ¿Tienes la polla roja?

—¿Qué dices? —Me tapo rápido con la mano.

—En serio, ¿habéis follado esta mañana?

Miro alrededor. Por suerte, no todo el mundo nos entiende.

—Cuando me he despertado, he notado algo raro y... era él, que me la estaba comiendo —le explico.

Cada vez que le cuento mis prácticas sexuales, reacciona como si estuviera ante una película de ciencia ficción.

—Sois muy fuertes.

—Al principio era como un sueño, pero después era él que estaba ahí... Y, sí, después hemos follado.

No puedo evitar sonreír. Me subo el bañador y me lo ato. Daniel también se ha cambiado y nos dirigimos a la piscina. Subimos a la plataforma de diez metros haciendo algo de broma. Una vez arriba, avanzamos unos pasos y nos preparamos para el salto.

—Daniel, espera un par de días, ¿vale?

—Se lo tienes que decir ya.

—A ver qué pasa con el bar de su amigo. Si se lo dan, se vuelve a Galicia. Se lo dirán esta semana.

Daniel me sonrío.

—Está bien.

—Y, si quieres, le digo que por las mañanas vaya a tu cuarto y te la coma a ti también, así no pasas tanta envidia.

—¡Vete a la mierda! —se ríe.

Tras pelearnos y casi perder el equilibrio, nos colocamos al borde de la plataforma. Nos damos media vuelta para ponernos de espaldas. Hacemos una cuenta atrás.

—Tres, dos y...

Saltamos .

49

THIAGO

No sé exactamente qué estoy haciendo en esta ciudad, solo sé que no quiero irme. Por otro lado, no hay que ser muy listo para notar que Daniel no me quiere en casa. Es momento de ponerme las pilas.

Esta mañana he impreso treinta copias de mi currículum. No es el más extenso del mundo, pero queda claro quién soy y lo que busco: trabajo de cocinero o camarero en cualquiera de los restaurantes de la zona. He ido a arreglarme el pelo y he aprovechado para que me afeitaran. Parezco otro.

He recorrido todo el Stratford Shopping Centre, que está al lado de casa; sin embargo, en todos los sitios me responden lo mismo: o que no necesitan a nadie o que sin inglés no puedo trabajar ahí. Encima, desde el Brexit, es casi imposible que me hagan contrato. En algunos lugares, sin embargo, me permiten dejarles un currículum encima de la barra. Encima, desde el Brexit, es casi imposible que me hagan contrato.

Me quedan tres hojas en la mano; las he repartido casi todas.

Necesito despejarme.

Camino por el borde del canal que atraviesa el Queen Elizabeth Olympic Park, una zona industrial totalmente convertida para las Olimpiadas. Me gusta, pero dudo si realmente sería capaz de adaptarme aquí.

Entonces, me suena el móvil.

En la pantalla: Antón.

Lo del bar está avanzando más rápido de lo que imaginaba, aunque a Unai le digo que está todo muy parado.

—Antón, ¿cómo estás? —le digo mientras me siento en el césped.

—Estoy en el bar de Félix —dice, emocionado.

—Qué raro... —ironizo.

—Thiago, tío, he estado hablando con él y con los dueños y...

—¿Y qué?

—En una semana podremos firmar el cambio de titularidad... ¡Y el bar será nuestro!

Me quedo mudo.

—¿Cómo? ¿Ya?

—¡Que nos lo traspasan! ¡Thiago, lo conseguimos! ¡Tendremos nuestro propio bar!

La cabeza me va a mil. De golpe, no lo veo tan claro.

—Pero... ¿cómo ha sido? ¿Qué habéis hablado?

—Joder, Thiago, no es tan complicado. En un par de semanas podemos estar trabajando aquí. Empezar la reforma. ¡Hacerlo nuestro! ¿Cuándo piensas volver de Londres? ¡Llevas casi un mes!

De repente, me doy cuenta de que no estoy ni la mitad de entusiasmado que él. De hecho, no estoy nada entusiasmado.

—Antón, ¿no es un poco precipitado?

—Pero ¿qué te pasa ahora? ¿No te echarás atrás?

—¿Te lo tengo que decir ahora? —le pregunto—. Necesito pensarlo.

—¿Cómo? ¿Pensar el qué? ¡Lo hemos hablado mil veces! ¡Ya he dicho que sí! ¿Ahora dudas o qué?

En este momento, solo tengo a Unai en la cabeza. ¿Y si consigo trabajo aquí? Es la primera vez que me intereso por un tío.

—Antón... —vacilo unos segundos—, creo que de momento te tengo que decir que no.

—¿Pero qué coño te pasa ahora? Si nos echamos atrás se lo quedarán otros. Es nuestra oportunidad.

No sé qué decirle.

—Es nuestro sueño —me insiste—, ¿qué te pasa ahora? Joder, Thiago, no te entiendo.

Al final, me hartó.

—Antón, es *tu* puto sueño. No el mío. Si quieres el bar, cógelo tú. Le cuelgo .

50

ÁLVARO

Nunca entenderé por qué enero tiene tantísimos días. No acaba nunca.

A estas alturas ya puedo decir que he vuelto a mi estado natural: soltero. No he sido capaz de decirle a Unai que quería visitarle pero que me quedé en tierra, suena a excusa barata. No sé si me creería. Siempre que pienso en llamarle y explicárselo me parece que no es el momento. Él tampoco me habla mucho. Tal vez sea lo mejor para los dos.

De Thiago tampoco he vuelto a saber nada. Las veces que le he preguntado por su vuelta a Barcelona o si se quedaba en Galicia me ha respondido de forma muy ambigua, así que, poco a poco, también hemos ido perdiendo el contacto.

Como dijo un día una amiga: «Año nuevo, pollas nuevas».

Todavía no he estado con ningún chico. Tengo el contador a cero, y no por falta de ganas, pues no hago más que fijarme en todos los tíos que veo por la calle y fantasear con todo lo que haría con ellos. Siento que entre Unai y Thiago han creado un monstruo y solo quiero seguir conociendo hombres y hacer de todo. No me siento tan pánfilo ni inocente como hace un tiempo.

De todos modos, estas semanas he aprovechado el tener una vida aburrida para avanzar con mi TFG, en la futura guía LGTBIQ+ de Barcelona. He entregado un borrador a mi tutora y en breve podré tener la versión definitiva. Quiero pensar que el contenido es atractivo: hay rutas para hacer durante el día, como el itinerario por la historia de la Barcelona gay, el paseo por el Eixample izquierdo o los museos y centros culturales; hay recomendaciones de bares y restaurantes, y, obviamente, un apartado con la vida nocturna. También, un calendario anual, además de las fechas del Pride o las de ciclos de cine LGTBIQ+ y otras fiestas en los barrios y pueblos de los alrededores. Al final, también recomiendo artistas LGTBIQ+ para

que la gente eche un ojo a sus obras.

Estoy completamente inmerso cuando recibo una llamada de un número desconocido.

—¿Álvaro? —Es una voz femenina que me resulta familiar.

—Hola —respondo, intrigado—. Perdona, no tengo tu número. ¿Quién eres?

—Sí, disculpa —sigue—. Soy Lourdes, de la universidad. Te llamo desde mi móvil personal, espero que no te importe.

—¡Lourdes!

No entiendo qué hace mi tutora llamándome.

—Sí. Perdona que te llame ahora, pero es que hay algo importante que quiero comentarte.

—La semana que viene te entrego la versión definitiva, esta vez sí.

—No te preocupes por eso ahora y escúchame, Álvaro —se centra—. Tu propuesta...

Hace un silencio muy expectante. Demasiado para mí.

—Me ha encantado.

—¿En serio?

—De verdad, no te llamaría si no fuera así. Pero es que hay algo más.

—¿Qué pasa?

—Una amiga mía es editora. —Me sube un cosquilleo por el estómago—. Acabo de quedar con ella para tomar algo. Pero hablando de esto y de lo otro le he explicado tu idea.

—No me jodas —se me escapa.

—Y justo me ha comentado que están buscando este tipo de contenido. Guías turísticas, pero no tan genéricas; dirigidas a un público en concreto, vamos.

—¿Sí...? —Necesito que siga hablando.

—Es decir, algo que huya del circuito Sagrada Familia, Park Güell, etc.

—Claro, es que eso... ya está en todos lados.

—Le he mostrado el borrador de tu guía y le he hablado de ti. —Su voz solo vaticina buenas noticias—. Y es muy probable que les encaje tu propuesta.

—¡No me lo creo! —Necesito gritar.

—¡Síííí! —Se la ve entusiasmada—. Enhorabuena, Álvaro. Al final, te va a salir redondo.

—¡No me lo creo, Lourdes! ¡Esto es muy fuerte!

—¡Tenía que contártelo! ¡No podía esperar!

—¡¡¡Dios!!! Mil gracias. ¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte!

—¡Ahora se te viene trabajo, eso sí!

—¡Bienvenido sea! —le respondo, con una expresión más propia de mi madre que mía, para sonar algo formal.

—Te tengo que dejar, Álvaro. Seguimos hablando, ¡y enhorabuena! Colgamos la llamada.

Necesito contárselo a alguien, pero... me doy cuenta de que no sé a quién llamar. Pienso en María, pero hace demasiado tiempo que no hablamos. Se lo quiero decir a Thiago, pero jamás se ha interesado por mi guía. De hecho, por nada mío.

Es entonces cuando me doy cuenta de quién es la persona que más se alegraría de escuchar esta noticia, la única que ha estado ahí desde el principio. Me doy cuenta de quién me ha apoyado y quién ha insistido para que esto saliera adelante. Si no hubiera sido tan imbécil, ahora lo podría celebrar con él.

Quiero llamarle. Necesito contárselo.

No sé si debo. No sé si es bueno hacerlo o no. Pero me da igual; necesito compartir este momento con él.

Llamar: Unai.

Pasan unos segundos.

—Bueno —responde un poco seco—, ¡cuánto tiempo!

—Hola —digo con cautela—, ¿cómo estás?

Suspira.

—En todas estas semanas, he tenido ratos mejores y ratos peores.

—Se muestra completamente arisco.

Mierda. No es momento de darle la noticia.

—Te llamaba para contarte una cosa, pero tal vez no sea el momento...

Sus silencios me matan.

—No sé, Álvaro. Te invité a venir a Londres, me dijiste que no podías y no has vuelto a decir nada en todo este tiempo. Y ahora me llamas para... ¿para qué exactamente, Álvaro?

Podría habérselo contado en cualquier momento, pero no. Lo haré ahora.

—Unai, quería darte una sorpresa.

—¿Cómo?

—Me salió todo al revés. Pero sí que me compré el billete a Londres.

—¿Cuándo?

—¡En Nochevieja! —Me siento tan ridículo—. El 31 estaba yendo hacia allá y quería darte una sorpresa, por eso te pedí la dirección.

Hago captura de pantalla del billete y se lo envió; también una foto de la pantalla con la palabra *cancelado*.

Unai no responde.

—¿En serio? —Se le ve muy sorprendido—. ¿Pero por qué no me dijiste nada?

—Porque me parecía ridículo. Quería llegar, darte la sorpresa, hacer las paces contigo... Pero cancelaron el vuelo y pensé que a lo mejor era porque tenía que quedarme en tierra. Tal vez fue el destino.

—¿Cómo va a ser el destino? Joder, Álvaro. No creas en esas cosas.

—¡Sí que creo!

—Pero me podrías haber dicho que... que venías.

—Siempre has sido tú el de las sorpresas, quería darte yo una por una vez. Pero salió mal.

Se le ve callado. No sé qué decirle. Parece bastante descolocado.

—Bueno —trato de seguir—, ¿y qué tal todo? ¿Cómo has empezado el año?

Sus ojos se van a un lado y a otro, como buscando por dónde empezar. Suspira.

—Pues la verdad es que todo bien. Los entrenos bien, adaptándome..., cada vez más integrado aquí. —Tiene un tono raro—. Te he de contar algo, Álvaro.

Lo dice de una forma que consigue que se me cierre el estómago de golpe.

—¿Qué pasa?

Vacila.

—Es que no quiero andarme ahora con medias verdades ni hacer como si nada...

Escucho atento.

—No es nada serio, pero... estas semanas... he estado conociendo a un chico.

—¿Cómo? —Intento mostrar naturalidad, como si no me molestara, aunque no puedo evitar rabiar por dentro.

—Eso... Quería contártelo. No quiero andarme con tonterías contigo. He estado conociendo a uno.

Me doy cuenta de que me jode más de lo que esperaba.

—Ah. —Me quedo mudo—. ¿Y qué tal? ¿Es inglés?

—No, qué va. Es español.

¿Un español? ¿En serio? Me jodería menos que estuviera con otro deportista de élite, italiano o griego, pero... ¿un español?

—De hecho, lo conocí la noche que estuvimos en el Apolo.

—¿Qué? —No entiendo nada—. Pensaba que te habías ido a casa.

—Me estaba yendo, pero al salir... me quedé un rato y...

—Ah —respondo—, entonces no estabas tan dolido como me dijiste.

Odio que la gente vaya de víctima.

—Sí que estaba dolido, y mucho.

—Sí, tanto que no tardaste nada en tirarte a otro.

—No me lo tiré.

—Entonces, ¿qué hicisteis?

—Eso es lo de menos.

—No es lo de menos.

—¿Perdona? ¿Me lo dices tú, que ni esperaste a dejarlo conmigo para liarte con otro?

—Te dije que tenía dudas. Te lo dije desde el primer día.

—No creo que tuvieras tantas dudas; de hecho, lo tenías todo muy claro.

—Al menos no voy de que estoy superenamorado y tardo un minuto en pasar página.

—¿Quién te dice que he pasado página?

—No sé. ¿No dices que estás conociendo a un tío? Eso es pasar página.

—Pero eso no significa que contigo haya pasado...

Se queda en silencio.

Nos quedamos callados unos segundos. Me doy cuenta de que no habíamos hablado sobre lo nuestro.

—Lo siento, Unai... —Quiero zanjar el tema—. Lo siento, te lo he dicho mil veces. Lo hice mal y me porté fatal contigo. Si estás conociendo a alguien..., en el fondo, me alegro por ti. —Mentira. No me alegro. En el fondo creía que iba a estar siempre ahí.

Oigo su respiración al otro lado del teléfono; es más fuerte de lo habitual.

—Joder, Álvaro —se le agudiza la voz—, lo he pasado muy mal. Lo pasé mal al irme de Barcelona, lo pasé mal estando lejos de ti y me derrumbé cuando vine y... me dijiste que estabas con otro.

—No estaba con otro —intento justificarme—, solamente estaba...

—Lo que sea. No querías estar conmigo.

—No es exactamente que no quisiera estar...

—Da igual, Álvaro. Déjalo.

Me duele tener esta conversación. No sé qué me pasa. Estoy triste y, a la vez, supercabreado.

—¿Y vive ahí o le has propuesto una relación a distancia y enseguida le ha parecido bien?

Me mira de una forma muy rara; está entre dolido y cabreado. Los dos estamos igual.

—Cuando te invité a pasar Fin de Año conmigo y me dijiste que no, me sentí muy idiota.

—Idiota, ¿por qué?

—Porque nunca has venido a verme y me sentí como un pesado que no hace más que insistir.

—Joder. Te lo tendría que haber dicho.

—Fue ahí cuando escribí al tío este. Nos pusimos a hablar... Una cosa llevó a la otra y no dudó en venir a pasar unos días conmigo y...

—...y ahora sois novios.

—No somos novios. No sé qué somos. Tampoco tengo claro que...

—Da igual —le corto—. Si no tienes que darme explicaciones.

Nos quedamos un rato en silencio. No queremos hablar, pero tampoco queremos colgar. No nos miramos a través de la pantalla.

Al cabo de un buen rato, toma él la palabra.

—¿Para qué me llamabas? —me pregunta.

—Da igual. Te lo cuento en otro momento.

—No, Álvaro. Dímelo.

Sigue siendo el mismo Unai. Atento, cariñoso. Me duele que esté conociendo a alguien; que otro tío vea en él lo que yo no fui capaz de ver en su momento.

Dicen que las cosas pasan por algo, y tal vez sea lo mejor para los dos.

—¿Me lo vas a contar o no?

Trago saliva. Se me hace raro, pero la noticia es demasiado buena como para no compartirla.

—¿Te acuerdas de mi guía gay de Barcelona? —le digo sin mucha euforia.

—Claro —sonríe a pesar de tener los ojos tristes.

—Al parecer, ha llegado a manos de una editora y podría ser que la publicaran.

—¿Cómo? —Noto que se alegra a pesar de la situación.

—Sí. Muy fuerte. —No me muestro demasiado entusiasmado.

—Álvaro, esto es muy bestia. ¡Enhorabuena!

—Lo sé —le digo, contenido—. Si estuvieras aquí, lo celebraríamos.

—Joder, Álvaro. Enhorabuena. Te lo mereces.

Le miro por la pantalla y le digo lo que realmente siento.

—Si lo he conseguido, ha sido gracias a ti .

51

THIAGO

«Empiezas mañana». Jamás una frase me había puesto tan contento. Acabo de recibir una llamada del *Signorelli*, el primer restaurante en el que dejé mi currículum, lo conocía de haber ido a hacer el *brunch* con Unai para pasar la resaca de Año Nuevo. La encargada era italiana y nos llevamos muy bien. Nunca he creído en las señales, pero por primera vez las estoy recibiendo y me están pasando cosas buenas. Todo encaja.

Llego a casa y abro a toda prisa el cerrojo; parece una caja fuerte de las vueltas que hay que dar y el ruido que hace, retumbando por toda la madera.

Voy directo a la habitación de Unai. Tiene la puerta cerrada. Acerco la oreja para saber si está hablando con alguien, o en una reunión o haciendo algo importante. Por el tono, parece que hable con un amigo.

Abro la puerta lentamente.

—Unai —le susurro en alto—, ¡buenas noticias!

Lleva los *airpods* y me indica que está hablando con alguien; parece que tiene los ojos llorosos.

—Hablamos en otro momento, ¿te parece? —dice en la llamada y cuelga.

—¿Qué te pasa? —me acerco, preocupado.

—Nada —me responde, con la voz entrecortada.

—¿Con quién hablabas?

—Nada con... con un amigo. —Desvía el tema—. ¿Qué me tienes que contar?

Miro la pantalla del ordenador, tiene el WhatsApp abierto en la pantalla. Le miro a él. No está muy animado.

—¡He conseguido trabajo! —No sé si esperaba que saltara de alegría o qué, pero lo que no hubiera pensado en ningún momento era que se quedara callado. Indiferente.

—¿Cómo? —Me mira con una expresión que no sé descifrar.

—Pues... —Está siendo incómodo—. Ha coincidido que se ha ido un ayudante de cocina y... ¡Pero no sabes lo mejor! ¿Sabes dónde me han cogido?

—¿Dónde? —Ni siquiera finge emoción.

—¡En el *Signorelli* !

—Ah —dice, seco—. Ahí van todos los de la residencia.

—Y fue el primer sitio al que fuimos tú y yo, ¿te acuerdas?

—Es verdad. —Sin ánimo, se sienta en la cama.

Actúa como si hubiera visto un fantasma.

Me acerco y me siento a su lado.

—¿Te pasa algo?

—No, no —dice—, para nada. Pero es que...

—Es que, ¿qué?

—Es que... no sé, a lo mejor tendríamos que haber hablado antes, pero... no sabía que tu idea era quedarte aquí. Pensaba que volvías a Santiago.

Trago saliva. Cada frase que dice es peor que la anterior.

—Lo sé —respondo. Pienso en cómo han ido las cosas—. Pero ha surgido... Pasar un tiempo aquí me puede venir bien. Puedo aprender inglés... No sé. —El único motivo por el que me quiero quedar es por él—. Y contigo... no sé. Estamos muy a gusto, ¿no crees? Yo, al menos, estoy... bien...

—Sí, sí —rectifica—. Si ha estado bien, pero... pensaba que venías para unos días y, ahora, de repente, tienes trabajo aquí. O sea, ¿te quedas a vivir aquí?

—Te dije que no tenía nada claro, que tal vez buscaba algo aquí.

—¿Pero —insiste— no ibas a montar un bar? ¿Qué ha pasado con eso?

Pienso en si contarle la verdad...

—Eh... Pues... es que... al final... creo que no nos lo dan —le miento—. Hablé ayer con Antón y... no pinta que vayamos a conseguir nada por ahora. Va para muy largo. Mejor estar aquí, aprendiendo otro idioma y seguro que de cocina puedo sacar ideas...

Le noto más frío que nunca.

—Unai, si es por quedarme en esta casa, ahora que tengo trabajo

buscaré una habitación o un sitio donde quedarme. Te lo juro.

—No, no... No es eso.

—¿Entonces?

Suspira de un modo que me inquieta.

—Thiago —me mira a los ojos—, es que creo que te estás haciendo una idea de lo nuestro que no sé si es la misma que tengo yo...

Era lo último que quería escuchar.

—Eh... A ver... Yo tampoco tengo una idea clara de «lo nuestro».

—Thiago, verás... —Desvía la mirada—. La noche que nos conocimos... en realidad yo estaba muy cabreado y dolido por otra persona.

—Sí, lo sé. —Odio este tema—. Que te había dejado tu novio.

—Exacto...

—¿Y qué problema hay? —No soporto que la gente se encalle con los tíos. Se me acelera el pulso—. ¿Qué me quieres decir? No tengas miedo. No me va a pasar nada.

—Pues que mentiría si dijera que ya no siento nada por él.

El muy hijo de puta ha estado jugando conmigo. Me ha utilizado.

—Ahora estábamos hablando y... me doy cuenta de que no lo he olvidado.

—Pero si pasaba de ti —se me escapa—, nunca te ha hecho caso.

—No es que pasara de mí.

—Es lo que me has dicho siempre.

—Lo que pasa es que necesita aclararse.

Me doy cuenta de que no sé nada del otro tío. Nunca le he preguntado, nunca he querido saber nada; quería enterrar ese tema por miedo a que pasara justo lo que está pasando.

Estoy cabreado, estoy triste, siento rabia y, lo peor, celos por una persona que ni siquiera conozco.

—¿Y quiere volver contigo? O... ¿qué pasa?

Unai duda con la mirada.

—No lo sé... Pero quiera o no volver, lo que tengo claro es que ahora mismo yo no puedo ni quiero empezar nada con nadie.

Necesito irme. No aguanto ni un segundo más aquí; es como si se estuviera derrumbando todo y necesitara huir. Voy al armario a por mis cosas.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Irme. Me lo has dejado claro.

—No, Thiago. Quédate el tiempo que necesites.

—Que no, que no hace falta. Me sé buscar la vida. Vete con tu novio. No necesito quedarme porque te doy lástima.

—Joder, Thiago, no es por lástima. Joder, lo siento.

—No lo sientas. Pero podrías haberme avisado antes.

—¿Avisarte de qué?

—De que no sentías nada por mí.

—No es que no sienta nada por ti.

—¿Cómo?

—Quiero decir que... Nos acabamos de conocer; ni siquiera me ha dado tiempo a plantearme nada. Estoy bien. Hemos estado bien. Pero de ahí a... sentir algo...

—Tú lo dijiste: no vives con alguien y te lías con esa persona como si fuese lo más normal del mundo. Algo hay, por pequeño que sea.

—Esa frase se me quedó grabada y noto que piensa en lo que él mismo dijo.

—Es que tal vez sí haya algo, pero... de ahí a sentir realmente algo fuerte por ti...

—Pues yo sí —me sincero—. En estas semanas me he dado cuenta de que sí que puedo llegar a sentir algo por ti...

No sé si he guardado todas mis cosas, tampoco tengo nada importante.

—De verdad que lo siento, Thiago.

—No lo sientas. Si el gilipollas he sido yo.

—¿Adónde te vas? —me pregunta.

—Ya me espabilaré.

—En serio, Thiago, quédate hasta que encuentres algo o lo que necesites. Aquí es todo carísimo.

—Eh —le freno—, tranquilo, que soy mayorcito. Sé cuidar perfectamente de mí.

Me dedica una última mirada. Me cuesta pensar que esta misma noche la hemos pasado durmiendo juntos, desnudos, y que ahora me esté echando. ¿Cómo puede ser?

Sobre su escritorio, sigue el ordenador encendido. Esta vez sí miro

las conversaciones que tiene abiertas y no puedo evitar fijarme en la que tiene más arriba; su última conversación. Veo la foto de perfil y me resulta familiar. No solo eso: reconozco perfectamente a esa persona y solo tengo que leer su nombre para confirmar quién es.

—¿Se llama Álvaro? Tu novio, o ex, o lo que sea... ¿Es él?

—Sí. ¿Por qué ?

52

UNAI

—¿Se llama Álvaro? Tu novio, o ex, o lo que sea... ¿Es él?

—Sí. ¿Por qué?

Cierro inmediatamente el ordenador, aunque ya lo ha visto.

Se ha sorprendido especialmente.

—¿Qué pasa? ¿Lo conoces?

Se queda un rato pensando y se me pasan mil imágenes por la cabeza. Sé que Thiago se ha liado con muchos tíos y no sería tan raro que hubiera estado con Álvaro, pero tampoco me pega con él.

—¿Os habéis liado?

Tarda en responder y eso me hace pensar que se conocen.

—Qué más da que lo conozca o no.

—Entonces, ¿os conocéis? Joder, Thiago, dímelo. —Algo muy fuerte se apodera de mí. Una sensación rara entre rabia y celos. Me siento totalmente desconcertado.

—¿Cambiaría algo? —me dice.

—¿A qué te refieres? ¿Pero qué estás diciendo ahora? —Intento calmar mi tono de voz, que no hace más que subir.

—Si ahora te digo que sí, que lo conozco, ¿cambiaría algo entre nosotros?

—¡Claro que cambiaría! —digo sin pensar.

—Vale. Dime. ¿El qué? ¿Qué cambiaría? —Thiago parece otro.

—Yo qué sé... —Me siento completamente descolocado—. Sabrías de quién estoy hablando. Eh...

—No, no. Me refiero a si cambiaría algo *entre nosotros* ; entre tú y yo.

Me quedo sin saber qué decir. La idea de que hayan podido estar juntos me vuelve extrañamente loco; se me pasan imágenes por la cabeza que no quiero ver. No sé qué es lo que me jode exactamente. Siento celos al pensar que Álvaro haya podido estar con él. Pero, al mismo tiempo, también me jode que Thiago haya

estado con... No puedo más.

—Por favor, Thiago. Solo dime si has tenido algo con Álvaro .

53

THIAGO

He salido corriendo de casa de Unai, no soportaba ni un segundo más estar ahí. La imagen de Álvaro se me ha quedado grabada en la retina y no me la puedo quitar. Casi exploto. Me apetecía decirle todo lo que he tenido con él; estaba tan cabreado que le hubiera explicado todo el tiempo que hemos estado juntos, todas las veces que se ha amorrado a mi pantalón para comérmela, la de veces que me ha suplicado que me lo follara y todos los gemidos que pegaba... Pero ¿qué hubiera ganado?

Lo mejor ha sido decirle que no tenía ni idea de quién era; no hubiera soportado escucharle ni un segundo más.

Bajo por la calle sin saber ni siquiera adónde ir. Necesito llamar a alguien. A Antón no puedo, ahora soy incapaz. No quiero hacer el ridículo ni quiero que vea que soy un puto perdedor, porque lo soy. He sido un capullo con él; le tendría que haber dicho que sí al bar.

—¡Me cago en la puta! —grito en la calle, dando una patada a una bolsa.

Siempre me acaban echando y me tengo que ir.

¿En qué momento he pensado que Unai querría algo conmigo? ¿En qué momento pensé que iba a salir algo bien? Lo he dicho siempre, prefiero estar solo.

Encima, ¿Álvaro? ¿Ese niñato?

Me duele el estómago. No recuerdo la última vez que me dolieron las tripas por las ganas de llorar; tal vez de adolescente. Jamás he vuelto a romperme de la manera en que lo estoy haciendo ahora. Ya lo hacía bien al no comprometerme nunca con nadie.

¿Qué me ha ocurrido estas semanas? Nunca me había pasado nada igual. ¿Por qué ha terminado tan rápido? Tal vez estaba durando demasiado; lo bueno me estaba durando demasiado tiempo.

Unai es el único tío que siento que merece la pena.

¡Joder!

Estar con él... le estaba dando sentido a todo.

No, no, no... No quiero que otro tío dé sentido a nada mío.

Tenía razón Antón, no había conocido al tío indicado, y el único que ha despertado lo mejor de mí... me ha jodido más aún.

Me dirijo a la estación de metro de Stratford. En el Queen Elizabeth Park hay mucha gente; es el mercadillo de antigüedades y venden todo tipo de cosas. Intento esquivar a todo el mundo; ojalá desaparecieran todos.

Me da la sensación de que llevo media vida aquí; los paseos junto a Unai bordeando el canal lo han sido todo para mí. Pero ya está, a otra cosa.

«Thiago, no llores».

Me arrepiento de haber dejado que mis sentimientos mandaran sobre mi cabeza.

¿El amor es esto? Pues vaya mierda.

Me tiembla el cuerpo...

De repente, en una de las paradas, veo un disco de vinilo que me resulta familiar. ¿De qué me suena? La portada en blanco y negro de dos cuerpos abrazados me recuerda algo y no sé qué. Leo el título, *Deseo carnal*, y entonces me viene a la cabeza. Voy a la conversación con Álvaro; él me envió ese disco. Le escribo.

THIAGO:

Álvaro... ¿cómo estás?

THIAGO:

Perdona que no te haya respondido antes, he estado liado .

54

ÁLVARO

THIAGO:

Álvaro... ¿cómo estás?

Me quedo a cuadros al ver un mensaje de Thiago, aunque no puedo evitar que me suba un cosquilleo por el estómago.

THIAGO:

Perdona que no te haya respondido antes, he estado liado.

A pesar de la emoción, intento hacerme el duro.

ÁLVARO:

Hombre, Thiago. Estás vivo... ¿Qué haces?

THIAGO:

Esta noche llego a Barcelona.

ÁLVARO:

Ah... ¿Ya vuelves? ¿Qué tal por Galicia?

THIAGO:

Bueno..., ya sabes..., nublado todo el día, lluvia, bastante frío...

ÁLVARO:

Jejeje. ¿Y has encontrado piso en Barcelona?

THIAGO:

Sí, pero entro en una semana. Te quería preguntar... si podría quedarme en tu casa un par de noches.

Me jode y me da mucha rabia, porque veo claramente que me está utilizando, pero eso no quita lo bien que nos lo podemos pasar juntos. Al fin y al cabo, soy un tío libre y puedo hacer lo que quiera.

ÁLVARO:

Claro... Quédate el tiempo que necesites.

Veo que está escribiendo algo. Espero. Deja de escribir.

Vuelve a escribir algo. Deja de escribir.
Me impaciento hasta que llega un mensaje.

THIAGO:

Álvaro.

¿Tanto rato para eso? Le respondo medio en broma.

ÁLVARO:

Dime, Thiago.

Vuelve a tardar una eternidad en terminar de escribir el último mensaje.

Al final, lo leo.

THIAGO:

Que muchas gracias por haber estado ahí siempre que lo he necesitado .

55

UNAI

Todavía me dura el dolor de barriga; hasta he tenido ganas de vomitar. Todo lo de Thiago me ha dejado una sensación muy rara. No quería que se fuera así... ¿Qué ha pasado de repente?

A la vez, hablar con Álvaro me ha dejado claro que, ni de lejos, lo he olvidado. Se merece que le salga bien lo de la guía, es su pasión, desde que lo conocí ha soñado con enseñar su ciudad al mundo y... lo va a conseguir.

UNAI:

Perdona que antes te he tenido que cortar. Pero me alegro un montón.

ÁLVARO:

Gracias, guapo.

Me jode no estar ahí en su día más importante.

ÁLVARO:

Y, aunque reconozco que me remueve un poco, espero que vaya bien con el tío que... «estás conociendo».

Si supiera lo que acaba de pasar...

UNAI:

Bueno... la verdad es que no creo que llegue muy lejos.

ÁLVARO:

Nunca se sabe. Sea lo que sea, me alegro de que estés bien.

Quiero abrazarle. Podría cometer la locura de ir a Barcelona esta misma tarde.

Miro billetes y veo que podría llegar al último vuelo, pero debo contenerme.

Con Álvaro nunca me ha salido bien lo de ser impulsivo.

ÁLVARO:

¿Nos llamamos un día de estos?

UNAI:

Claro...

Necesito preguntárselo...

Antes de escribirle pongo el móvil a cargar; estoy a punto de quedarme sin batería.

UNAI:

Por cierto. ¿Te puedo hacer una pregunta?

ÁLVARO:

Miedo me das.

UNAI:

Es una chorrada.

Me pongo hasta nervioso.

UNAI:

¿Cómo se llamaba el chico con el que estabas aquella noche en el Apolo?

ÁLVARO:

¡Jajaja!

UNAI:

Venga... Dímelo, anda...

ÁLVARO:

Thiago, ¿por qué ?

56

ÁLVARO

La tarde se me ha hecho eterna; desde que me ha escrito Thiago parece que el tiempo no ha querido avanzar. Lo que provoca en mí es demasiado fuerte. Desde que me ha escrito que estoy nervioso. He ordenado mi casa, que parecía una leonera. ¿Hubiera preferido esta noche ver a Unai? Tal vez sí, pero no está. Desde que le he dicho el nombre de Thiago, no me ha vuelto a hablar. No he entendido a qué ha venido esa pregunta...

Me escribe que está subiendo.

Le espero en la puerta de mi casa mientras observo la escalera vacía por la que va a aparecer. Oigo el eco de sus pasos y luego veo cómo asoma su pelo despeinado —pero con un corte diferente al que llevaba antes—, asoma su frente, sus ojos, su lunar... Nos cruzamos una primera mirada en silencio y le veo la cara entera, fijándome en cómo se ha afeitado la barba; en general, está más arreglado.

Tras subir los últimos peldaños, le observo de cuerpo entero.

—Nuevo *look* —le digo con ganas de abrazarle, esperando a que llegue a mi puerta.

Se ríe, regalándome una vez más esa sonrisa traviesa con la que le conocí; sus andares tampoco han cambiado. Tengo la sensación de que hace una eternidad que no le veo.

Me resulta menos altivo, como más tranquilo. Se va acercando, con el abrigo en una mano y la mochila colgada; la misma mochila con la que se fue antes de fiestas.

—Qué guapo estás —me sale decirle—. Te sienta bien volver a tu ciudad.

No sé si darle un beso en los labios, uno en cada mejilla, abrazarle o, sencillamente, no hacer nada. Él se acerca y me da un beso en la mejilla; un beso que me recorre todo el cuerpo, acelerándome y moviéndome la sangre de arriba abajo. Se aparta enseguida.

—Es tardísimo, lo siento —me dice.

—No importa.

Entramos en casa y cierro la puerta.

Lleva una bolsa grande de papel en la mano.

—Toma. Para ti.

—¿Qué es? —le pregunto intrigado.

—Ábrelo...

Dentro de la bolsa hay un disco de vinilo. Parece de segunda mano, tiene los bordes un poco tocados. En la portada, el torso de un hombre de espaldas abrazado a una mujer.

—¿De dónde lo has sacado?

Me sonrío.

—Lo vi en un mercadillo de segunda mano; tenía que comprártelo.

Deseo carnal. Al mirar la portada, fantaseo con ese torso.

Miro a Thiago y me apetece hacer de todo con él.

—Quítate la mochila —le digo—. ¿Tienes hambre? He puesto dos *pizzas* en el horno.

Thiago no se mueve, ni siquiera se ha quitado el abrigo.

—No me voy a quedar, Álvaro —me deja completamente descolocado; tiene una mirada triste que nunca antes había visto.

—¿Pasa algo...? —le pregunto, extrañado.

Parece que me quiere decir algo, pero que no es capaz.

Traga saliva.

—Álvaro... —dice, al fin.

—Me estás asustando, Thiago.

—No, no, para nada. No te asustes. —Me dedica una pequeña sonrisa y coge aire—. Verás, yo podría pasar la noche contigo. De hecho, ahora mismo, me apetece hacerlo. Y, si te digo la verdad, hasta creo que no me importaría... —va soltando las palabras en cuentagotas—, no me importaría volver a pasar unos días aquí en tu casa.

—Entonces... es que no entiendo qué pasa...

—Álvaro, tú tienes a un tío ahí que vale millones.

—¿Qué dices? ¿De quién hablas?

—Sabes perfectamente de quién estoy hablando.

Me quedo totalmente descolocado. Enseguida pienso en Unai, pero

no entiendo nada: ¿cuándo le he hablado yo de él?

—¿Estás hablando de Unai?

—¿De quién si no?

—Pero, pero... —Siento como si no fuera real lo que está pasando—. ¿A qué viene todo esto? ¿De qué conoces tú a Unai? —Se me pasan mil cosas por la cabeza y de repente recuerdo la pregunta que Unai me ha hecho antes y me empieza a cuadrar todo. No sé cómo, pero algo ha pasado.

—Álvaro —se me acerca y me coge por los hombros—, ahora no importa ni cómo lo conocí, ni cuándo, ni... ni nada de eso. —Sus palabras suenan completamente honestas—. Ahora solo te pido que me escuches.

No sé qué decir, así que no digo nada.

—Por el motivo que sea... Sí, he conocido a Unai. Ya habrá tiempo para hablar de cómo fue... Lo importante ahora es que si algo me ha quedado claro es que... es un tío increíble. No tengo palabras para describir lo... cariñoso, guapo... y lo especial que es.

—Pero...

—Déjame terminar. —Se le quiebra la voz—. Y también te he conocido a ti. Yo sé, Álvaro, que no me he portado especialmente bien contigo. Pero... estos días me he dado cuenta de que tú también eres alguien especial, muy especial. Sin apenas conocerme, me has tratado mejor que la gran mayoría de la gente de mi alrededor. Y sé que entre tú y Unai...

Sus ojos empiezan a humedecerse.

—Entre tú y Unai puede haber algo... precioso. Y no me perdonaría jamás ser el causante de que lo vuestro no funcionase. En otro caso, romper una pareja me importaría una mierda, pero con vosotros no, créeme. Os merecéis el uno al otro .

57

UNAI

He llegado al avión por los pelos; casi me cierran la puerta en los morros. Me han sentado en primera fila. Durante el viaje no he parado de pensar en Álvaro y en Thiago, y en cómo me ha mentido, el muy hijo de puta. Claro que se conocían. Lo he notado.

Durante el vuelo, me han pasado demasiadas cosas por la cabeza y cada cual me desesperaba más. Tanto que he salido corriendo, pero con la puta mala suerte de que el taxista me ha llevado por un camino que estaba cortado.

Cada segundo que pasa me pongo peor. Necesito ver a Álvaro.

Llego al portal de su casa. Llamo por el interfono.

—¿Sí? —responde a los pocos segundos.

Suspiro antes de decirle nada.

—Álvaro..., soy yo. Unai.

No dice nada; directamente abre la puerta.

Subo corriendo por las escaleras y veo la puerta del piso entreabierta.

Me extraña que no me espere.

Me acerco y la abro poco a poco.

—¿Álvaro? —digo en voz alta mientras entro.

Aparece de pie y enseguida veo que enfrente está Thiago.

Están serios. Se miran entre ellos, me miran a mí. Miran al suelo...

Es como si la peor de mis pesadillas se hubiera hecho realidad. No quiero ni saber lo que le habrá dicho Thiago. Intento descifrar en la mirada de Álvaro si está cabreado, triste o qué siente en este momento.

De repente, Thiago coge aire y tarda en soltarlo.

—Bueno —dice—, me voy.

Miro a Álvaro, intentando entender algo.

—Quédate, si quieres —le dice a Thiago.

—Es mejor que me vaya. Tenéis mucho que hablar.

Pasa por mi lado para ir a la puerta y se detiene ante mí.

—Nos vemos, Unai. —Me abraza mientras me da un beso en la mejilla, cerca de los labios—. Cuidaos mucho .

58

ÁLVARO

Mientras Thiago se va por la puerta, siento que lo que acaba de suceder no es real. No sé qué ha pasado entre ellos, pero es verdad lo que dice Thiago: ya habrá tiempo para hablar. Me da cierta lástima que se vaya, es como si finalmente hubiera conocido al verdadero Thiago.

Unai tiene una mirada casi igual de perdida que la mía. Le sonrío para que sepa que todo va bien.

—No entiendo nada de lo que está pasando —le digo—, pero... me alegro de que estés aquí, conmigo.

Se me acerca mientras se quita el abrigo. Debajo, lleva una de esas camisas que hacen que parezca tan formal. Me agarra la cara, acariciándome la mejilla con el pulgar, y me da un beso en los labios; un beso que siento como el mayor abrazo que me ha dado nunca nadie.

—Álvaro, no sé qué te ha contado Thiago. Apareció justo en el momento que yo necesitaba...

—Unai... —le corto—. Si alguien tiene que dar alguna explicación, creo que ese soy yo.

Pero en sus ojos veo que no me la está pidiendo y tengo la sensación de que, por primera vez, nos entendemos. Lo dicho: ya habrá tiempo para hablar de todo.

Nos besamos una vez más, y ahora soy yo quien le acaricia el cuello rozando su mandíbula. Lo veo más guapo que nunca, más sexi que cualquier otra noche que haya estado junto a él. De golpe siento algo inmenso, más fuerte de lo que haya sentido jamás.

Nos acariciamos y nuestra conexión es casi perfecta, como si nos estuviéramos uniendo más que nunca. Intento saber qué es lo que ha cambiado, qué ha pasado para que me sienta tan bien con él.

No podemos evitar seguir besándonos, casi sin hablar.

Mi mano va directa a los botones de su camisa para desabrocharlos

de uno en uno. Destapando su pecho poco a poco...

Nos interrumpen unos golpes en la puerta; alguien ha llamado.

Nos miramos extrañados y me acerco a la puerta.

Abro lentamente.

Es Thiago.

—Perdonad —me dice con cara de disculpa—, me he dejado el móvil.

—Qué raro... —me río con ironía.

Entra en el salón como quien no quiere molestar. Unai y yo nos miramos sonrientes; él tampoco se sorprende.

—Aquí —dice al encontrarlo encima de una balda de la estantería.

Thiago se dirige otra vez hacia la puerta. La abre y nos mira por última vez.

—Nos vemos, chicos.

Nos quedamos callados. Justo cuando está a punto de cerrarse la puerta, no puedo evitarlo y le llamo.

—Thiago.

Se detiene y asoma su cabeza.

—¿Qué pasa?

Sin pensar, me dejo llevar y me acerco al tocadiscos, el que me regaló Unai unos meses atrás, y cojo el disco que me ha regalado Thiago hace un rato: *Deseo Carnal*. Lo abro, coloco el vinilo sobre la base y le doy al *play*. Me tiemblan los dedos. De nervios, de emoción, de excitación...

El motor hace girar el plato; hay tanto silencio que se oye el crujir de la aguja cuando roza el vinilo. Empiezan a sonar los primeros acordes, unos violines y una flauta que dan comienzo al tema que nos podría describir: *Cómo pudiste hacerme esto a mí*.

Ambos me miran.

Thiago vuelve a entrar. Esta vez, deja su mochila en el suelo. También deja caer su abrigo. Unai, sin prisa, termina de desabrocharse los dos últimos botones de la camisa. Podríamos echarnos en cara todo lo que hemos hecho mal, y tal vez lo hagamos en algún momento, pero los tres sabemos que no es lo que queremos ahora mismo. Ya nos hemos gritado, ya hemos llorado, ya nos lo hemos hecho pasar mal los unos a los otros.

En vez de decir nada, nos acercamos lentamente, paso a paso; sin miedo, saboreando cada mirada, cada respiración, cada temblor de nuestro cuerpo.

Cierro los ojos. Siento los labios de Thiago y también los de Unai; siento el sabor de sus besos, como si fueran la mezcla perfecta. Thiago, con la piel más áspera, Unai, con unos labios más suaves y carnosos. Toco sus cuerpos que conozco a la perfección .

59

UNAI

Beso a Álvaro y no puedo evitar quererle más que nunca; es la primera vez que le veo siendo sincero, es la primera vez que me besa como jamás lo había hecho... Le veo feliz y yo me siento feliz a su lado.

Sentir a Thiago me provoca más placer que nunca; me encanta sentir sus manos por mi cuerpo, que me bese el pecho. Me encanta ver cómo se besan, cómo se tocan. Me encanta besarlos, tocarlos. Oler la mezcla de nuestros sudores...

Siento que estamos completamente unidos .

60

THIAGO

Nunca he repetido con ningún tío; nunca jamás me he dejado llevar por nadie. He odiado a los hombres después de pasar una sola noche con ellos, pero ahora mismo siento que no quiero despegarme nunca de ellos.

Álvaro no es el niño que parecía, ni yo soy tan adulto y maduro como me creía. Conocerlo me ha cambiado, me ha hecho ver que dejarse cuidar no es tan malo. Su cuerpo me gusta más que nunca y ya no lo veo como a cualquier tío con el que solo quiero sexo. Quiero más con él, mucho más. Me siento completamente liberado. Quiero besarle, quiero darle todo el placer del mundo.

Y Unai..., pensaba que era incapaz de querer a nadie hasta que lo conocí. Es como si él me hubiera resucitado. Necesito su cuerpo; acariciarlo, besarlo, saborear cada parte de él. Y entregarle el mío y que haga lo que quiera con él.

Me veo capaz de quererlos a los dos. Siento que quiero dárselo todo y dejar que ellos me lo den a mí también.

Siento que los quiero, que me quieren .

Epílogo

Un año más tarde...

—Y aquí termina el *tour* de hoy, en esta piscina olímpica, con estas pedazo de vistas, donde Kylie Minogue rodó el videoclip de *Slow*, ¿lo recordáis?, con todo el mundo estirado en las toallas. Y también, hace algunos años, Dua Lipa llenó esta piscina de bailarines y saltadores para rodar *Illusion*. Ha sido un auténtico placer acompañaros en esta ruta y espero que hayáis descubierto una Barcelona nueva, diferente y única. Recordad que mañana tenemos la ruta de la Barcelona histórica; para mí, la más especial. A los que queráis venir, nos encontraremos en el parque de la Ciutadella, a las diez de la mañana, en el monumento del triángulo. Descubriréis la huella que hemos logrado dejar las personas LGTBIQ+ a pesar de todos los intentos de la historia de querer borrarla. ¿Alguien quiere preguntar o añadir algo? Recordad que me haréis muy feliz si dejáis una buena reseña y ayudáis a más gente a descubrir estas rutas.

—Hay mucha gente en la piscina. ¿Siempre está así de lleno?

—Normalmente no hay tanto público, pero hoy es un día especial; se celebra el Campeonato Mundial de Salto Sincronizado. De hecho, si os quedáis, veréis saltar a la pareja favorita del momento: Unai y Daniel.

—Dicen por ahí que son pareja, ¿puede ser?

—Por lo que dicen, parece ser que Daniel tiene una novia francesa, y Unai sí que ha estado saliendo con chicos, pero ahora mismo tiene una relación un tanto especial. ¡Y hasta aquí puedo leer! Muchas gracias, ¡y recordad dejar buenas reseñas!

—Muy interesante este *tour*...

—Eres un cabrón. Que sea la última vez que apareces a mitad de una explicación. Me he quedado en blanco. Y creo que me he inventado un par de fechas...

—Quería darte una sorpresa.

—Pensaba que no podrías escaparte. ¿Qué has hecho con el bar?

—He dejado a Antón con todo el marrón. Me va a matar un día de estos, pero lo importante es que, desde que lo reabrimos, está funcionando de puta madre. Cada vez hay más gente. ¡Es una pasada!

—María ahora quiere hacer el Camino de Santiago. Le he dicho que la meta es tu bar, no la catedral. Así que cualquier día aparece por ahí.

—Entonces... ¿ya te ha perdonado del todo?

—Sí, pero a cambio tengo que pasar por delante de su teatro siempre que haga un *tour* y hablar de ella como la mejor actriz de la ciudad.

—Me alegro mucho. Oye..., tenía muchas ganas de verte.

—Yo también. Esto de vernos una vez al mes se me hace poco.

—Corre, que está a punto de saltar. He hecho el recorrido más corto para llegar a tiempo.

—¿Crees que nos verá?

—Desde ahí arriba lo ve todo.

«Es el turno de Unai y Daniel. Desde el Centro Acuático de Londres y preparándose para los próximos Juegos Olímpicos. Rogamos absoluto silencio».

—Dios, ya les toca.

—Shhh...

—No puedo callar cuando me pongo nervioso, ya lo sabes...

—Que van, que van... Es que hasta para colocarse van sincronizados. Son los mejores...

—Es que no puedo ni respirar...

—Tres, dos, uno...

«¡Espectacular! Unai y Daniel, nuestros representantes en los próximos Juegos Olímpicos, lo han vuelto a hacer. ¡Máxima puntuación! Qué forma de entrar en el agua; no se ha visto algo así en años. Mucho me temo que están muy cerca del oro».

—Es el puto mejor.

—Corre, ¡vamos!

«Un descanso para coger aire y volvemos en media hora con más saltos».

—¡Habéis venido!

—¿Te crees que nos lo íbamos a perder?
—Eres el mejor.
—Cuidado, que estoy empapado.
—Es como más nos gusta...
—¿Cómo te has sentido?
—Mientras me colocaba en la plataforma os he visto llegar.
—¡Lo sabía! Te lo he dicho.
—Entonces he sabido que todo saldría bien.
—¿Qué llevas ahí?
—Es una sorpresa que tengo para vosotros. No lo abráis todavía.
—¿Has hecho otra guía de Barcelona?
—No. Tocado, a ver si lo adivináis.
—Esto tiene que ser un libro.
—Joder, que yo no tengo tiempo para leer.
—En serio, ¿qué libro es?
—No es un libro cualquiera.
—¿Entonces?
—Cuando publiqué la guía, me hice amigo de la editora. Un día le expliqué nuestra historia.
—No habrás sido capaz...
—He cambiado los nombres y omitido algunos detalles, pero todo lo demás es cien por cien real.
—Pero... aquella noche nos hicimos una promesa...
—Exacto, no habrás sido capaz de escribirla para que la lea todo el mundo.
—No, no. Tranquilos. Eso quedará entre nosotros, para siempre.
—¿Y qué título le has puesto?
—Cuando pienso en nosotros, me imagino que estamos cada uno haciendo nuestra vida. A veces estamos más lejos, otras más cerca; a veces podemos pasar más días juntos, otras veces solo pueden ser algunas horas. Pero, sea como sea, tengo la sensación de que siempre hay algo que nos une. Un día, estaba en casa imaginando posibles rutas y viajes por el mundo, cogí un mapa y, antes de hacer nada, marqué con un rotulador los lugares donde estábamos cada uno de nosotros. Puse nuestros nombres: Unai, Thiago, Álvaro. Con el mismo rotulador, quise hacer una raya que uniera cada uno de los

puntos. Y ahí descubrí que, desde el primer momento y sin darnos cuenta, cada uno de nosotros era uno de los tres vértices de un intenso, apasionado e increíble triángulo.

FI N

Agradecimientos

El primer agradecimiento es para ti, lector, lectora, gracias por acompañarme en esta nueva historia.

A Biel Clemente González, saltador profesional, gracias por resolver todas mis dudas acerca del mundo de los saltos.

A Patrick, gracias por hacerme llorar de la risa desde la primera vez que te vi.

A todos mis amigos del vóley playa, con vosotros todo es mil veces mejor.

A Loly, Pauly, Mar y Ma Ángeles, por estar desde el primer día.

A Jonàs, Natàlia, Javi, Jose, Cri y Sergio, por vuestro apoyo incondicional.

A mi madre, a mi hermano y a toda mi familia.

A todo el equipo de Urano y Titania, gracias por confiar en esta historia y tratarla con tanto cariño.

A Pablo, David y todo el equipo de EditaBundo, gracias por apostar por TRIÁNGULO .



#SiSoyRomántica
